MASTER
NEGATIVE
NO. 92-80461-21

MICROFILMED 1992

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES/NEW YORK

as part of the
"Foundations of Western Civilization Preservation Project"

Funded by the
NATIONAL ENDOWMENT FOR THE HUMANITIES

Reproductions may not be made without permission from
Columbia University Library

COPYRIGHT STATEMENT

The copyright law of the United States -- Title 17, United States Code -- concerns the making of photocopies or other reproductions of copyrighted material...

Columbia University Library reserves the right to refuse to accept a copy order if, in its judgement, fulfillment of the order would involve violation of the copyright law.

AUTHOR:

QUINTANA, MANUEL J.

TITLE:

VIDAS DE LOS ESPANOLES CELEBRES

PLACE:

MADRID

DATE:

1922

Master Negative #

92-80461-21

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

946
Q4512

Quintana, Manuel José, 1772-1857.
... Vidas de los españoles célebres ...
Madrid ,Talleres "Calpe", 1922.
v. 15cm. (Coleccion universal, nos. 593-594)

At head of title: M. J. Quintana.
Contents.--

t. 2. El Gran Capitan. Vasco Núñez de Balboa.

Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 11x
IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB
DATE FILMED: 2/22/92 INITIALS TM
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

AIIM

Association for Information and Image Management
1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910
301/587-8202

Centimeter

Inches

MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.

COLECCION UNIVERSAL

N.os 593 y 594

M. J. QUINTANA

Vidas de los españoles célebres

TOMO II

El Gran Capitán. - Vasco Núñez de Balboa

Precio: Una peseta

MADRID, 1922

Columbia University
in the City of New York

THE LIBRARIES

M. J. Quintana

—

VIDAS DE LOS ESPAÑOLES CÉLEBRES

TOMO II

MCMXXII

Papel expresamente fabricado por La Papelera Española

M. J. QUINTANA

Vidas de los españoles célebres

TOMO II

El Gran Capitán. - Vasco Núñez de Balboa

MADRID, 1922

PRINTED IN Spain

946
Q4512
v.2
44-44076

Talleres "Calpe", Larra, 6 y 8. — MADRID

44-44076 Esp. 4415

VIDAS DE LOS ESPAÑOLES CELEBRES

EL GRAN CAPITAN

AUTORES CONSULTADOS.—Zurita, Mariana. *Crónica anónima del Gran Capitán. Sumario de las hazañas del Gran Capitán*, por Hernán Pérez del Pulgar, señor del Salar. Paulo Jovio, Duponcet, Ayala. Guicciardini, Giannone, Herrera. *Hechos de los españoles en Italia.* Bernáldez. *Crónica manuscrita de los Reyes Católicos. Comentarios de los hechos del señor Alarcón.*

Gonzalo Fernández de Córdoba, llamado por su excelencia en el arte de la guerra *el Gran Capitán*, nació en Montilla en 1453. Su padre fué D. Pedro Fernández de Aguilar, ricohombre de Castilla, que murió muy mozo; y su madre, doña Elvira de Herrera, de la familia de los Enríquez. Dejaron estos señores dos hijos, D. Alonso de Aguilar, y Gonzalo, el cual se crió en Córdoba, donde estaba establecida su casa, bajo el cuidado de un prudente y discreto caballero llamado Diego Cárcamo. Este le inspiró la generosidad, la grandeza de ánimo, el amor a la gloria y todas aquellas virtudes que después manifestó con tanta gloria en su carrera. Ellas habían de ser su patrimonio y su fortuna, pues recayendo por la ley todos

los bienes de su casa en su hermano mayor D. Alonso de Aguilar, Gonzalo no podía buscar poder, riqueza ni consideración pública sino en su mérito y sus servicios.

El estado en que se hallaba entonces el reino de Castilla presentaba la mejor perspectiva a sus nobles esperanzas: el tiempo de revueltas es el tiempo en que el mérito y los talentos se distinguen y se elevan, porque es aqu l en que se ejercitan con más acción y energía. La incapacidad de Enrique IV había puesto el Estado muy cerca de su ruina; los grandes, descontentos; las ciudades, alteradas; el pueblo, atropellado, robado y saqueado; el país, hirviendo en tiranos, robos y homicidios; las leyes, sin vigor alguno; ninguna policía, ningunas artes; todo estaba clamando por un nuevo orden de cosas, y todo dió ocasión a las escandalosas escenas que hubo al fin de aquel triste reinado. Dividióse el reino en dos partidos, favoreciendo el uno al infante D. Alonso, hermano de Enrique, a quien despojaron en Avila del cetro y la corona, como inhábil a llevarlos. La ciudad de Córdoba siguió el partido del infante; y entonces fué cuando Gonzalo, muy joven todavía, se presentó, enviado por su hermano, en la Corte de Avila a seguir la fortuna del nuevo rey, a quien sirvió de paje y ayudó en la guerra.

La arrebatada muerte de este príncipe desbarató las medidas de su facción, y Gonzalo se volvió a Córdoba; mas después fué llamado a Segovia por la princesa doña Isabel, que, casada con el príncipe heredero de Aragón, se disponía a defender sus derechos a la sucesión de Castilla contra los partidarios de la princesa doña Juana, hija dudosa de Enrique IV. Es bien notoria la triste situación de este miserable rey, obligado a reconocer por hija de adulterio la hija de su mujer, nacida durante su matrimonio, y a pasar la sucesión a su hermana, a quien no amaba; después, llevado por otro partido que abusaba de su debilidad, a volver sobre sí y declarar por hija suya legítima a la que antes había confesado ajena, y a destrozar el Estado con este material eterno de querellas y divisiones. Isabel, sostenida por la mayor y más sana parte del reino, y apoyada en las fuerzas de Aragón, reclamó contra la inconstancia de su hermano. Entonces fué cuando Gonzalo se presentó en Segovia; y si su juventud y su inexperiencia no le dejaban tomar parte en los consejos políticos y en la dirección de los negocios, las circunstancias que en él resplandecían le constituían la mayor gala de la Corte de Isabel. La gallardía de su persona, la majestad de sus modales, la viveza y prontitud de su ingenio, ayudadas de una conversación fácil, animada y elocuente, le conciliaban los ánimos de todos, y no permitían a ninguno alcanzar a su crédito y estimación. Dotado de unas fuerzas robustas, y diestro en todos los ejercicios militares, en las cabalgadas, en los torneos, manejando las armas a la española o jugando con ellas a la morisca, siempre se llevaba los ojos tras de sí, siempre arrebataba los aplausos; y las voces unánimes de los que le contemplaban le aclamaban príncipe de la juventud. Añadíase a estas prendas eminentes la que más domina la opinión de los hom-

bres, una liberalidad sin límites y una profusión verdaderamente real. Cuando Covarrubias, un doméstico de la princesa, vino de su parte a decirle que cuánta gente traía consigo, para señalarle larga y cumplida quitación, «yo, señor maestresala—respondió él—, soy venido aquí, no por respecto de interés, sino por la esperanza de servir a Su Alteza, cuyas manos beso». Sus muebles, sus vestidos, su mesa eran siempre de la mayor elegancia y del lujo más exquisito. Reprendíale a veces el prudente ayo aquella ostentación, muy superior a sus rentas y aun a sus esperanzas, por magníficas que fuesen; y su hermano D. Alonso de Aguilar desde Córdoba le exhortaba a que se sujetase en ella y no quisiese al fin ser el escarnio y la burla de los mismos que entonces le aplaudían. «No me quitarás, hermano mío—contestó Gonzalo—, este deseo que me alienta de dar honor a nuestro nombre y de distinguirme. Tú me amas, y no consentirás que me falten los medios para conseguir estos deseos; ni el Cielo faltará tampoco a quien busca su elevación por tan laudables caminos.» Esta dignidad y esta grandeza de espíritu le anunciaban ya interiormente, y como que manifestaban a España la gran carrera a que le llamaba el destino.

Muerto Enrique IV, el rey de Portugal, que había tomado la demanda de la doña Juana, hija del monarca difunto, sobrina suya, y con quien se había desposado, rompió la guerra en Castilla con intención de apoderarse del reino en virtud de los derechos de su nueva esposa. En esta guerra hizo Gonzalo su aprendizaje militar bajo el mando de D. Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago. Mandaba la compañía de ciento veinte caballos de su hermano, el cual se hallaba en Córdoba, y empezaba a demostrar con su valor y bizarría la realidad de las esperanzas cifradas en su persona. Los otros oficiales de su clase solían en los días de acción vestir armas comunes para no llamar la atención de los enemigos; Gonzalo, al contrario, en estas ocasiones se hacía distinguir por la bizarría de su armadura, por las plumas de su yelmo y por la púrpura con que se adornaba, creyendo, y con razón, que estas señales, que manifestaban el lugar en que combatía, servirían de ejemplo y de emulación a los demás nobles y a él le asegurarían en el camino del honor y de la gloria. Esta conducta fué la que en la batalla de Albuera le granjeó la alabanza del general, quien, dando al ejército las gracias de la victoria, aplaudió principalmente a Gonzalo, cuyas hazañas, decía, había distinguido por la pompa y lucimiento de sus armas y su penacho.

Acabada la guerra de Portugal, y apaciguado el interior del reino, Isabel y Fernando volvieron su atención a los moros de Granada. Esta empresa era digna de su poder y necesaria a su política. Ningún medio más a propósito para aquietar a los grandes, para afirmar su autoridad y ganarse las voluntades del Estado entero, que tratar de arrojar enteramente a los sarracenos de España. Tuvieron éstos la imprudencia de provocar a los cristianos, que estaban en plena paz con ellos, y tomar a Zahara, villa fuerte situada entre Ronda y Medinasidonia. Esta injuria fué la señal de una guerra sangrienta y porfiada,

que duró diez años y se terminó con la ruina del poder moro. Gonzalo sirvió en ella al principio de voluntario, después de gobernador de Alora, y al fin mandando una parte de la caballería. Apenas hubo en todo el discurso de esta larga contienda lance alguno de consideración en que él no se hallase. Señalóse entre los más valientes cuando la toma de Tajara, y lo mismo le aconteció en el asalto y ocupación de los arrabales de Loja. Defendía esta plaza en persona el rey moro Boabdil, poco antes cautivo, después aliado y últimamente enemigo del rey de Castilla. Loja no podía ya sostenerse, y aquel príncipe, encerrado en la fortaleza, no osaba rendirse, temiendo los rigores de su vencedor, justamente irritado contra él. En tal estrecho se acordó del agasajo y obsequios que había recibido de Gonzalo durante su cautiverio; y esperando mucho de su mediación, le convidó a que subiese al castillo para conferenciar juntos sobre el caso. Pidió Gonzalo al instante licencia a su rey para subir. Todos los cortesanos, y Fernando mismo, se lo desaconsejaban, recelando alguna alevosía de parte de aquel bárbaro. «Pues el rey de Granada me llama —replicó él—para que le remedie por este camino, el miedo no me estorbará hacerlo, ni dejaré de aventurarlo todo por tal hecho.» Con efecto, subió a la fortaleza y persuadió a Boabdil a que se rindiese, asegurándole de la benignidad con que sería acogido por el rey de Castilla. Hízolo así, y entregada la plaza a condiciones harto favorables, pudo libremente irse el príncipe moro a sus tierras de Vera y Almería. Rindióse poco después Illora (1486), llamada el ojo

derecho de Granada por su inmediación a aquella ciudad y por su fortaleza. Gonzalo, que en esta ocasión hizo las mismas pruebas de valor y capacidad que siempre, quedó encargado por los reyes de la defensa de Illora; y talando desde ella los campos del enemigo, interceptando los víveres, quemando las alquerías, y aun a veces llegándose a las murallas de Granada y destruyendo los molinos contiguos, no dejaba a los infieles un momento de reposo. Dícese que entonces fué cuando ellos, espantados a un tiempo y admirados de una actividad y una inteligencia tan sobresalientes, empezaron a darle el título de *Gran Capitán*, que sus hazañas posteriores confirmaron con tanta gloria suya.

Cada día Granada veía caer en poder de los cristianos algunos de los baluartes que la defendían. Todas las plazas fuertes del contorno estaban ya tomadas; y reducida a sus murallas solas, falta de socorros, desigual a sus contrarios, todavía tenía en sí un mal interior, peor que todos éstos, para completar su ruina. Dividíanla tres facciones distintas, acaudilladas por otros tantos, que se llamaban reyes: Albohacen, Boabdil, su hijo, conocido entre nosotros con el nombre del *rey Chico*, y Zagal, hermano de Albohacen, que se apoderó de una parte de Granada, después que Boabdil arrojó de ella a su padre. Si alguna cosa puede dar idea de la rabia desenfrenada, de la ambición, es la insensatez de estos miserables; al tiempo que los cristianos iban desmembrando las fortalezas del imperio, ellos, uno en el Albaicín y otro en la Alhambra, armándose traiciones, dándose

batallas, bañando en sangre mora las calles de Granada, la dejaban huérfana de los brazos que debían defenderla de su enemigo. Fomentaron los cristianos estas divisiones, que ayudaban a sus intentos tanto o más que sus armas mismas, y ayudaron el partido de Boabdil. Gonzalo y Martín de Alarcón fueron enviados a Granada con este objeto, y Gonzalo consiguió con una estratagema arrojar de la capital a Zagal y dejar en ella bien establecido al régulo que auxiliaba.

Mas Boabdil, desconceptuado entre sus mismos vasallos por sus relaciones con los cristianos, ni tenía autoridad para mandar ni carácter para hacerse obedecer. Quiso acreditarse con los suyos, e hizo una salida contra los nuestros; tomó y derribó el castillo de Alhendín y puso sitio sobre Salobreña, que no pudo tomar por la vigorosa defensa que hicieron los de dentro. Rotos así los lazos que le hacían respetar de nosotros, los reyes se acercaron a Granada y la estrecharon en sitio formal. La bizarría y valor de Gonzalo se señalaron igualmente en esta época última de la guerra que en las otras (1491). Quiso la reina un día ver más de cerca a Granada, y Gonzalo la escoltaba de los primeros; los moros salieron a escaramuzar, y tuvieron que volverse con mucha pérdida; mas él, no contento con lo que había hecho en el día, se quedó en celada por la noche para dar sobre los granadinos que saliesen a recoger los muertos. Salieron, con efecto, pero en tanto número y cerraron con tal ímpetu, que su osadía pudo costar cara a Gonzalo, que, cercado de enemigos, muerto el caballo y desamparado

de los suyos, hubiera perecido a no haberle socorrido un soldado dándole su caballo. Es sabido generalmente el rebato que hubo en el campo cuando se quemó la tienda de la reina por el descuido de una de sus damas. Gonzalo al instante envió a Illora por la recámara de su esposa doña María Manrique, con quien, por muerte de doña Leonor de Sotomayor, su mujer primera, se había casado poco tiempo había en segundas nupcias (1). La magnificencia de las ropas y muebles fué tal, tal la prontitud con que fueron traídos, que Isabel, admirada, dijo a Gonzalo «que donde había verdaderamente prendido el fuego era en los cofres de Illora»; a lo que respondió él cortesanamente «que todo era poco para ser presentado a tan gran reina».

Por último, los sitiados, viéndose sin recursos, trataron de rendirse, y las capitulaciones fueron ajustadas por Gonzalo de Córdoba y Hernando de Zafra, de parte del rey Fernando; y por Bulcacín Mulch, de la de Boabdil (2). Las llaves de la plaza fueron entregadas el día 2 de enero del año de 1492, y el 6 hicieron los reyes su entrada pública y solemne en ella (1492).

---

(1) Esta doña Leonor era hija de Luis Méndez de Sotomayor y de doña María de Solier de Córdoba, su mujer, señores del Carpio; Gonzalo no tuvo hijos de ella. Así resulta del *Compendio historial de la casa de Aguilar y Córdoba*, por D. Blas de Salazar, obra curiosa que se conserva inédita en algunos archivos. Don Luis de Salazar y Castro, en sus *Advertencias históricas*, da otro nombre a esta señora, llamándola doña María, y la supone hija de Garci Méndez de Sotomayor, sexto señor del Carpio; pero la razón de los tiempos está por la primera opinión.

(2) Gonzalo en esta ocasión entró ocultamente en Granada con el mismo peligro y la misma resolución que lo había hecho en Loja seis años antes.

Entre las mercedes que el conquistador hizo a los guerreros que le habían ayudado e la conquista, cupon a Gonzalo el don de una hermosa alquería con muchas tierras dependientes, y la cesión de un tributo que el rey percibía en la contratación de la seda. Pero aunque las acciones de Gonzalo en toda esta guerra fuesen correspondientes a las esperanzas que había dado en su juventud y le distinguiesen del común de los oficiales, aun no había llegado la ocasión de desplegar toda su capacidad. Su hermano D. Alonso de Aguilar, el conde de Tendilla, el marqués de Cádiz y el célebre alcaide de los Donceles fueron los caudillos a quienes se fiaron las expediciones más importantes y los que ganaron más reputación. Así es que en las historias generales apenas se hace mención de Gonzalo sino al contar que se le dió el mando de Illora y el encargo de ajustar las capitulaciones de la rendición de Granada; pero las revoluciones de Italia le iban ya preparando aquel campo de gloria con que, saliendo de repente de la condición de guerrero subalterno, iba a eclipsar la reputación de todos los generales de su tiempo.

Acabada la guerra, siguió a la Corte, siendo siempre el principal ornato de ella a los ojos de Isabel, que jamás estaba más contenta y satisfecha que cuando Gonzalo concurría a su presencia. Sus acciones y sus palabras, en que sobresalía la galantería respetuosa y bizarría de aquel siglo, unidas a la lealtad y eficacia de sus servicios, habían establecido altamente su estimación en el ánimo de aquella princesa, que no se cansaba de alabarle. Llegaron los cortesanos a sospechar, y aun murmuraron tal vez, si en este declarado favor que la reina le dispensaba habría algo más que estimación; pero la edad, las costumbres austeras de Isabel, debían desmentir las cavilaciones de estos malsines, cuya envidia quería más bien calumniar la virtud de una mujer sin tacha en esta parte que reconocer el mérito sobresaliente de Gonzalo. Ella le conocía bien y sabía hacerle justicia, y en cuantas ocasiones se ofrecían se le designaba al rey su esposo como el sujeto más a propósito para llevar a gloriosa cima todas las empresas grandes que se le encomendasen. Fernando lo creía así también, y no bien se presentó ocasión en las agitaciones de Italia, cuando, determinando tomar parte en ellas, envió a Gonzalo con armada y ejército a Sicilia. Mas para entender bien las causas de esta expedición y el estado de las cosas es preciso tomar la narración de mucho más arriba.

Con la muerte de Lorenzo de Médicis, principal ciudadano de Florencia, se había roto el equilibrio establecido por este gran político entre los diferentes Estados de Italia, y al cual debía esta nación algunos años de prosperidad y sosiego. Luis Esforcia, dicho el Moro, gobernaba el Milanesado, o más bien le dominaba bajo el nombre de su sobrino Juan Galeazo; y temiéndose que los florentinos y los reyes de Nápoles tramasen algo contra su poder, recurrió a Carlos VIII, rey de Francia, haciendo alianza con él y excitándole a la conquista del reino de Nápoles. Los derechos que la Casa de Anjou pretendía tener a este Estado por las adopciones que Juana I y Juana II

habían hecho en diversos príncipes de esta familia, habían sido cedidos a Luis XI, rey de Francia, padre de Carlos VIII. A esta razón de derecho se llegaba la facilidad con que se suponía podría echarse de Nápoles a la Casa reinante, malquista con los nobles y con el pueblo por su crueldad y su avaricia, y, sobre todo, la juventud de Carlos, su temeridad, las esperanzas lisonjeras de que le henchían todos sus cortesanos, y su poder, más absoluto que el de otro ningún rey de Francia, levantado así a fuerza de fatigas y aun crímenes de su antecesor. En Nápoles reinaba Fernando I, hijo de Alonso V el Conquistador, príncipe avaro y cruel, pero capaz y lleno de actividad. Este, viendo la tempestad que iba a armarse en su daño, comenzó a conjurarla por todos los medios que su sagacidad y su experiencia le sugerían. Quizá lo hubiera conseguido; pero murió en este tiempo, y dejó el trono a su hijo Alfonso, tanto y aun más aborrecido que él y sin ninguno de sus talentos. El estrecho parentesco y alianza que unían a esta Casa con la de Aragón podrían ser un contrapeso al peligro inminente; pero Carlos VIII, ardiendo en ansia de emprender la conquista, había allanado todos los obstáculos por esta parte; y cediendo al rey Católico los estados del Rosellón y Cerdeña, había exigido la palabra de no ser perturbado en sus empresas. Lo mismo hizo con el emperador Maximiliano, a quien devolvió el Franco Condado y el Artois, parte del dote de su mujer; y en fin, para no tener oposición de lado ninguno en los proyectos quiméricos que le lisonjeaban, el rey de Francia se sometió a pagar a Enrique VII de Inglaterra seiscientos veinte mil escudos de oro para que no le inquietase. Así empezaba cediendo lo que no podía perder, para adquirir lo que no podía conservar; y según la expresión de un historiador, se imaginaba el insensato «llegar a la gloria por la senda del oprobio».

Carlos, en fin, baja a Italia con un ejército de veinte mil infantes y cinco mil caballos; corto número de gente para una expedición tan importante, mucho más careciendo absolutamente de dinero y de recursos para mantenerla. Pero la Italia estaba dividida, desarmada y poco acostumbrada a la guerra con los muchos años de ociosidad; la audacia, la ligereza y el aparato bélico de los franceses la llenaron de terror, y la expedición de Carlos pareció más bien un viaje que una conquista. Allanado el paso por Plasencia, puestos en respeto los florentin s, escarmentado el papa Alejandro VI, que quiso resistirse a entrar en sus miras, marcha a Nápoles, desamparada de sus reyes, que no osaron oponerse a aquel torrente; y su entrada, parecida a un triunfo (21 de febrero de 1495), según la majestad y aparato con que la celebró, le hacía tocar la realidad de los sueños que le habían halagado en París. Ya con una mano amenazaba a Sicilia, y con la otra al imperio de Oriente, por los derechos que le había cedido un príncipe de la Casa de los Paleólogos, cuando a muy poco tiempo el vuelco que dieron las cosas le hizo conocer toda la imprudencia de su conducta.

Los Estados de Italia comenzaron a agitarse contra la potencia de los franceses, que parecía iban a de-

vorarlos todos. El emperador Maximiliano, el Papa, los venecianos, el rey de España, el mismo Luis Esforcia, ya duque de Milán por la muerte de su sobrino, se coligaron para arrojarlos de Italia, prometiendo cada uno contribuir con sus fuerzas para la causa común. A este daño se añadía otro no menos grave. Los franceses, por su ligereza, su imprudencia y su libertinaje, se hicieron al instante odiosos a los napolitanos: robaban, saqueaban, no tenían cuenta con los que, o por odio a los príncipes aragoneses o por amor a la Casa de Francia, les habían favorecido en la conquista; el rey, abandonado a sus favoritos, ni sabía gobernar ni mandar; el pueblo, vejado, viendo vender los empleos en vez de distribuirlos al mérito, dar a uno sin razón lo que se quitaba al otro por capricho, y no encontrando utilidad alguna en la mudanza de dominio, echaba de menos a los príncipes desposeídos. Noticioso, pues, el rey de Francia de la liga que se había formado contra él, y poco seguro de sus nuevos súbditos, abandonó su conquista con la misma precipitación con que la había hecho; y a los cuatro meses de su entrada en Nápoles, dejando la mitad de sus fuerzas para la defensa de aquel Estado, con la otra mitad se abrió paso para su país por medio de provincias enemigas, habiendo arrollado junto al Taro al ejército que los príncipes italianos habían juntado para cortarle el paso. Así dejó la Italia, hecho la execración de toda ella, habiendo llevado con su ambición frenética todas las calamidades y estragos que la afligieron después, y no compensando con cualidad ninguna buena los vicios de cuerpo y alma que le hacían un objeto de odio y de desprecio.

Antes de que llegase a Nápoles con su ejército, ya el rey Alfonso II había renunciado el reino de su hijo D. Fernando, con lo cual creyó que se embotaría el odio que todos sus súbditos tenían a la Casa de Aragón, por ser aquel príncipe muy bienquisto del pueblo; y asombrado con la venida impetuosa del enemigo y lleno del terror que acompaña en el peligro a los malos reyes, huyó precipitadamente, y se retiró a Mázara, en Sicilia, a vivir a lo religioso en un convento. Remedio ya tardío, cuando los franceses a las puertas, el Estado en convulsión, los facciosos y amigos de novedades declarados, cerraban al nuevo rey todos los caminos de restablecer las cosas. Viéndolas, pues, desesperadas, y después de ensayar algunos esfuerzos inútiles, Fernando huyó también, primeramente a la isla de Iscla y después a Sicilia.

Por el mismo tiempo había arribado allí Gonzalo de Córdoba al frente de cinco mil infantes y seiscientos caballos (24 de mayo de 1495), ejército preparado ya de antemano por el Rey Católico, cuya sagacidad preveía la vuelta que habían de tomar los negocios y el partido que podría sacar de las turbaciones de Italia. En Mecina se abocó el general español con los dos reyes desposeídos, y entre los tres trataron del plan de operaciones que debía seguirse, atendido el estado de las cosas. Quería D. Fernando que se fuese en derechura a la capital, de donde ya le llamaban los que estaban cansados de la dominación francesa. Mas Gonzalo fué de dictamen que debían entrar

por la Calabria, en donde Regio estaba por el rey, y casi todas las plazas abiertas y sin defensa, por no haber puesto los franceses presidio en ellas y ser consumidas y malbaratadas sus municiones. Añadíase a esta razón la de que aquella provincia, por su inmediación a Sicilia, era más afecta que otra al partido de España, y Gonzalo quería aprovecharse de esta buena disposición. Este fué el partido que se siguió, y el ejército, compuesto de las tropas que habían ido de España y de las que se había arrebatadamente juntado en Sicilia, pasó a Calabria.

Mandaba en esta provincia, por parte de Carlos, Everardo Stuart, señor de Aubigni, capitán célebre y experimentado; y era virrey de Nápoles Gilberto de Borbón, duque de Montpensier, de la Casa Real de Francia, general más distinguido por su nobleza que por su pericia y sus hazañas. Las primeras acciones del ejército español en la Calabria fueron tan rápidas como brillantes. Ganóse por asalto la fortaleza de Regio, pasando a cuchillo la guarnición, por haber violado pérfidamente la tregua que se le había concedido. Santa Agata, otra plaza fuerte, se rindió a la intimación primera; e interceptado y hecho prisionero un regimiento enemigo, que marchaba a guarnecer a Seminara, esta plaza tuvo también que volver al dominio aragonés. Aubigni, viendo los progresos de Gonzalo, se adelanta a largas marchas para atajarlos, y presenta la batalla a su enemigo. La calidad más eminente del caudillo español era la prudencia; no fiándose en las tropas sicilianas, poco aguerridas, y conociendo que los soldados españoles, acostumbrados solamente a combatir con los moros, no eran iguales todavía en destreza ni a los caballos franceses ni a la infantería suiza, rehusaba la pelea, y no quería comprometer el crédito de sus tropas ni la suma de la empresa al trance de una acción. Pero el rey D. Fernando, como joven y como valiente, deseaba señalarse y no quería parecer tímido ni a sus contrarios ni al Estado que deseaba recobrar; fiaba también en que el enemigo era inferior en número, y llevó a su opinión la de todos los generales que había presentes. La batalla se dió, y el éxito manifestó cuán justos eran los recelos de Gonzalo; porque aunque al principio éste con sus españoles sostuvo y aun rompió el ímpetu de la caballería francesa y de la infantería suiza, los sicilianos se desbandaron casi sin combatir, y los nuestros tuvieron que ceder la victoria, que ya creían segura. El rey hizo increíbles esfuerzos para restablecer la batalla y detener los fugitivos, y peleó tan esforzadamente y con tanto riesgo de su persona, que, muerto el caballo en que iba, hubiera sin duda o muerto o caído en poder del enemigo si Juan Andrés de Altavilla no le hubiera dado el suyo, quedándose a hacer frente a los que le perseguían; generosidad que le costó la vida. El príncipe con esto pudo salvarse y llegar a Seminara, donde también Gonzalo se recogió con sus españoles.

Esta fué la única acción en que Gonzalo dejó de ser vencedor; pero los enemigos no sacaron fruto alguno de su ventaja. El general francés, abatido por una dolencia que le afligía, no pudo hacer mas que dar las disposiciones para el combate, el cual ganado, tuvo

que apearse del caballo y meterse en el lecho. En tal estado no se atrevió a dirigir el alcance de los vencedores contra los vencidos; y no pudiendo ir a su frente les concedió un descanso, que él necesitaba más que nadie. Este descanso le arrebató todos los frutos de su victoria, porque el rey se pasó al instante a Sicilia, y en la armada que estaba preparada en Me ina voló inmediatamente a Nápoles, donde aun no se sabía aquel mal suceso y donde fué recibido con las mayores demostraciones de alegría. Gonzalo abandonó a Seminara, que no podía defenderse; y retirándose a Regio, se rehizo allí de su descalabro y prosiguió su intento de sujetar la Calabria, haciendo a los franceses la guerra misma que había hecho a los moros de Granada, con cuya provincia tenía la Calabria mucha semejanza: guerra de puestos, de estratagemas, de movimientos continuos y de astucia, acomodada a lo montuoso y quebrado del país y al corto número de tropas que tenía a sus órdenes. No pasaban éstas de tres mil infantes y mil quinientos caballos, y con ellas se apoderó de Fiumar, de Muro y de Calana; rindió a Bañeza, y eran tantas las plazas que de grado o de fuerza le daban la obediencia, que no podía guarnecerlas por falta de gente. Aubigni, asombrado de tanta actividad, intimidado de aquella fortuna, ni defendía la provincia, ni se atrevía a abandonarla, ni marchaba al socorro de Montpensier, reducido en Nápoles al mayor estrecho por la intrepidez del rey. Ya Gonzalo, dueño de Cotrón, Esquilache, Sibaris y de toda la costa del mar Jonio, veía el momento en que iba a arrojar de Calabria a los franceses, cuando recibió

un mensaje de Fernando, que le llamaba para ir a reunirse con él.

Había este príncipe a su entrada en Nápoles forzado a los franceses a encerrarse en los dos castillos que defienden la ciudad; y ellos, viendo que no podían mantenerse allí sin ser socorridos, habían capitulado rendirlos si antes no les venía auxilio. Aubigni, que no quería desamparar lo que restaba en la Calabria, había enviado a Persi con alguna gente a socorrerlos. Este oficial consiguió ventaja en dos combates contra las tropas del rey, bien que no pudo penetrar hasta Nápoles. Montpensier, que supo estos sucesos, salió por mar de Castelnovo, donde estaba encerrado, y se dirigió primeramente a Salerno; entonces el rey de Nápoles, temiéndose de los sucesos de Persi y de la salida de Montpensier alguna mala resulta, llamó a Gonzalo, que ya pasaba por el primero de los generales de Italia, para que le viniese a asistir donde estaba el nervio de la guerra. Obedeció Gonzalo, y se dispuso a atravesar desde Nicastro, en los confines de las dos Calabrias, hasta el principado de Melfi, donde se hacían la guerra el rey y los franceses. Todo el país intermedio era quebrado y montuoso; los barones anjoinos ocupaban las plazas fuertes, y los pueblos de todas las serranías estaban excitados por ellos contra los españoles. Pero todos estos obstáculos que la Naturaleza y los hombres le oponían fueron gloriosamente arrollados por su audacia y por su pericia. Cada paso era un ataque; cada ataque, una victoria; entró a Cosencia a despecho de los franceses que la defendían, que no pudieron

resistir los tres asaltos que en un solo día les dió. Escarmentó, con grande estrago que hizo en ellos, a los montañeses de Murano, que, fiados en la fragosidad de sus alturas y dificultad del terreno, se atrevieron a formarle asechanzas y a cogerle los caminos. Por último, sorprendió a todos los barones de la parcialidad anjoina que se hallaban en Laino; ellos, descuidados, no acertaron a defenderse; el principal de aquella facción, Almerico de Sanseverino, murió peleando, y la plaza fué entrada por los nuestros. Despejado el camino con estas victorias, Gonzalo prosiguió aceleradamente su marcha, y llegó a juntarse con el rey a tiempo que los franceses, en número de siete mil hombres, con su general Montpensier, se habían encerrado en Atela, creyendo en aquella plaza quebrantar la fortuna y orgullo de sus enemigos.

Al acercarse al campo le salieron a recibir el rey, el legado del Papa y el marqués de Mantua, general de la liga italiana, haciéndole todos los honores que se debían al atrevimiento y felicidad de su marcha y a la reputación que no sólo llenaba ya la Italia, sino también la Europa. Con efecto, en su presencia todos los generales parecían ser inferiores; y él, por la elevación de su espíritu, por la prudencia de sus consejos y por la osadía y valor en las acciones, parecía destinado a mandar dondequiera que se hallase. Allí fué donde italianos y franceses le empezaron a dar públicamente el renombre de *Gran Capitán*, que quedó para siempre afecto a su memoria. El rey, que antes vacilaba en sus resoluciones, ya por la vivacidad de

su espíritu, ya por respeto al marqués de Mantua, comenzó a manifestar más denuedo y más aliento, como si la autoridad del general español y sus talentos fuesen los verdaderos reguladores de todas las determinaciones. Desafióse al instante al enemigo a batalla, que no fué aceptada; y Gonzalo, considerada la disposición del sitio, estableció sus cuarteles, y al instante quiso que sus tropas diesen una muestra de su valor y de su destreza.

Baña las murallas de Atela un riachuelo que desemboca en el Ofanto, donde se proveían de agua los sitiados y en cuyos molinos se hacía la harina de que se alimentaban. Manteníase esta posición con un puesto fortificado y defendido por la infantería suiza, la mejor entonces de Europa. Gonzalo embistió con los suyos por aquella parte, deshizo los suizos, quemó y arrancó los molinos, y con la facción llevó la hambre y la miseria dentro de la plaza, que, acosada y fatigada por los continuos asaltos, tuvo que capitular, pactando que si dentro de treinta días no era socorrida por el rey de Francia se rendiría con todas las demás (julio de 1496), exceptuándose Gaeta, Venosa, Taranto y las que en la actualidad fuesen defendidas por Aubigni. El socorro no vino, y los franceses, con efecto, entregaron a Atela y todas las demás plazas que mandaban gobernadores puestos por Montpensier; pero no se entregaron otras muchas, bajo el pretexto de que sus comandantes no las rendirían sin orden expresa del rey de Francia; circunstancia que dió ocasión al de Nápoles para no cumplir tampoco con el Tratado. Montpensier y los demás defensores de

Atela, considerados como prisioneros de guerra, fueron enviados a Bayas, Puzol y otros parajes malsanos, donde casi todos miserablemente perecieron.

Rendida Atela, Gonzalo volvió a Calabria a contener a Aubigni, que con su ausencia se había vuelto a apoderar de casi toda ella. Su presencia restableció las cosas; y viendo el general francés que la fortuna se le trocaba, envió al español un mensaje, quejándose de la contravención que se hacía a la tregua pactada en Atela. Gonzalo respondió que los primeros a romperla habían sido los franceses, y él en particular, pues había salido a ocupar plazas que al tiempo de aquella convención no estaban en su poder; y por lo mismo, que la suerte de las armas, y no el Tratado de Atela, era quien había de decidir del dominio de la Calabria. A este tiempo, el crédito de Gonzalo era tal, que los soldados de Italia se iban a sus banderas y le seguían sin sueldo: las plazas se le rendían sin defenderse; engrosado su campo, vencedor en todas partes, Aubigni tuvo por mejor acuerdo desamparar la provincia que medirse con el Gran Capitán, el cual en pocos días la redujo toda a la obediencia del rey de Nápoles.

Ya en este tiempo no lo era Fernando. Sin haber podido gustar enteramente ni del reino ni de la victoria, en la flor de su juventud, acometido de una disentería, falleció en Nápoles a 7 de octubre del mismo año (1496). La época de su reinado será para siempre señalada en los fastos de la historia humana, no tanto por los sucesos de su fortuna, sino por haberse manifestado entonces la enfermedad horrible y dolorosa

que empezó a declarar la violencia de su ponzoña al tiempo que este príncipe tenía sitiados los castillos de Nápoles. Llamósela *mal francés* porque los de esta nación fueron los primeros que se conocieron estragados con ella. La América nos la in culó como en represalia de nuestras violencias; y las generaciones siguientes, atacadas en los órganos de la propagación y los placeres, han maldecido y maldecirán muchas veces la imprudencia y la temeridad de sus abuelos.

El cort tiempo que reinó Fernando, pasado parte en destierro y en desgracia y parte en guerra porfiada, no manifestó en él mas que el valor, animosidad y suma diligencia que le asistían. Algo obscureció la gloria que acababa de ganar con el mal trato que dió a los franceses prisioneros y la perfidia con que por contentar al Papa procedió con los Ursinos. Estas muestras hacían sospechar a la Italia que, después de afirmarse en el reino, más bien quisiese imitar los depravadas máximas de su padre y abuelo que la generosa condición de Alfonso V, el fundador de su Casa. Pero, al fin, él murió sin confirmar estas sospechas, dejando de sí una memoria agradable y gloriosa; y el reino pasó a su tío Federico, príncipe amable, ilustrado, más a propósito para regir el Estado en una situación sosegada que a defenderlo y mantenerse en medio de aquellas borrascas. Luego que Federico fué reconocido en Nápoles, se puso sobre Gaeta, que Aubigni, venido aquellos días a saludar a aquel rey, hizo que se le rindiese por la poca esperanza que tenía de ser socorrida. Un día antes de la rendición de esta plaza llegó al campo Gonzalo, allanada ya toda la

Calabria; el rey, que le recibió con todas las muestras de alegría y de gratitud debidas a sus hazañas y a sus servicios, quería colmarle de dones y de Estados. Pero su moderación, contentándose con la gloria adquirida, se negó a admitirlos mientras no fuese autorizado a ello por los monarcas de España. Asentadas así las cosas de aquel reino, marchó con su gente a Roma, donde el Papa Alejandro VI le llamaba.

Al pasar Carlos VIII por aquella capital había dejado mandando en el puerto de Ostia, con guarnición francesa, a Menoldo Guerri, corsario y vizcaíno, hombre que reunía a los talentos de un guerrero la perversidad de un tirano y la ferocidad de un bandolero. Este desde allí hacía una guerra tanto más cruel al Papa cuanto más proporción tenía, por el puesto que ocupaba, de afligir con hambre y necesidad a su Corte. Todos los navíos mercantes que surtían de víveres y demás géneros a Roma por el Tíber era preciso que se sujetasen antes a sus rapiñas y contentasen su avaricia, a menos de exponerse a ser echados a fondo con la artillería del castillo. La necesidad y carestía se hacían ya sentir en la ciudad; el pueblo clamaba por remedio, el corsario se negaba a todo partido, y sordo a las proposiciones de Alejandro, insensible a sus excomuniones, insultaba desde allí a la debilidad del Papa, que no tenía fuerzas para arrojar a aquel tigre de su caverna. A este mal presente se añadía el temor de que, permaneciendo Ostia en su poder, siempre estaba abierta la puerta de Italia a los franceses. En tal extremidad, Alejandro recurrió a Gonzalo (1497), el cual, tomando a su cargo la

empresa, se acercó con sus españoles a Ostia, hizo a Menoldo la intimación de desamparar la plaza y dar fin a la tiranía. El pirata desechó soberbiamente el partido y se preparó a la defensa, no creyendo que una plaza tan bien pertrechada pudiera rendirse sino después de mucho tiempo, lo que quizá daría lugar a los franceses para venir a socorrerle. Mas el Gran Capitán, considerada bien la fortaleza, y hechos en tres días los preparativos del ataque, dió orden para que se batiese la muralla por una parte con la artillería. Cinco días tardó en abrirse la brecha, y habiendo casualmente un soldado español descubierto en aquel mismo lado un baluarte de madera, por allí se arrojó el ejército al asalto, acudiendo también allí los sitiados con todas sus fuerzas a defenderse. Pero al mismo tiempo Garcilaso de la Vega, nuestro embajador en Roma, que se había acercado a la plaza por la parte opuesta con alguna gente y artillería, hallando las murallas sin defensa, las escaló fácilmente; y los franceses, divididos, no pudieron sostenerse contra el ardor de los españoles, que al cabo, arrollados, muertos o prisioneros una gran parte de ellos, entraron y se enseñorearon de Ostia. El mismo Menoldo se rindió a partido de que le conservasen la vida; y Gonzalo, arregladas las cosas de aquel puerto, dió la vuelta a Roma, llevando consigo a los vencidos. Su entrada en aquella capital fué un triunfo: salió a recibirle y le esperaba en calles y balcones todo el pueblo, que a voces le llamaba su libertador; él marchaba al frente de sus soldados, las banderas desplegadas y al son de la música guerrera; los prisioneros, con cadenas,

iban a pie, en medio, y Menoldo encadenado también, pero sobre un caballo de mala traza. Su aspecto, todavía feroz, manifestaba más despecho que abatimiento. En esta forma atravesó las calles de Roma, se apeó en el Vaticano y subió a dar cuenta de su expedición al Sumo Pontífice, que, colocado en su trono y rodeado de varios cardenales y señores de Roma, le esperaba. Arrojóse a besarle los pies, y Alejandro le alzó en sus brazos, y besándole en la frente, después de manifestar su gratitud por aquel servicio, le dió la rosa de oro, que los Papas solían dar entonces cada año a los que eran más beneméritos de la Santa Sede. Gonzalo sólo le pidió dos cosas: una, el perdón de Menoldo, y otra, que los vecinos de Ostia, en indemnización de los males que había sufrido por la tiranía de aquel pirata y por la guerra, fuesen exentos de contribuciones por diez años; ambas fueron concedidas, y Menoldo, después de haber sufrido la más severa reprensión del Papa, tuvo libertad de volverse a su país.

La escena que pasó entre Alejandro y Gonzalo al tiempo de despedirse fué de un género diferente, aunque no menos honrosa al Gran Capitán. Dejó el Papa caer la conversación hacia los Reyes Católicos, y llegó a decir que él los conocía bien, y que, debiéndole muchos favores, no le había hecho ninguno. Era éste un verdadero insulto de parte de Alejandro, cuyas costumbres y condición eran tales, que sola la ambición de los príncipes cristianos, opuestos entre sí y necesitando alternativamente de él para sus miras, podía mantenerle en un puesto que indignamente ocupaba. Gonzalo, acordándose de la dignidad de los príncipes a quienes entonces representaba, contestó al Papa «que sin duda alguna podía conocer bien a los reyes de Castilla, así por natural de estos reinos como por los muchos beneficios que les debia. Que ¿cómo se olvidaba de que las armas españolas habían entrado en Italia para defender su autoridad atropellada por los franceses? ¿Quién le había hecho superior a los Ursinos, que ya le afligían? ¿Quién le acababa de conquistar a Ostia?» A éstas añadió otras razones sobre la necesidad que tenía de reformar su casa y su Corte; y Alejandro, que no esperaba semejante contestación de un hombre a quien juzgaba menor estadista que militar, le despidió de su presencia sin estimarle en menos por aquella osadía.

Gonzalo volvió al reino de Nápoles, en cuya capital entró acompañado del rey y de los principales de su Corte, que salieron a recibirle, tributándole los honores debidos al libertador del Estado. Y no limitándose las demostraciones de Federico a sola una vana pompa, le creó duque de San Angelo, le asignó dos ciudades en el Abruzzo citerior con siete lugares dependientes de ellas, diciendo que era preciso dar una pequeña soberanía al que era acreedor a una corona. Embarcóse después para pasar a Sicilia, alterada entonces por las contribuciones que el virrey Juan de Lanuza había cargado en sus pueblos. Allí hizo el papel hermoso de pacificador, después de haber tan dignamente ejercido el de guerrero; oyó las quejas, reformó los abusos, administró justicia, contentó los pueblos, fortificó las costas. Llamado por Federico

para que le ayudase en la conquista de Diano, única plaza que quedaba por los franceses y se resistía a sus armas, volvió a tierra firme, y la estrechó con tal vigor y tenacidad, que, al cabo, los sitiados, a pesar de la vigorosa def nsa que hicieron, tuvieron que rendirse a discreción. Con esta última hazaña coronó Gonzalo su primera expedición a Italia; y despedido del monarca napolitano, dejando en buena defensa las plazas que en la Calabria quedaban por los Reyes Católicos para seguridad del pago de los socorros que habían dado, regresó a España (1498) con la mayor parte de las tropas que le había asistido en la empresa.

Fué recibido en la Corte de Castilla con el mayor aplauso y agasajo, diciendo públicamente el rey que la reducción de Nápoles y las victorias sobre los franceses eran superiores a la conquista de Granada. Dos años se mantuvo en ella respetado como su gloria merecía, cuando una agitación que se levantó en Granada le dió ocasión de acreditarse más. Habíase prometido a los moros, cuando se redujeron a la obediencia del rey, que se les mantendría en el libre ejercicio de su religión. Hubo algunos entre ellos que, habiéndose hecho al principio cristianos, después habían vuelto a sus ritos. Las diligencias y aun rigor que se usó con éstos para volverlos al gremio de la Iglesia dieron ocasión a los moros de las Alpujarras de creer que con todos iba a procederse del mismo modo y a hacerlos cristianos por fuerza, arrancándoles sus hijos al mismo efecto, como se había hecho con los pervertidos. Cansados, por otra parte, de

servidumbre en que estaban, y ansiosos de novedades, fiados en los socorros de Africa y en la distracción de los reyes a las cosas de Italia y de Francia, alzaron el estandarte de la rebelión y tomaron las armas. Los primeros a alborotarse fueron los de Guéjar, villa asentada en lo más alto de aquella sierra. Hallábase a la sazón en Granada el Gran Capitán, el cual salió a domar a los rebeldes en compañía del conde de Tendilla, comandante general de la provincia. Para llegar a Guéjar era preciso atravesar una llanura que los moros habían empantanado, y después subir por las faldas de la sierra, que eran agrias y fragosas. Atollábanse los caballos, sumíanse los peones, y entre tanto los enemigos los herían a su salvo y huían. Gonzalo, aquel día, sirviendo más de soldado que de general, dando el ejemplo de infatigable constancia, delantero en el peligro, fué el primero que se acercó a la muralla del pueblo, y arrimando una escala, subió intrépidamente por ella; asió con la mano izquierda de una almena, y con la espada que llevaba en la derecha dió muerte al moro que se le puso delante, y entró el primero en la villa. A su ejemplo los demás soldados entraron también, y pasaron a cuchillo a aquellos infelices. Mas a pesar de esta ventaja y de haberse rendido otros lugares igualmente fuertes, la rebelión cundió de tal modo, que fué preciso al rey D. Fernando pasar a aquella provincia, convocar ejército y seguir en persona a los alborotados. Tomó por asalto a Lanjarón; y los infieles, amedrentados, trataron de rendirse bajo ciertas condiciones, poniendo por mediador a Gonzalo, en quien depositaron los moros

principales que entregaron en rehenes. Fiaban en la humanidad, generosidad y lealtad que reconocían y veneraban en él, y esperaban por su intervención sacar mejor partido en su concierto. Así fué; y Gonzalo les ganó el perdón y unas condiciones que no hubieran fácilmente conseguido sino por su mano.

Esto pasaba en el año de 1500, cuando ya las cosas de Italia se hallaban en un estado que pedía a toda prisa la asistencia de las armas españolas. Había muerto el rey de Francia Carlos VIII, y su sucesor, Luis XII, le imitó también en sus miras ambiciosas sobre aquel país. Carlos había sido llamado allí por Esforcia, y Luis vino a despojar a este usurpador del Estado de Milán; ejemplo i signe a los príncipes débiles, que casi nunca buscan un protector más poderoso que ellos sin adquirirse un tirano. Luis, hecha la alianza con el Papa Alejandro, con los florentinos y los venecianos, se apoderó del Milanés, y empezó a extender la mano al reino de Nápoles. No quedaba al débil Federico III ningún valedor en Italia; el rey de España era el solo que podía defenderle del daño que le amagaba; pero Fernando el Católico quiso más bien entrar a la parte de los despojos que la estéril gloria de la protección. La Europa vió con asombro, y aun con indignación, ir las mismas armas y el mismo general a arrojar de Nápoles a aquel príncipe que tres años antes había sido reconocido y amparado por el rey de España, su tío, a quien no había hecho ni agravio ni injuria; como si lo que se llama alta política entre los hombres atendiese nunca a estos respetos de generosidad o parentesco. Aprestóse en Málaga una armada de sesenta velas, y en ella embarcados cinco mil infantes y seiscientos caballos, salieron en junio de aquel año y se dirigieron a Sicilia, llevando por general a Gonzalo de Córdoba. La fama de este caudillo había exaltado la juventud española, y ansiosos de gloria y de fortuna, los nobles habían corrido a alistarse en sus banderas. Con él fueron entonces D. Diego de Mendoza, hijo del cardenal de España; Villalba, que después se distinguió tanto en la guerra de Navarra; Diego García de Paredes, tan señalado por su osadía y por sus fuerzas hercúleas; Zamudio, azote de italianos y alemanes; Pizarro, célebre por su valor, pero más por ser padre del conquistador del Perú. La armada iba pertrechada de todo lo necesario, pues no se había perdonado gasto alguno en los preparativos; y Gonzalo se mostró en ella con todo el lucimiento y bizarría correspondiente a su reputación, auxiliado larga y generosamente con las riquezas de su hermano D. Alonso de Aguilar.

El objeto de este armamento no se manifestó al principio. Llegado a Mecina, salió al instante a unirse con la escuadra veneciana, mandada por Benito Pésaro, a contener a los turcos, que invadían las islas de la República en los mares de Grecia. Al acercarse, la armada turca, poseída de terror, se retiró a Constantinopla, y los aliados, habiéndose reunido en Zante, se dirigieron a Cefalonia, arrancada poco tiempo había por los bárbaros a la dominación veneciana. Saltó el ejército en tierra y puso sitio al fuerte que había en la isla, llamado de San Jorge, donde estaba recogida toda la gente de guerra. Hechos los preparativos del

sitio y del ataque, Gonzalo antes de empezar envió a requerir a los cercados con un mensaje, en que les decía que los veteranos españoles, vasallos de un poderoso rey y vencedores de los moros en España, habían venido en auxilio de los venecianos; que, por tanto, si entregaban la isla y la fortaleza, podrían retirarse salvos; pero que si hacían resistencia no se libraría ninguno. «Gracias os doy, cristianos—respondió el albanés Gisdar, comandante del castillo—, de que seáis la ocasión de tanta gloria, y de que, vivos o generosamente muertos, nos proporcionéis tal lauro de constancia con Bayaceto, nuestro emperador. Vuestras amenazas no nos espantan; la fortuna ha puesto a todos en la frente el fin de la vida. Decid a vuestro general que cada uno de mis soldados tiene siete arcos y siete mil saetas, con las cuales vengaremos nuestra muerte, ya que no resistamos a vuestro esfuerzo o a vuestra fortuna.» Dichas estas palabras, hizo traer un fuerte arco con un carcaj dorado, para que se le diesen en su nombre a Gonzalo, y acabó la conferencia y despidió a los mensajeros.

La defensa que hizo a los asaltos y combates de sus enemigos fué igual a esta ostentación de bizarría. Eran setecientos los turcos que mandaba, todos aguerridos y feroces; el fuerte, bien pertrechado y situado además sobre una roca de áspera y difícil subida. Comenzó a batir el muro la gruesa artillería veneciana; pero Gisdar y los suyos, sin aterrarse por los portillos que hacía ni por el estrago que les causaba, sin perdonar fatiga ni excusar peligro, resistían a los asaltos, ofendían con sus máquinas, y era tal la

muchedumbre de saetas que lanzaban, que las sendas y el campo se veían cubiertos de ellas. Añadíase a esto que estaban enherboladas, y las heridas, por no conocerse este artificio al principio, eran mortales. Tenían además ciertas máquinas guarnecidas de garfios de hierro, que las memorias de entonces llaman *lobos*, con los cuales asían los soldados por la armadura, y subiéndolos en alto, o bien los estrellaban contra el suelo dejándolos caer, o los atraían a la muralla para matarlos o cautivarlos. Con uno de ellos fué asido Diego García de Paredes, a quien se vió por largo espacio de tiempo luchar en fuerzas con la máquina para no ser sacudido al suelo, y llevado a la muralla, defenderse con tal valor, que los bárbaros, respetándole, le guardaron prisionero, esperando por su medio lograr mejores condiciones si eran forzados a rendirse.

Así proseguía la porfía igual en unos y en otros. Las frecuentes salidas de los turcos tenían en continua vela a los sitiadores, y alguna hicieron que, a menos de despertar Gonzalo casualmente, soñando lo que pasaba, y mandando maquinalmente que se preparasen a la defensa, fuera grande el estrago y quizá irreparable el daño que hubieran sufrido. Contra la inmensa muchedumbre de sus saetas, el general español había dispuesto un bastión, cuyos tiros, alcanzando más que los arcos enemigos, arredraban a sus flecheros. Mandó después preparar en diversas direcciones contra la muralla aquellas minas que acababa de inventar Pedro Navarro y disponer las escalas para asaltar el fuerte con su gente. Las minas reventaron, y aunque abrieron varios boquerones, ya

los turcos tenían hechos los reparos suficientes, y el lugar quedó tan fuerte como antes. Los españoles embistieron a escalar con su acostumbrado ímpetu y valor; pero los enemigos, con piedras, con flechas, con fuegos arrojadizos, con aceite, azufre y pez hirviendo, se resistían desesperadamente, rompiendo las escalas y arrojando del muro a los españoles que ya habían subido. Fué necesario mandarlos retirar, y el mismo mal éxito tuvo el asalto que poco después intentaron por su parte los venecianos. Indignábanse aquellos guerreros, que habían domado los moros en España y expelido los franceses de Nápoles, que una sola fortaleza se les defendiese tanto; y los que al principio despreciaban a los turcos como unos bárbaros sin esfuerzo, aprendieron después con daño suyo a temerlos y a estimarlos. Eran cincuenta días pasados desde que comenzó el sitio, cuando Gonzalo, juzgando también indigno de su gloria detenerse tanto tiempo en él, habido su consejo con Pésaro, determinó dar un asalto general, en que a un tiempo se acometiese la plaza por las minas, por la artillería y por los soldados. Puestas a punto todas las cosas, y animado el ejército, dióse la señal, y los cañones disparados, las minas reventando, los soldados embistiendo en alaridos, parecía hundirse la isla a aquel espantoso estruendo, sin que los turcos fuesen consternados. Pero al fin tuvieron que ceder al destino y pujanza de sus enemigos, que a viva fuerza se apoderaron del muro y entraron en la plaza. Gisdar, fiel a su palabra, pereció peleando con trescientos de los suyos, dignos todos de mejor fortuna, y sólo se rindieron prisioneros ochenta turcos, que, debilitados por los trabajos y heridas recibidas, no pudieron hacer la gloriosa defensa de los demás.

Tomada así Cefalonia y dejándola en poder de su aliado, el Gran Capitán, pasados algunos días en que tuvo que detenerse por causa del temporal, se volvió a Sicilia a principios del año de 1501. A Siracusa le vino a encontrar un embajador de la República, la cual, en demostración de gratitud por los servicios que acababa de hacerla, le enviaba el diploma de gentilhombre veneciano y un magnífico presente de piezas de plata labrada, de martas y tejidos de brocado y sedas. Rehusólo al principio; mas obligado a aceptarle por las instancias del embajador, tomó el partido de enviar todas las riquezas a su rey, y él se quedó con sólo el diploma, diciendo graciosamente «que lo hacía para que sus competidores, aunque fuesen más galanes, no pudiesen a lo menos ser más gentiles hombres que él».

Estas satisfacciones y esta gloria fueron entonces enlutadas con la desgracia sucedida a su hermano. Habíanse vuelto a rebelar los moros de las Alpujarras, resentidos de las medidas que se tomaban para su conversión. Don Alonso de Aguilar fué uno de los primeros que acudieron al peligro en compañía del conde de Ureña, y uno y otro con su hueste empezaron a combatir y perseguir a los rebeldes en Sierra Bermeja. En todos nuestros historiadores, pero más bien en Mendoza que en otro alguno, está pintada la tragedia de aquella lastimosa tarde en que los nuestros, hostigando a los enemigos por la sierra arriba,

desmandados a robar, se dispersan y dejan caer la noche sobre sí, desamparando sus jefes y banderas. Allí puede verse la ferocidad con que los moros, alentados por el valiente Ferí de Benastepar, volvieron la cara a sus contrarios, y comenzaron a herirlos; un barril de pólvora se vuela por desgracia, y su resplandor manifiesta a los bárbaros el desorden de los nuestros, su poco número, su desaliento. En vano D. Alonso, D. Pedro, su hijo, y el conde de Ureña hacen prodigios de valor; todo es inútil: los nuestros caen o muertos o heridos o derrumbados. Don Alonso de Aguilar combatía entre dos peñas; allí le fué a buscar el Ferí, allí se asió a brazos con él. «Yo soy D. Alonso», decía el cristiano. «Yo soy el Ferí de Benastepar», replicaba el bárbaro; y atravesándole el pecho, dió con él muerto en el campo. La noticia de este desastre llegó a Gonzalo a Sicilia, y dando lágrimas al infortunio de su hermano, pasó de allí a poco a Regio para ejecutar las órdenes con que había salido de España.

Confiaba todavía el rey de Nápoles en que aquellas fuerzas venían destinadas a socorrerle. ¡Cuál debió ser el disgusto de Gonzalo en tener que mentir a un rey bueno y bienhechor suyo, con las apariencias de la amistad! Pero era preciso obedecer a Fernando el Católico, que le había mandado expresamente no declarar su comisión hasta cierto tiempo convenido. Este llegó, y el Papa en pleno consistorio anunció la liga entre los reyes de Francia y España y dió a cada uno de ellos la investidura de las provincias que se habían repartido en el reino de Nápoles. Gonzalo al instante envió un nuncio a Federico para

que renunciase solemnemente en su nombre los Estados de que le había hecho donación por sus servicios en la anterior guerra. Pero aquel monarca, lejos de admitir la renuncia, confirmó la donación de nuevo, diciendo que él sabía apreciar las virtudes aun en sus enemigos, y que, en vez de arrepentirse de las gracias que le había hecho, quisiera, si le fuera posible, acrecentarlas.

En breves días toda la Calabria y la Pulla reconocieron el dominio de Fernando, a excepción de Taranto y Manfredonia, al paso que los franceses estaban ya apoderados también de casi todo lo que les pertenecía en la partición. Federico, después de haber hecho algunas gestiones inútiles para defenderse, había abandonado sus Estados y acogídose a la isla de Iscla, desde donde se concertó con el rey de Francia, y haciéndose su pensionario se retiró a aquel Estado, mejor que a los del rey de España, su tío, a quien aborrecía mortalmente por su perfidia. Gonzalo, en esta situación, previendo ya que la unión entre dos príncipes ambiciosos no podía durar mucho tiempo, y que cada uno querría tener el todo para sí, se aplicó a ganar la afición de los naturales del país y atraer a su partido todas las personas de distinción. Restituyó sus Estados a la Casa de los Sanseverinos, a quienes había despojado Federico en castigo de su adhesión a la Francia; y movidos de sus promesas y de su gloria, vinieron a ofrecerle sus servicios Próspero y Fabricio Colonna, jefes de la familia de este nombre en Roma, excelentes militares a quienes dió al instante el mando de las alas de su ejército. A éstos

siguieron una porción grande de nobles y soldados veteranos, con los cuales, en número de doce mil hombres, puso sitio sobre Taranto.

Era esta plaza la más fuerte y la más importante de la Calabria. Fundada sobre una isleta en lo más estrecho del golfo que tiene su nombre, dos puentes la daban comunicación con la tierra por la parte de Oriente y de Poniente, y a la cabeza de ellos había dos castillos fortísimos para defenderlos, mientras que a la parte del mar abierto las rocas altas que la circundan vedan toda proximidad a los navíos. Fiado en esta posición, y en seis mil hombres de guarnición que tenía en Taranto, el infeliz Federico había enviado a ella a su hijo Fernando, duque de Calabria, con intento de que se mantuviese allí todo el tiempo posible, creyendo que la tardanza de la expugnación quizá daría ocasión a alguna novedad favorable en el curso de los sucesos. Gonzalo, dudoso si atacaría la plaza a viva fuerza o convertiría el sitio en bloqueo, se decidió por este último partido para excusar el derramamiento de sangre. Cercó, pues, la ciudad con trincheras por tierra, puso dos fuertes enfrente de los dos puentes, y mandó que las galeras de Juan Lezcano estuviesen alrededor de la isla y prohibiesen toda comunicación por las dos entradas del puerto. Era grande la expectación con que Italia aguardaba el éxito de esta empresa, de la cual dependía el fin de la guerra; y quizá la reputación del Gran Capitán hubiera encontrado allí un escollo si el poco ánimo de los que dirigían al duque de Calabria no le hubiera facilitado la victoria. Ellos creyeron que sal-

vando el precioso depósito que les había encomendado Federico desempeñaban toda su confianza, aun cuando cediesen la plaza; y guiados de este espíritu, hicieron proposiciones a Gonzalo pidiendo treguas por dos meses para recibir avisos del rey desposeído. Las treguas se ajustaron, y no habiendo recibido contestación de Federico, se prorrogaron después por otros dos meses, con pacto de que la plaza se pusiese en tercería por aquel tiempo, y que si en él no venía ni provisión ni socorro de parte del rey, se entregase de ella el general español, dejando libertad al duque de Calabria y a los suyos para irse a buscar a su padre o adonde bien les pareciese. Juró Gonzalo estas condiciones sobre una hostia consagrada a vista del campo entero, para obligarse a su cumplimiento con más solemnidad. La contestación no vino, la plaza fué entregada conforme al concierto; pero el duque de Calabria, en vez de ser dejado en libertad para irse con su padre, fué enviado en una galera a España a padecer el triste y magnífico trato de un prisionero de Estado (1502). ¿Fué nuestro héroe en esta ocasión un pérfido, un sacrílego, un perjuro? En vano algunos historiadores le defienden diciendo que no tenía bastante autoridad para prometer la libertad de una persona tan importante, y que el Rey Católico podía anular una condición hecha sin participación suya; en vano otros, entrando en pormenores indignos de la historia, mencionan cartas y refieren convenios posteriores, de que se deduce que la voluntad del duque era venir a España y no ir a buscar a su padre. ¡Efugios inútiles! ¿A quién

persuadirán? Todos al fin convienen en que aquel príncipe desgraciado fué tra'do a España por fuerza, mientras que Taranto, ganada a tan poca costa, acusaba altamente la perfidia de los que faltaban tan malamente al pacto solemne de su rendición. Dígase lo que se quiera, éste es un torpe borrón en la vida de Gonzalo, que ni se lava ni se disculpa por la parte que de él pueda caber al rey de España, y sería mucho mejor no tener que escribir esta página en su historia.

En el tiempo de este asedio fueron grandes los trabajos que padeció el ejército por falta de bastimentos y de dinero; mas a pesar de esta escasez, Gonzalo, escuchando su generosidad y magnificencia, siempre se mostraba grande a los ojos de italianos y franceses. Sucedió que la escuadra francesa, mandada por el conde de Rabestein, después de haber v namente querido ganar de los turcos la isla de Lesbos, fué ac metida en el mar de una tempestad violenta, que echó a pique muchos buques y maltrató cruelmente los demás. Desbaratados y dispersos, arribaron, por fin, a las costas de Calabria, siendo los más maltratados el general y su capitana. Gonzalo dió las órdenes correspondientes para que se les auxiliase a todos, y él, en particular, envió al instante a Rabestein tanta copia de refrescos, de vestidos y de utensilios, que el socorro parecía más bien regalo de un rey que expresión de un particular, bastando no sólo para reparar a aquel flamenco, sino a todos los que le acompañaban. Rabestein, que había creído eclipsar con su expedición la gloria conseguida por

Gonzalo en la de Cefalonia, se vió doblemente confundido por su mala fortuna y por la generosidad y magnificencia de su rival, con quien ya no osaba compararse. Pero la época en que Gonzalo hizo esta demostración de bizarría era cuando sus tropas estaban más necesitadas. Empezaron a murmurar altamente los soldados de que su gen ral fuese tan liberal con los extraños y tan escaso con ellos, debiéndoseles muchos meses de paga y teniéndolos en la mayor necesidad y aprieto. «Más le valiera—decían—pagarnos, que ser tan generoso a costa nuestra.» De la murmuración pasaron a la queja; de la queja, a la sedición. Atropados y armados se presentan a su general, y en altas voces demandan lo que se les debe, y con su gesto, ademán y armas le amenazan y procuran amedrentarle. El, desarmado y tranquilo, escuchaba aquel rumor, y oponía su autoridad y su dignidad a sus descompasados gritos y furores. Un soldado, fuera de sí, le pone la pica a los pechos, y él desvía blandamente la pica, diciendo al soldado sonriéndose: «Mira que sin querer no me hieras.» Un capitán vizcaíno, llamado Iciar, se arrojó a decirle en ofensa de su hija Elvira palabras que la dignidad de la historia no consiente repetir. Amaba con efecto, tanto Gonzalo a su hija, que la llevaba consigo en sus expediciones, y por lo mismo debió serle tanto más sensible la increpación del insolente vizcaíno. Mas no dándose por entendido de ella entonces, sosegó el motín, prometiendo a los facciosos una ligera paga, y a la mañana siguiente amaneció Iciar ahorcado en una ventana en castigo de su desacato. Este ejemplo de

severidad aterró a los alborotados, que no osaron después desmandarse; pero el descontento seguía, y estaban ya a punto de desertar de sus banderas por acudir a las de César Borja, hijo del Papa Alejandro. Este, habiéndose desnudado del carácter de cardenal, hecho duque de Valentinois, ansioso de dominar todos los Estados de la Romaña, y rico con los auxilios de la Francia y con sus propias rapiñas, convidaba a los guerreros españoles con el cebo de grandes estipendios. Por fortuna llegó al golfo de Taranto una galera genovesa ricamente cargada, y Gonzalo, bajo pretexto de que llevaba hierro a los turcos, la hizo apresar por las naves de Lezcano; vendió el cargamento, que importó más de cien mil ducados, y con ellos contentó a su ejército. Reconvenido por esta especie de usurpación, solía contestar que a tuerto o a derecho era preciso buscar con qué mantener los soldados y procurar la victoria, y después quedaba tiempo de recompensar los daños del inocente con liberalidad y cortesía.

Tomada Taranto y también Manfredonia, que se rindió a sus oficiales, el ánimo de Gonzalo se volvió todo a la contienda que ya amenazaba de parte de los aliados, los cuales, no contentándose con la porción que les había cabido, aspiraban a ocupar la del rey de España. En la partición que los dos monarcas habían hecho de Nápoles se había expresado generalmente que al de Francia tocase la tierra que llaman de Labor y el Abruzo, y al de España, la Pulla y la Calabria. Quedaron por designar algunas provincias, como el Principado, Capitanata y Basilicata, que después

cada uno quería adjudicar a su dominio. Los franceses en particular decían que la Capitanata, mediando entre el Abruzo y la Pulla, o debería ser contada como parte del Abruzo, y en tal caso les pertenecía, o considerarse como provincia separada y dividirse de nuevo; a esto añadían el perjuicio que decían recibir en la partición, por la gran fertilidad y riqueza de las provincias adjudicadas a España y la est rilidad de las suyas. Disputóse primero con sutilezas de derecho y de geografía; después, los franceses, impacientes, empezaron a apoderarse por fuerza de algunos lugares, y aun quisieron oponerse, aunque en vano, a que Manfredonia se entregase a los oficiales de Gonzalo. El duque de Nemours, su general, y el Gran Capitán consultaron a sus soberanos, y éstos lo remitieron a su juicio. Avistáronse ellos por dos veces en una ermita situada entre Melfi y Atela, y tampoco pudieron determinar cosa ninguna. Visto, pues, que no quedaba otro recurso que las armas, los dos guerreros, después de haberse dado todas las muestras de estimación y cortesía, se separaron a anunciar a sus tropas que la parte que tuviese más fuerza o más fortuna esa sería señora de todo el reino. Italia, estremecida, vió llegado el tiempo en que, renovadas las antiguas querellas de las Casas de Aragón y de Anjou, el poder de uno y otro adversarios iban por mucho tiempo a hacerla teatro de escándalos y sangre.

Eran los franceses superiores en fuerzas, y tal vez esto los hizo ser más tenaces en la altercación. Su rey les había enviado socorros de hombres y dinero, y con estos refuerzos, ensoberbecidos sus ánimos,

comenzaron a apoderarse de las plazas que estaban en la parte adjudicada a España. Sus principales jefes eran el duque de Nemours, virrey; Aubigni, segundo en autoridad y primero en reputación; Alegre y Paliza, oficiales valientes y experimentados. El virrey se puso delante de Gonzalo, y Aubigni marchó con una división a la Calabria, donde su crédito le había conservado muchos parciales. Luis XII, desde León, donde estaba para dar calor a la guerra, pasó a Milán con el mismo fin, y desde allí vió los progresos que hicieron sus armas. Gonzalo, con su corto ejército, se había retirado a Barleta a esperar los socorros que a toda prisa había pedido a España, confiando entretanto mantenerse en aquella plaza, que, situada en la marina de la Pulla, le facilitaba la comunicación con Sicilia y le podía sostener mejor contra la impetuosidad de los franceses. Los o iciales que con sus divisiones cubrían las posesiones españolas no podían, a pesar de prodigios de valor, contener el torrente que los arrollaba. Y el rey de Francia, que vió ocupada por los suyos la Capitanata, a Aubigni vencedor de un ejército de españoles que se reunió en Calabria a las órdenes de D. Hugo de Cardona, y, en fin, superiores por todas partes los franceses y dueños de toda la tierra, a excepción de algunas pocas plazas de la costa, dió la vuelta a su país, creyendo ya inevitable la entera expulsión del enemigo. Mas la constancia y la prudencia del general español desconcertaron el orgullo de estas esperanzas; y la estación de Barleta será para siempre memorable como un ejemplar de paciencia, de destreza y de heroís-

mo. Los duelos singulares y de pocas personas, la cortesía caballeresca con que se trataban los prisioneros, la jactancia y billetes de los generales, todo da a esta época un aire de tiempo heroico que ocupa agradablemente la imaginación, como la ocupan en la fábula y en la historia el sitio de Troya o la circunvalación de Capua.

El duque de Nemours, confiado en la superioridad de sus fuerzas, pensaba hostigar continuamente a los nuestros; y el hostigado era él mismo, teniendo que sufrir el desabrimiento de ver a los suyos casi siempre inferiores en las escaramuzas y reencuentros parciales que tenían, ya sobre forrajes y mantenimientos, ya sobre la posesión de los pueblos inmediatos a Barleta. Pero lo que más alentó los ánimos de los nuestros y abatió a los franceses fueron los dos célebres desafíos que sucedieron entonces. El primero fué entre españoles y franceses. Confesaban los enemigos que el español les era igual en la pelea de a pie; pero decían al mismo tiempo que era muy inferior a caballo; negábanlo los españoles, y decían que en una y otra lucha llevaban ventaja a sus contrarios, como se estaba experimentando en los encuentros que diariamente ocurrían. Vino la altercación a parar en que los franceses enviaron un mensaje a Barleta, proponiendo que si once hombres de armas españolas querían hacer campo con otros tantos de los suyos, ellos estaban prestos a manifestar al mundo cuán superiores les eran. El mensaje vino un lunes, 19 de septiembre (1502), y se aplazaba para el día siguiente, con la condición de que los rendidos habían de quedar

prisioneros. Aceptóse el duelo al punto; diéronse rehenes de una y otra parte para la seguridad del campo, y el puesto se señaló en un sitio junto a Arani, a mitad del camino entre Barleta y Viselo. Escogiéronse de los nuestros once campeones, entre los cuales el más célebre era Diego García de Paredes, que a pesar de tres heridas que tenía en la cabeza quiso asistir a aquella honrosa contienda. Diéronsele las mejores armas, los mejores caballos; nombróseles por padrino a Próspero Colonna, la segunda persona del ejército, y ya que estuvieron aderezados, el Gran Capitán hízolos venir ante sí, y delante de los principales caudillos les dijo: «que no pudiendo dudar de la justicia de su causa y de cuán buenos y esforzados caballeros eran, debían esperar con certeza la victoria; que se acordasen que la gloria y la reputación militar, no sólo de ellos mismos, sino la del ejército, la de la nación y la de sus príncipes, dependía de aquel conflicto, y por tanto peleasen como buenos, y se ayudasen unos a otros, llevando el propósito de morir antes que volver sin la gloria de la batalla.»

Todos lo juraron animosamente, y a la hora señalada salieron, acompañados cada cual de su paje de armas, al lugar del desafío. Llegaron antes que sus contrarios, y luego que estuvieron al frente unos de otros, los padrinos les dividieron el sol y las trompetas dieron la señal del combate. Arremetieron furiosamente, y del primer encuentro los nuestros derribaron cuatro franceses, matándoles los caballos; al segundo, los enemigos derribaron uno de los españoles, que, cayendo entre los cuatro franceses que estaban a pie,

y asaltado de todos ellos a un tiempo, le fué forzoso rendirse. A este punto, un español mató a un francés de una estocada, y otro rindió a su contrario. Los dos que se habían rendido de una parte y otra se separaron fuera de la lid; cayó otro francés del caballo, y, por matarle o rendirle, todos los españoles cargaron sobre él, y todos los franceses arrebatadamente a defenderle. Heríanse de todos modos, con las hachas, con los estoques, con las dagas; la sangre les corría por entre las armas, y el campo se cubría con los pedazos de acero que la violencia de los golpes hacía saltar en la tierra. Estremecíanse los circunstantes y esperaban dudosos el éxito de una lucha que tan tenazmente se sostenía. En esta tercera refriega los españoles mataron cinco caballos de sus enemigos, y éstos dos de los nuestros. Quedaban siete franceses a pie y dos a caballo, mientras que los españoles, siendo ocho a caballo y dos a pie, parecía que nada les quedaba ya sino echarse sobre sus adversarios para ganar la victoria. Acometieron, pues, a concluir la batalla; mas los franceses, atrincherándose entre los caballos muertos, flanqueados de sus dos hombres de armas que les quedaban montados, y asiendo de las lanzas que había por el suelo, esperaron a sus contrarios, cuyos caballos, espantados a la vista de los cadáveres, se resistía a sus jinetes y sé negaban a entrar. Varias veces embistieron y otras tantas tuvieron que retroceder; entonces García de Paredes a voces les decía que se apeasen y acometiesen a pie, que él no podía hacerlo por las heridas que tenía en la cabeza; y al mismo tiempo arremetió con su caballo a apor-

tillar la trinchera, y solo por gran rato estuvo haciendo guerra a sus enemigos. Estos se defendieron de él, y le hirieron el caballo tan malamente, que tuvo que retirarse por no caer entre ellos. Mientras él peleaba así, los franceses movían partido y confesaban que habían errado en decir que los españoles no eran tan diestros caballeros como ellos y que así podrían salir todos como buenos del campo. A los más de los nuestros parecía bien este partido; mas Paredes no admitía ningún concierto; decía a sus compañeros que de ningún modo cumplían con su honra sino rindiendo a aquellos hombres ya medio vencidos; y mal enojado de que no siguiesen su dictamen, herido como estaba, perdida la espada de la mano y no teniendo a punto otras armas, se volvió a las piedras con las que se había señalado el término del campo y empezó a lanzarlas contra los franceses. Parece, al leer esto, que se ven las luchas de los héroes en Homero y Virgilio, cuando, rotas las lanzas y las espadas, acuden a herirse con aquellas enormes piedras que el esfuerzo de muchos no podía mover de su sitio. Apeáronse, en fin, los españoles; y los franceses, viéndolos venir, volvieron a ofrecer el partido de que la cosa quedase así, y ellos salieron del campo, quedándose en él los nuestros y recogiendo para sí los despojos que estaban esparcidos por el suelo. Había durado la batalla más de cinco horas; la noche era entrada, y Próspero Colonna aconsejó a los españoles que su honor quedaba en todo su punto aceptando este partido. Hiciéronlo así, canjeáronse los dos rendidos uno por otro, y los franceses tomaron el camino de Viselo; los nuestros, el de

Barleta. Los jueces sentenciaron que todos eran buenos caballeros, habiendo manifestado los españoles más esfuerzo y los franceses más constancia. Entre éstos se señaló mucho el célebre Bayard, a quien se llamaba el «caballero sin miedo y sin tacha»; entre los nuestros, los que más bien pelearon fueron Paredes y Diego de Vera.

Sin embargo del honor adquirido por los españoles, el Gran Capitán quedó mal enojado del éxito de la batalla, y se dice que quiso castigar a los combatientes porque habiendo tenido esfuerzo para hacerse superiores en ello, no habían tenido constancia y saber para completar el triunfo y rendir a sus contrarios. Es notable aquí el honrado proceder de Paredes: él había reñido a la lid a sus compañeros por el concierto que hacían; él fué quien los defendió delante de su general, diciendo que pues sus contrarios confesaron el error en que estaban respecto a los españoles, no había para qué tener en poco lo que se había hecho, porque al fin los franceses eran tan buenos caballeros como ellos. «Por mejores los envié yo al campo», respondió Gonzalo; y puso fin a la contestación.

Quisieron todavía los nuestros apurar más su ventaja, y al día siguiente de la pelea Gonzalo de Aller, el caballero español que había sido rendido, envió a desafiar al francés a quien había cabido la misma suerte, diciendo que se rindió con más justa causa que él, y que si otra cosa decía, se lo haría conocer de su persona a la suya con sus armas y caballo. Aceptó el francés el desafío, pero no acudió al día señalado, y Aller le arrastró pintado en una tabla a la

cola de su caballo. Lo mismo le sucedió a Diego García con un oficial francés llamado Formans, que, desafiado por los denuestos e injurias que escribía de los españoles e italianos, aceptó el duelo y no vino a medirse con el español. Por último, veintidós hombres de armas nuestros retaron a otros tantos franceses, y ellos respondieron que no querían pelear tantos a tantos, y que de ejército a ejército se verían.

Estas pruebas particulares y esta contienda de honor exaltaban los ánimos de unos y otros en tal manera, que ya más parecía que luchaban por la gloria y la reputación de valor que no por el imperio del país. Gonzalo procuraba mantener este espíritu generoso, móvil de las bellas acciones; y para acabar con las altercaciones que se movían todos los días por el rescate de los prisioneros, arregló con el duque de Nemours la cuota que debía pagarse por cada uno, según su calidad, y con sus consejos y su ejemplo exhortaba a sus soldados a usar de toda humanidad y cortesía con los rendidos. Un caso que sucedió por este motivo manifiesta su delicadeza. Un oficial de caballería español, llamado Alonso de Sotomayor, prisionero del famoso Bayard y tratado por él con toda urbanidad y cortesía, había recibido su libertad por un rescate moderado. El español publicaba haber sido tratado por su vencedor dura e ignominiosamente; Bayard, que lo supo, retó al instante a su contrario, diciéndole que mentía. Rehusaba el español, según se dice, la batalla; pero el Gran Capitán le obligó a aceptarla, diciéndole «que era preciso hacer olvidar sus injuriosas palabras con la gloria del combate, o

sufrir el castigo que merecía por ellas». Tuvo, pues, que salir al campo donde el francés le esperaba. El español era alto, robusto y membrudo; el francés, pequeño y delicado, manifestaba más agilidad que fuerza, apocada en aquellos días por unas cuartanas que padecía. Todos le creían vencido, y más al ver que las armas del combate eran las de un hombre de armas. Tiró Sotomayor a aturdir a su contrario, dándole golpes en la cabeza atropelladamente; pero Bayard, supliendo con el arte lo que le faltaba de fuerza, hirió primero en un ojo al español, y a la acción de alzarse éste con toda su furia para vengarse de aquella herida, dejó descubierta la garganta por la juntura de la gola, donde Bayard con celeridad increíble le metió un puñal; la sangre salió a borbotones, y Sotomayor cayó muerto con grande alegría de los franceses y sin ningún sentimiento de los españoles, indignados de su mala lengua e indigno proceder.

Entre tanto, los dos generales, observándose recíprocamente, no perdonaban ocasión ni excusaban diligencia para atacarse y sacar ventajas sólidas de este ardor y bizarría de sus soldados. Los franceses habían tomado a Canosa, donde estaba Pedro Navarro, que, no teniendo bastante número de gente para defenderla, con acuerdo de Gonzalo la había rendido; pero saliendo de allí las banderas desplegadas y al son de las trompetas y tambores, con todos los honores de la guerra. En aquella plaza estableció el duque de Nemours su cuartel general, y desde allí molestaba y estrechaba a los nuestros, cortándoles los convoyes, sorprendiendo las partidas que salían a hacer víveres,

y a veces ocupando los lugares vecinos a Barleta, para cerrarla de más cerca. Gonzalo oponía iguales ardides a éstos, igual actividad, pero con más prudencia y más fortuna. Su objeto era mantenerse en Barleta hasta que llegasen de España y de Alemania los socorros de hombres que tenía pedidos para igualar sus fuerzas con las del enemigo. Entre tanto, todos los contornos sufrían los estragos de las correrías de uno y otro campo. Los que más sufrían estos daños eran los infelices pastores del Abruzo, que teniendo que conducir sus ganados a las tierras ocupadas de uno y otro ejército, debían sufrir el vejamen de éstos o aquéllos, o de ambos a un tiempo. Creyendo a los franceses más fuertes, habían sacado seguro de su general, el cual, efectivamente, cubrió su marcha y sus pastos con sus tropas. Pero Gonzalo, impelido por una parte de la necesidad de víveres que tenía su ejército y por otra de la utilidad de castigar el desprecio que hacían de su autoridad y su fuerza, dispuso varias celadas y correrías, encomendadas casi siempre a D. Diego Mendoza, el Aquiles de los nuestros, en las cuales robaron muchos millares de cabezas. Quejáronse los ganaderos a Nemours, amenazando que se irían a los lugares ásperos del país si no eran mejor defendidos. El duque se acercó a Barleta con sus gentes, cañoneó el puente del Ofanto con intento de derribarle y envió un trompeta a desafiar a los nuestros. Gonzalo, que quería quebrantar algún tanto el ímpetu francés con la tardanza, respondió «que él estaba acostumbrado a combatir cuando la ocasión y la conveniencia lo pedían y no cuando a su

enemigo se le antojaba; y así, que aguardasen a que los suyos herrasen los caballos y afilasen las espadas». Nemours, creyendo haber intimidado a los españoles, dió la vuelta a Canosa; pero apenas había comenzado su marcha cuando el Gran Capitán, ordenadas sus haces, salió de Barleta y empezó a inquietarle en su retirada. Envióle un trompeta a anunciarle que ya iba, y que le aguardase; a lo que contestó el francés «que ya estaba muy adelantado el día, y que él no excusaría la batalla cuando los españoles se acercasen tanto a Canosa como él se había acercado a Barleta».

En una de las correrías del oficial Mendoza había sido hecho prisionero La Motte, capitán de la partida francesa con quien se había peleado. Por la noche, en el convite celebrado por Mendoza en celebridad de la victoria conseguida, La Motte, que asistía a él, llevado de su petulancia natural, tal vez acrecentada con el vino, se dejó decir que los italianos eran una triste y pobre gente para la guerra. Un español llamado Iñigo López de Ayala sacó la cara por ellos y dijo al francés que había en el ejército italiano tan buenos caballeros como los mejores del mundo; mantúvose La Motte en lo que había dicho, y ofreció hacerlo bueno en el campo con cierto número de guerreros que se escogiesen de una y otra parte. Llegó esta conversación a oídos de Próspero Colonna, el cual, celoso del honor de su nación, después que se aseguró de la certeza del hecho y de que La Motte se afirmaba en su desprecio, formalizó el desafío proyectado, con licencia que obtuvo del general. Los combatientes habían de ser trece contra trece, y se pactó

que los rendidos, además de perder el caballo y las armas, hubiesen de pagar cien ducados cada uno por su rescate. Hizo Gonzalo a los italianos concurrentes toda clase de honras, como si a su valor estuviese fiada la fortuna de aquella guerra; y porque el duque no quería asegurar el campo, con intento de ver si podía desbaratar el duelo por este medio, Gonzalo dijo que él aseguraba el campo a todos. Salieron los italianos bien amaestrados por Próspero Colonna y pertrechados de todas armas; llegaron al campo, dióse la señal, y se encontraron unos con otros con tal ímpetu, que las lanzas se les quebraron; entonces echaron mano a las otras armas, y con las hachas y los estoques se procuraban ofender cuanto podían. Eran de grande esfuerzo los franceses; pero los italianos, más diestros, en el espacio de una hora echaron a sus contrarios del campo, menos uno, que quedó muerto, y otro que, habiendo sostenido por gran rato el ataque de sus enemigos, vino al suelo mal herido, y hubiera acabado también si los jueces no se hubieran interpuesto declarando a los italianos vencedores. Estos salieron del campo con sus doce prisioneros delante y se presentaron al Gran Capitán, que los hizo cenar consigo aquella noche y los colmó de honores y distinciones.

La conquista de Rubo coronó la gloria adquirida por los españoles en estos combates particulares que se dieron mientras su estancia en Barleta. Había alzado banderas por España la villa de Castellaneta, sorprendida por Luis de Herrera y Pedro Navarro, a quien después de la pérdida de Canosa envió Gonzalo a defender a Taranto. Nemours previno sus gentes para castigar aquel pueblo y ocuparle otra vez; y el Gran Capitán, para distraerle o para vengarse, anticipadamente con una parte de sus tropas salió en persona a combatir a Rubo. Era esta plaza muy fuerte, defendida por cuatro mil hombres mandados por Paliza, uno de los oficiales franceses más distinguidos y comandante en el Abruzo. Anduvieron los españoles seis leguas, y al ser de día llegaron a Rubo y empezaron a batir el muro con la artillería; luego que fué abierta la brecha, se precipitaron en ella y se trabó la batalla con igual ardor que si fuera en campo raso. Duró el combate siete horas, y todavía se dilatara si Paliza, herido, no hubiera tenido que retirarse y al fin que rendirse. Entraron los nuestros el lugar y le pusieron a saco; fueron grandes los despojos que allí consiguieron; hicieron prisioneros de mucha cuenta, sin los vecinos de Rubo, que todos, hombres y mujeres, quedaron al arbitrio del vencedor. Gonzalo cuidó de que se guardase todo respeto al sexo, y luego que volvió a Barleta dió libertad a las mujeres sin rescate y a los hombres por un precio moderado; pero a los franceses los trató con más rigor, y los envió de remeros a las galeras de Lezcano. Preguntado después por esta severidad, contestó que, siendo tomados por asalto, el no pasa los por las armas era una gracia que le debían. Nemours, avisado del peligro de Rubo, antes que pudiese forzar a Castellaneta voló al instante a socorrerle, y fué doblemente infeliz, porque no ganó la plaza que atacaba y no pudo amparar a la otra del desastre que le vino.

Con estas ventajas y los socorros que de cuando en cuando les llegaban, ya de Sicilia, ya de Venecia, pudieron los españoles sufrir por siete meses la estancia en un pueblo donde a cada momento estaban apurados por la falta de víveres. Murmuraban, sí, y se quejaban; pero al parecer Gonzalo, al ver aquella frente intrépida, aquel semblante majestuoso, la dignidad que sobresalía en su bella figura y la alegría y serenidad que siempre ostentaba; al oír la confianza con que les aseguraba que pronto se verían en la abundancia y en la victoria, todos se aquietaban, y por fortuna algunos socorros llegaban tan a tiempo, que la confianza que tenían en sus palabras era completa. Sucedió en aquellos días que una nave de Sicilia arribó allí con una gran porción de trigo, y otra veneciana cargada de municiones y armas. Gonzalo lo compró todo, y repartió los morriones, cotas, sobrevestas y demás pertrechos por su ejército con tal profusión, que aquellos mismos soldados que, antes desnudos y andrajosos, presentaban el aspecto de la indigencia y de la miseria, ya se mostraban con todos los arreos de la elegancia y del lujo.

El aspecto de las cosas se iba cambiando entonces a toda prisa: la pérdida de Castellaneta y la de Rubo; Aubigni vencido y preso junto a Seminara por un refuerzo de tropas españolas venidas últimamente a Calabria; las galeras de Lezcano vencedoras de la escuadra francesa delante de Otranto; los dos mil infantes que se esperaban de Alemania llegados a Barleta, todo anunciaba que el viento de la fortuna soplaba en favor de España y que era tiempo de dar

fin a la contienda. En Barleta era ya imposible mantenerse, por la falta de víveres y el peligro de la peste, que iba ya sintiéndose en su recinto. Gonzalo, resuelto a abandonar aquel puesto, anunció al duque de Nemours su determinación; mandó venir a sí a Navarro y Herrera, y salió por fin de la plaza. Aquella noche hizo alto en el mismo sitio donde en otro tiempo fué Canas, tan célebre por la rota que Aníbal dió allí a los romanos; y al otro día se dirigió a Ceriñola, diez y siete millas distante, donde los enemigos tenían grandes repuestos de víveres y municiones. El general francés, sabida la marcha de su adversario, reunió también sus tropas y corrió en su seguimiento; así, las nubes acumuladas tanto tiempo sobre Barleta vinieron a descargar su furia en C riñola, donde la suerte de Nápoles iba a decidirse sin retorno.

No prometía la trabajosa marcha que hicieron aquel día (27 abril de 1593) los nuestros ningún suceso afortunado. Era el terreno por donde caminaban seco y arenoso, el calor del día grande y superior la fatiga; caíanse los caballos y los hombres de sed y de cansancio; algunos, sofocados, morían. En vano hallaron pozos con agua; ésta, más propia para bestias que para hombres, si les apagaba la sed, los dejaba inútiles a marchar. Algunos odres llenos de agua del Ofanto, que Gonzalo había hecho prevenir a su salida de Canas, no eran bastantes al ansia y necesidad que todos tenían; uno y otro auxilio servían más de confusión que de alivio. Gonzalo en aquel aprieto levantaba a los caídos, animaba a los desmayados, dábales de beber por su mano y mandando que los

de a caballo subiesen a las ancas a los infantes, dió el ejemplo con la orden, subiendo en el suyo a un alférez alemán. Si los enemigos, que ya se habían movido a seguirlos, los hubieran alcanzado en la llanura, tenían conseguida la victoria. Así, toda el ansia de Gonzalo era por llegar al sitio donde proyectaba sentar su campo y esperar allí el ataque de los franceses.

Cirinola está situada sobre una altura, y en el declive que forma el cerro había plantadas muchas viñas, defendidas por un pequeño foso. En este recinto sentó su real Gonzalo, agrandando el foso cuanto le permitió la premura del tiempo, levantando el borde interior a manera de rebellín, y guarneciéndole a trechos con garfios y puntas de hierro para inutilizar la caballería enemiga. Recogiéronse al fin las tropas al campo, y habiendo encontrado agua, el ansia de apaciguar la sed los puso en confusión, de manera que toda la habilidad de Gonzalo y de sus oficiales apenas era bastante para llamarlos al deber y ponerlos en orden. En esto, el polvo anunciaba ya la venida de los enemigos, y los corredores vinieron a avisarlo al general. Eran los nuestros cinco mil quinientos infantes y mil quinientos caballos, entre hombres de armas, arqueros y jinetes. Gonzalo los dividió en tres escuadrones, que colocó en tres diversas calles que formaban las viñas: uno de españoles mirando hacia Ciri ola, mandado por Pizarro, Zamudio y Villalba; otro de alemanes, regido por capitanes de su nación, y el tercero de españoles, al cargo de Diego García de Paredes y Pedro Navarro, apostado junto a la artillería para ayudarla y defenderla: flanqueó

estos cuerpos con los hombres de armas, que dividió en dos trozos, mandados por Diego de Mendoza y Próspero Colonna; a Fabricio, su primo, y a Pedro de Paz dió el cuidado de los caballos ligeros, que puso fuera de las viñas para que maniobrasen con facilidad. La pausa que hicieron los franceses, consultando lo que habían de hacer, dió lugar a estas disposiciones y a que la gente, tomando algún respiro, pudiese disponer el cuerpo y el espíritu a la pelea. La excesiva fatiga que habían sufrido aquel día hacía dudar a Gonzalo de su resistencia, cuando Paredes, viéndole todo sumergido en estos pensamientos, «para ahora, señor—le dice—, es necesaria la firmeza de corazón que siempre soléis tener; nuestra causa es justa, la victoria será nuestra, y yo os la prometo con los pocos españoles que aquí somos». Gonzalo admitió agradecido el venturoso anuncio, y se preparó a recibir al enemig .

Estaba ya para caer la n che, y Nemours, más prudente que dichoso, quería dilatar el ataque para el día siguiente; pero sus oficiales, principalmente Alegre, creyendo ya asir la victoria y acabar con aquel ejército fugitivo, opinaban que se acometiese al instante, y Alegre añadía que no podía esto diferirse sin nota de cobardía. A esta increpación, Nemours, picado vivamente, da la señal de embestir, y él se pone al frente de la vanguardia, compuesta de los hombres de armas. Seguíale Chandenier, coronel de los suizos, con otro escuadrón, donde iba toda la infantería; y últimamente Alegre, con los caballos ligeros, cerraba las líneas, que no se presentaban total-

mente de frente, sino con algún intervalo retrasada una de otra. Comenzó a disparar la artillería, que era igual de una y otra parte; pero con algún más daño de los franceses, por dominarlos la española desde la altura. A las primeras descargas un accidente hizo volar la pólvora de los nuestros, y la llamarada que levanta parece abrasar todo el campo; se anuncia este revés a Gonzalo, y él, con cara alegre, contesta: «Buen ánimo, amigos; esas son las luminarias de la victoria.» El duque de Nemours y su escuadrón, para libertarse del mal que les hacía la artillería, acometieron la lanza en ristre y a toda carrera contra la parte donde les venía el daño; mas halláronse allí atajados por el foso, por los garfios de hierro y por la resistencia que les hizo el tercio que mandaba Paredes, siéndoles forzoso dar el flanco a los n estros y correr a buscar otro paraje menos defendido para saltar al campo. En esta ocasión tuvieron que sufrir todo el fuego de la escopetería alemana, que estaba más allá; entonces cayó el general francés muerto de un arcabuzazo, y los caballos que le seguían, sin jefe y sin orden, comenzaron a huir. El escuadrón mandado por Chandenier quiso probar mejor fortuna; pero fué recibido por la infantería española, que lanzaba todas sus armas arrojadizas contra ellos, y no hizo efecto ninguno. El mismo Chandenier, que por la bizarría y brillo de sus armas y por su arrojo llamaba hacia sí la atención y los tiros, cayó también sin vida; caen al mismo tiempo los mejores capitanes suizos, y el desorden que esto causa hace inclinar la victoria hacia los españoles. Estos, queriendo apurar sus

ventajas, salieron de sus líneas. Paredes, al frente de su tercio, y el Gran Capitán, con los hombres de armas, arrollan por todas partes a los enemigos, que, a pesar del valor que emplearon Alegre y los príncipes de Melfi y Bisiñano, que iban en la retaguardia francesa, se vieron rotos y d spersos y se abandonaron a la fuga. La noche detuvo el alcance y atajó la mortandad. Próspero Colonna entró sin resistencia en el campamento enemigo, y viendo cerrada la noche, se alojó en la tienda del general francés, de cuya mesa y cena disfrutó, causando con su ausencia la mayor angustia a su primo Fabricio y al Gran Capitán, que viendo que no volvía le lloraban por muerto.

Este fué el éxito de la batalla de Cirinola, que, si se regula por el número de los combatientes y por los muertos, no se contará entre las más grandes, pero que se hace muy ilustre por el acierto y conducta del general vencedor y por las consecuencias importantes que tuvo. Los ejércitos eran casi iguales, o algo superior el de los franceses; de éstos murieron cerca de cuatro mil, y de los nuestros algunos dicen que ciento, otros que nueve. La acertada elección de terreno y el auxilio sacado del foso, unido a la temeridad de los enemigos, dieron la victoria y la hicieron poco costosa, a pesar de ser su caballería tan superior, que Gonzalo afirmaba que semejante escuadrón de hombres de armas no había venido a Italia mucho tiempo había.

Al día siguiente se halló entre los muertos el general francés, a cuya vista no pudo el vencedor dejar de verter lágrimas, considerando la triste suerte de

un caudillo joven, bizarro y galán en su persona, con quien tantas veces había conversado como amigo y como aliado. Hízole llevar a Barleta, donde se hicieron sus exequias con la misma magnificencia y bizarría que si fuesen celebradas por sus huestes vencedoras, y él se dispuso a seguir el rumbo que su buena estrella le señalaba.

Cirinola, Canosa, Melfi y todas las provincias convecinas se rindieron al vencedor, que al instante dirigió su marcha a Nápoles, a apoderarse de aquella capital. Llegado a Aterra, salieron a recibirle los síndicos de la ciudad, a cumplimentarle por su victoria y a rogarle que entrase en ella, donde en sus manos jurarían la obediencia al Rey Católico. La entrada en Nápoles se celebró con un aparato real, como si el obsequio se hiciese a la persona misma del nuevo monarca: la ciudad juró obediencia a España, y Gonzalo, en nombre del rey, les juró la conservación de sus leyes y privilegios. Fué esta entrada a 16 de mayo (1503). Así, en poco más de ocho años los napolitanos habían tenido siete reyes: Fernando I, Alfonso II, Fernando II, Carlos VIII, Federico III, Luis de Francia y Fernando el Católico. Nación incapaz de defenderse, incapaz de guardar fe, entregándose hoy al que es vencedor, para ser mañana del vencido si acaso la suerte se declara en favor suyo; sus guerreros, divididos entre los dos campos concurrentes, pasándose de una parte a otra a cada instante y labrando ellos mismos las cadenas que se les echaban por los extranjeros; el pueblo, nulo y esclavo del primero que llegaba. Si hay alguna nación de quien deba tenerse

lástima y desprecio, ésta es sin duda alguna: como si los sacrificios necesarios para mantener las instituciones militares y civiles que bastasen a defenderla de las invasiones de fuera pudiesen jamás compararse con la desolación y el estrago causados por estas guerras de ambición y de concurrencia extraña.

Quedaban, sin embargo, por ganar los dos castillos de Nápoles, defendidos con una guarnición numerosa y abastecidos de todo lo necesario para una larga resistencia. Gonzalo, antes de marchar a Gaeta, donde estaban recogidas las reliquias del ejército enemigo, quería reducir aquellas dos fortalezas para dejar enteramente asegurada la capital. Hallábase en el ejército Pedro Navarro, y su destreza y su pericia en la construcción de las minas eran un poderoso recurso para vencer las dificultades casi insuperables que presentaban los castillos en su rendición. Embistióse primeramente a Castelnovo, y tomado un pequeño fuerte dicho la torre de San Vicente, que está antes, Navarro dispuso sus minas y las llevó hasta debajo de la muralla principal del castillo. En tal estado se intimó a los sitiados que se rindiesen, y ellos, confiados en la fuerza de la plaza, no sólo desecharon la intimación, sino que amenazaron al trompeta de matarle si volvía otra vez con semejante mensaje. En seguida pegóse fuego a la mina, y ella, reventando, abrió por mil partes la muralla, que, dejando una gran boca abierta, con espantoso ruido y estrago miserable de la gente que había encima vino al suelo. Acometió al instante Navarro con los suyos, y anunciándose a Gonzalo que se estaba asal-

tando ya el castillo, salió corriendo, embrazado su broquel, a animar su gente y hallarse presente al combate. Este fué furioso y porfiado: toda la gente de la ciudad se subió a contemplarle desde las azoteas y torres de las casas, y, a juicio de todos, jamás los españoles manifestaron tal impetuosidad ni osadía. Ganaron primero el adarve, y los enemigos, que se retrajeron a las puertas del castillo con intento de levantar los dos puentes que le defendían, no lo hicieron con tal prontitud que los españoles no llegasen al mismo tiempo. Ganaron el uno Ocampo, Navarro y los españoles; el otro, ya habían logrado los franceses levantarle, cuando Peláez Berrio, gentilhombre de Gonzalo, que estaba allí, asido de un brazo a los maderos y subiendo con ellos, pudo, colgado en el aire, cortar con la espada las amarras de que estaban suspensos; cayó entonces el puente otra vez, y él entró acompañado de dos soldados, y entre los tres sostuvieron el ímpetu enemigo hasta que acudieron más españoles, y entre todos arrollaron a los contrarios. Los franceses al fin se entraron en la ciudadela y pudieron cerrar las puertas. Entonces el combate se hizo más espantoso; los nuestros, ayudados de las hachas, picos y máquinas, pugnaban por derribarlas, y los franceses, desde arriba, con cal, con piedras, con aceite, con fuego, con todo lo que el furor o el temor los suministraba, ofendían a los españoles, que, terribles aumentando siempre su furor y su ímpetu, batían por todos lados la fortaleza. Comenzaba el enemigo a flaquear y movía ya condiciones de entrega, cuando de resultas de haberse abrasado cincuenta

españoles con la pólvora y artificios de fuego que los sitiados les arrojaban, embravecidos de nuevo, volvieron al combate con un furor tal, que entraron por todas partes el fuerte, cuyos defensores perecieron todos, a excepción de unos pocos que se rindieron a merced de Gonzalo. Concedió éste a sus soldados el saco del castillo en premio de su valor, y ellos se arrojaron al instante sobre las inmensas riquezas que contenía atesoradas allí por los franceses. En su furor y en su codicia no perdonaron ni aun a las municiones, que el general había mandado se conservasen. Cuando se los quiso reprimir, dijeron que debiéndoseles tantos días de paga y teniendo aquellas riquezas delante, ganadas con su sangre y su sudor, querían pagarse por su mano. Gonzalo les dejó hacer, proponiéndose comprarles después los artículos necesarios; y porque algunos, menos expeditos y afortunados, se lastimaban de lo poco que habían cogido en el saqueo, su generoso general «Id—les dijo—a mi casa, ponedla toda a saco, y que mi liberalidad os indemnice de vuestra poca fortuna». No bien fueron dichas estas palabras, cuando aquellos miserables corrieron al palacio de Gonzalo, que estaba alhajado con la mayor magnificencia, y, uniéndoseles mucha parte del pueblo, le despojaron todo, sin perdonar ni mueble ni cortina ni comestible, desde las salas más altas hasta las cuevas más profundas. Ganado así el castillo, puso en él por alcaide a Nuño de Ocampo; mandó que en él se quedase para guardarle la compañía de Pedro Navarro, donde estaban los más valientes soldados del ejército, y a Navarro mandó que sin dilación

combatiese el otro castillo, que llaman del Ovo. Este siguió la misma suerte, pero aun con más daño de los franceses, porque el efecto de las minas fué más espantoso.

La armada francesa, que había llegado al otro día de la toma de Castelnovo, tuvo que retirarse a Iscla, en donde tampoco fué admitida, por haberse ya alzado en aquella isla la bandera de España, y tuvo que volverse sin hacer efecto. El Gran Capitán, aun antes de que se rindiese el segundo castillo, reunido del grueso del ejército, salió de Nápoles, y rendidos San Germán y Roca-Guillerma, el campo al fin se asentó sobre Gaeta. Esta plaza, ya fuerte y casi inexpugnable por su situación, estaba defendida por Alegre, que había llevado allí todas las reliquias del ejército vencido en Ciri .ola; allí estaban los principales varones que seguían el partido de Francia, los príncipes de Bisiñano y Salerno, el duque de Ariano, el marqués de Lochito y otros; tenían por suya la mar, y el marqués de Saluzo, que traía un socorro considerable de gente, anunciaba la venida de un ejército francés. Empezóse a batir la plaza, y aunque Navarro, después de allanado el castillo del Ovo, vino a reunirse con Gonzalo y reforzaba con sus ardides y su arte las operaciones del sitio, nada se adelantaba en él. Los sitiados, cada vez más orgullosos con su número y la ventaja de su posición, despreciaban a su enemigo, y ofendían con tal acierto, que muchos soldados y oficiales perecieron, entre ellos D. Hugo de Cardona, tiernamente querido de Gonzalo. Así que, después de llorar amargamente este desastre, conocida la inutilidad de continuar por entonces el ataque mientras no fuese dueño del mar, y no queriendo enflaquecer su gente en el nuevo peligro que presentaban las cosas, apartó el real de Gaeta y se retrajo a Castellón, situado no muy lejos de allí.

Luis XII, en vez de perder el ánimo con la ruina de sus cosas en Nápoles, apeló a su poder y juntó tres ejércitos y dos escuadras a un mismo tiempo para atacar por todas partes a su enemigo. Dos ejércitos fueron destinados a acometer las fronteras de España por Vizcaya y Rosellón, y el tercero, mandado por Luis La Tremouille, uno de los mejores generales de aquel tiempo, se dirigía a entrar en Nápoles por el Milanés, y volverse a apoderar de aquel Estado; de las escuadras, una, mandada por el marqués de Saluzo, había de sostener esta última expedición, y la otra se quedaría cruzando el Mediterráneo para impedir la llegada a Italia de los socorros que se enviasen de España. Era tal la confianza que los franceses tenían en el buen suceso de estos preparativos, que habiéndose dicho a La Tremouille que los españoles le saldrían a recibir, él respondió «que holgaría mucho de ello»; añadiendo «que daría veinte mil ducados por hallar al Gran Capitán en el campo de Vitervo». Tuvo el caudillo francés la petulancia de hacerlo decir en Venecia a Lorenzo Suárez, pariente de Gonzalo y embajador nuestro a la sazón cerca de la República; a lo que Suárez respondió graciosamente: «Más hubiera dado el duque de Nemours por no haberle encontrado en la Pulla.»

No pudieron cumplírsele los deseos a Tremouille,

porque una dolencia que le acometió le postró de tal suerte, que le fué forzoso retraerse a Milán. Entonces el rey de Francia dió el mando de sus tropas al marqués de Mantua, que, según la costumbre de los capitanes italianos de aquel tiempo, ofrecía sus servicios a quien más daba. Componíase el ejército de más de treinta mil hombres, pertrechados de tal modo que, si hubieran embestido al instante el reino de Nápoles, las cortas fuerzas de Gonzalo difícilmente resistieran. Pero la mala suerte de Francia hizo que en aquella sazón muriese Alejandro VI, y el cardenal de Amboise, ministro principal de Luis XII, quiso que las tropas destinadas a Nápoles se detuviesen alrededor de Roma para influir en el conclave y ser elegido Papa. El cardenal de la Rovera tuvo maña para desconcertar sus medidas, alejar las tropas y hacer elegir Pontífice a Pío III, que al cabo de pocos días falleció; en cuyo espacio pudo ganar los cardenales en favor suyo, y consiguió ser electo en el c nclave siguiente, tomando, en consecuencia el nombre de Julio II. Las tropas francesas, detenidas y burladas, siguieron su camino a Nápoles; pero el tiempo estaba muy adelantado, y el cardenal de Amboise, después de subordinar los intereses del rey a los suyos, ni consiguió ser Papa ni aprovechó la ocasión única que se ofrecía de reconquistar aquel Estado.

Era ya entrado el invierno (1503), y las lluvias fueron tantas, que los caminos, hechos barrizales, y las campiñas, pantanos, apenas dejaban marchar los hombres, cuanto más el gran tren de artillería que el ejército arrastraba consigo. Otro inconveniente que tuvo

su tardanza fué que el de Gonzalo se engrosó con las tropas que había en Calabria, mandadas por D. Fernando de Andrade y vencedoras de Aubigni, y con el número considerable de capitanes y soldados españoles que se vinieron a su campo, dejando las banderas del duque de Valentinois, cuyo poder, después de la muerte del Papa, su padre, iba declinando a toda prisa. Pero al fin los franceses vencieron estas dificultades y llegaron a las fronteras del reino; intentaron tomar por fuerza de armas a Roca-Seca; y Pizarro, Zamudio y Villalba, que la defendían, los rechazaron de allí; Roca-Guillerma se les entregó casi por traición; pero Gonzalo, a vista de su ejército, lo volvió a tomar sin que ellos osasen moverse. Llegaron a la orilla del Garellano y empezaron a hacer sus disposiciones para pasarle, confiados en que, hecho esto, todo el país que hay desde el río hasta la capital se les allanaría fácilmente. Gonzalo estaba en la parte opuesta con su ejército, y tenía la desventaja de que, siendo por allí más baja la orilla, la artillería enemiga podía hacerle todo el daño que quisiese.

Los franceses, construído el puente de barcas y maderos con el cual intentaban pasar el río, a la sazón invadeable, hicieron varios esfuerzos para colocarle, y todos fueron vanos al principio, porque los españoles se lo estorbaban y, combatiendo con ellos, los hacían retroceder. Un día, al fin, más afortunados, encontrando con oficiales españoles poco diestros o esforzados, arrollaron la guardia de la orilla opuesta, sentaron la punta del puente, comenzaron a pasar y ganaron el bastión en que los nuestros se colocaban.

Retrajéronse los fugitivos al campo y le llenaron de agitación y tumulto. Llega a oídos del general que el enemigo había echado el puente, ganado el puesto y que, arrollando los soldados, se acercaba al real; y al punto da la señal de la pelea; se arma, sube a caballo, y sale él mismo al frente de sus tropas a encontrar con los franceses. Precipítanse los demás capitanes a su ejemplo: Navarro, Andrade, Paredes, ordenan sus huestes y tienden sus banderas. Fabricio Colonna es el primero que arremete al enemigo, el cual, no bien ordenado todavía, no puede sostener el ímpetu de los nuestros y comienza a ciar. Era terrible el estrago que la artillería francesa hacía; mas después que los españoles se mezclaron con los franceses no podía servir, a menos de hacer igual daño en unos que en otros. El grueso del ejército francés estaba ya sobre el puente, guiado por sus principales cabos que seguían a los primeros. Estos, arrollados, caen desordenados sobre ellos, y los españoles, furiosos, entran también en el puente hiriendo, matando, arrojando al río cuanto hallan por delante. Fuéles, en fin, forzoso a los franceses recogerse a sus estancias y abandonar el puente; siendo tal el furor con que se combatió de una parte y otra, que Hugo de Moncada, uno de los hombres más intrépidos y valientes de aquel tiempo, confesaba después que no había visto refriega más terrible. Arrolladas al suelo compañías enteras por la artillería, destrozados los hombres y caballos, eran al instante suplidos por otros que intrépidamente se ofrecían a la muerte por ganar la victoria. Llevóse aquel día el lauro del valor entre los

oficiales Fabricio Colonna, que fué el primero que con más peligro salió al encuentro al enemigo y le lanzó hacia el puente, y entre los particulares, Fernando de Illescas, alférez, que, habiéndole llevado una bala la mano derecha, cogió la bandera con la izquierda, y llevada ésta también. cogió la insignia con los codos, y así se mantuvo hasta que Gonzalo dió la señal de recogerse.

No eran de extrañarse por cierto estos ejemplos de valor en un campo que por todas partes respiraba honor y bizarría. El puente quedó echado y protegido por la artillería que tenía el enemigo a la otra orilla. El Gran Capitán quería que se volviese a poner la guardia en el bastión mismo que antes ocupaba. Diego García de Paredes le dijo: «Señor, ya no tenemos enemigos con quien combatir, sino con la artillería: mejor será excusar la guardia, dejar que pasen mil o dos mil de ellos, y entonces los acometeremos y quizá podremos ganar su campo.» Gonzalo, todavía irritado de la pérdida del bastión, le contestó: «Diego García, pues Dios no puso en vos miedo, no le pongáis vos en mí.» «Seguro está vuestro campo de miedo —respondió el campeón—si no entra en él mas que el que yo inspirare.» Picado hasta lo vivo, desciende del caballo, y poniéndose un yelmo y cogiendo un montante, se entra solo por el puente. Los franceses, que le conocían, creyendo en su ademán que quería parlamentar, salieron a él en gran número, y él se dispuso a hablar con ellos; mas luego que los vió interpuestos entre sí y las baterías, diciendo en altas voces que iba a hacer prueba de su persona, sacó el

montante y empezó a lidiar. Acudieron algunos pocos españoles a sostenerle en aquel empeño temerario, y trabóse una escaramuza en la cual al fin los nuestros tuvieron que retirarse, siendo el último Paredes, cuya ira y pundonor aún no estaban satisfechos con aquella prueba de arrojo.

Pocos días después sucedió otro caso que demuestra muy bien el espíritu que animaba a todo nuestro ejército. Habíase dado a guardar la torre del Garellano a un capitán gallego, y el puesto era tan fuerte, que con diez hombres solos podía mantenerse, y tan importante, que desde allí, como desde una atalaya, se veían todos los movimientos del campo enemigo. Los franceses, que no la pudieron tomar por fuerza, la compraron a los gallegos, y éstos se vinieron a nuestro real, dando por causa de su rendición mil falsedades que se les creyeron. Mas cuando al fin se supo en el campo su villanía y su traición, los soldados mismos hicieron pedazos a todos aquellos miserables, sin que el Gran Capitán castigase este exceso, que conformaba mucho con la severidad que él usaba en la disciplina militar.

Entre tanto, la discordia tenía divididos entre sí a los cabos del ejército enemigo. Indignábanse los franceses de obedecer a un general extranjero sin acierto y sin fortuna, que los tenía detenidos allí sin poder adelantar sobre sus contrarios un palmo de tierra. Dábanle a gritos los dictados más viles; y él, desconfiado de salir con la empresa, conociendo ya por experiencia el valor y constancia española, ofendido de los libres discursos del ejército y de las increpaciones

atrevidas de Alegre, renunció el mando y abandonó el ejército, llevándose un buen número de tropas italianas que le acompañaban. Todavía, a pesar de este desfalco, eran iguales o superiores a los nuestros, y el marqués de Saluzo, a quien dieron el mando después de ido el marqués de Mantua, era un general inteligente y activo. Su primera operación fué fortificar la punta del puente de esta parte, para que sus tropas al pasar no pudiesen ser molestadas. Logrólo con efecto, fortificó el puente y puso en él su guardia. Mas no por eso había adelantado mucho en su intento de pasar delante; Gonzalo se colocó tan ventajosamente, que era imposible forzarle, y desde allí impedía la marcha del enemigo. Es verdad también que el invierno, entonces en su mayor rigor, contribuyó mucho a esta inacción de unos y otros. El Garellano, saliendo de madre, inundaba aquellas campiñas; pero era con mucho mayor daño de los españoles, que estaban situados en una hondonada; el campo, hecho un lago, apenas podían con maderos, piedras y fajinas oponer un reparo al agua sobre que estaban; los víveres escaseaban cada vez más, las enfermedades picaban y ya la paciencia fallecía. Hasta los oficiales primeros del ejército, Mendoza, los dos Colonnas, y otros de igual crédito y esfuerzo, habían desmayado y se fueron a Gonzalo a aconsejarle que, pues el enemigo no podía por el rigor de la estación emprender facción de momento, diese algún alivio a sus tropas y las pasase a Capua, donde mejor alojadas y mantenidas podrían repararse de los trabajos pasados y estarían a la mira de los movimientos de los franceses. Mas él, firme e

incontrastable, les respondió con su magnanimidad acostumbrada: «Permanecer aquí es lo que importa al servicio del rey y al logro de la victoria, y tened entendido que más quiero buscar la muerte dando tres pasos adelante que vivir un siglo dando uno solo hacia atrás.»

Los franceses no padecían igualmente por la intemperie; la ribera del río era por allí más alta, y las ruinas de un templo antiguo, donde se colocó una parte de su ejército, les dieron algún reparo contra la humedad; el resto fué repartido en los lugares convecinos, porque no acostumbrados a aquellas fatigas, hechos a llegar y combatir, e impacientes de la tardanza, se mostraban menos sufridos a los rigores de la estación. No creyendo que sus enemigos intentasen nada hasta la venida del buen tiempo, tampoco ellos proyectaban nada, y sólo atendían a guarecerse de las incomodidades que sufrían. Entre tanto llegó al campo español Bartolomé de Albiano, de la Casa de los Ursinos, con tres mil hombres de socorro. Los Ursinos, familia ilustre romana, enemiga y rival de los Colonnas y odiosa igualmente que ell s al Papa Alejandro VI y a su hijo César, habían servido contra España hasta entonces; pero al fin fueron reducidos a seguir sus intereses por las negociaciones de Gonzalo, que tenía por máxima el atraer las voluntades de las Casas principales de Italia. Este socorro, pues, llegó al tiempo más oportuno, y Albiano, que le conducía, era un excelente militar. El fué quien inspiró o hizo valer el dictamen de marchar al instante al enemigo, echando un puente más arriba de donde

tenían el suyo los franceses. Gonzalo le dió el encargo de esta maniobra, y Albiano hizo construir cuatro millas más arriba un puente hecho de ruedas de carros, de barcas y toneles, todo bien trabado con maromas; tendióle en el río, y todo estuvo dispuesto para la noche del 27 de diciembre (1503). Al instante pasó la mayor parte del ejército, y Gonzalo aquella noche se alojó en Suyo, pueblo contiguo al río y ocupado por los primeros que pasaron. A la mañana siguiente se puso en marcha la vuelta del campo enemigo: llevaban la vanguardia Albiano, Paredes, Pizarro y Villalba; el centro, compuesto de los alemanes y demás infantería, le guiaba el mismo general, y la retaguardia, que se había quedado de la otra parte del río, mandada por Andrade, tenía orden de embestir el fuerte que defendía el puente francés y pasar por él a juntarse con el resto del ejército. En un mismo punto llegaron al campo enemigo las noticias de haberse construído el puente por los españoles, de su paso por el río y de su marcha al real. Al principio no lo creyeron; mas después, ya seguros del hecho, y viendo que era tarde para esperar allí y contrarrestar la furia del enemigo, aterrados y sin consejo, desamparan apresuradamente el campo y huyen despavoridos hacia Gaeta, pensando defender el puesto difícil de Mola y Castellón. Gonzalo envió a Próspero Colonna y a Albiano con doscientos caballos para que los inquietasen en su fuga, y entró en el real enemigo, lleno de despojos y municiones. Allí se juntó con él su retaguardia, porque los franceses que guardaban el puente, poseídos también de miedo, le habían

desamparado y deshecho, puesta en las barcas su más pesada artillería para que río abajo llegase a Gaeta. Mas este mismo peso fué causa de que no caminasen con la prisa necesaria, y los españoles pudieron juntarlas con facilidad, rehacer el puente y pasar el río. Entre tanto, los franceses huían, pero ordenados; hacían cara a sus contrarios en los pasos difíciles, para pasarlos sin desconcertarse, saliendo primero la artillería, luego los infantes, y la caballería se retiraba la última, aunque siempre con algún daño. Llegaron así al puente que está delante de Mola, y allí el marqués de Saluzo acordó hacer frente al enemigo y procurar recobrarse. Cien hombres de armas, mandados por Bernardo Adorno, se paran, y peleando valerosamente hacen a los nuestros detenerse y aun retroceder; acuden los fugitivos, y a la sombra de aquel escuadrón se ordenan junto a Mola, cobran ánimo y se preparan a la pelea. Mas el centro de nuestro ejército llegaba ya, conducido por Paredes y Navarro. El Gran Capitán iba allí animando la gente y exhortándola a apresurarse; el caballo en que iba tropieza en los resbaladeros del camino y cae con su dueño al suelo; acuden a socorrerle los que estaban cerca, y él, levantándose sin lesión, les dice alegremente lo que Scipión y César en ocasión semejante dijeron a sus soldados: «Ea, amigos, que pues la tierra nos abraza, bien nos quiere.» Ya en esto era Adorno muerto, y aquellos esforzados caballeros se ven constreñidos a huir. El vencedor terrible sigue su marcha aceleradamente a Mola, y dividiendo su ejército en tres trozos, embiste al enemigo por tres partes diferentes.

con intención de envolverle y de cortarle. Fieros los españoles con su superioridad, peleaban como leones; no así los franceses, cuyo espíritu, primero sorprendido, después aterrado, no acertaba ni con la ofensa ni con la defensa, ni a guardar ni a seguir consejo. Su general, en este apuro, no contando ya con la victoria y viendo la muerte y desolación por todas partes, dió a un tiempo la orden y el ejemplo de la fuga, y corre hacia Gaeta; todos le siguen, pero desordenados y dispersos, abandonando banderas, artillería y bagajes, atropellándose miserablemente unos a otros; entregándose éstos al hierro del enemigo, que ferozmente los hostiga, aquéllos a la venganza de los paisanos vecinos, que, cogiéndolos dispersos, los degüellan.

Tal fué la célebre rota del Garellano, que costó a los franceses cerca de ocho mil hombres, todo su bagaje, la artillería mejor de Europa y la pérdida irreparable de tan hermoso reino. La Italia, que había visto aquel poderoso ejército, cuya muchedumbre y aparato parecía que iba a devorar en un momento al débil enemigo que tenía delante, le vió a poco tiempo deshecho sin batalla y casi sin peligro ni daño de sus vencedores. Debió Gonzalo esta victoria a la superioridad de sus talentos, al acierto de su posición y a la constancia con que se mantuvo cincuenta días delante del enemigo, sin desviarse un momento de su propósito por las enormes dificultades y trabajos que se le oponían. El conocía a los franceses, sabía que no estaban tan hechos a la fatiga como sus soldados, veía su impaciencia, y quiso a un tiempo ser

superior a ellos y a la inclemencia de la estación. Pueden atribuirse otras victorias a la fortuna; pero la del Garellano es enteramente debida a la capacidad del Gran Capitán, que entonces llenó toda la extensión de este renombre.

Aquella noche reposó el general español con sus tropas en Castellón, y el descanso era bien necesario a unos hombres que habían hecho una marcha de seis leguas, lidiando y persiguiendo, sin haber tomado alimento en veinticuatro horas. Al día siguiente se puso sobre Gaeta; y luego que asentó la artillería para batirla, los sitiados se rindieron, a partido de que fuesen libres todos los prisioneros franceses, haciendo ellos lo mismo con los españoles; otorgóle Gonzalo, y entró en Gaeta el día primero del año de 1504, habiendo antes desfilado los franceses, desmontado los caballeros y doblada la punta de la espada los infantes. Gonzalo suavizó algún tanto la humillación de esta derrota a los vencidos, consolándolos, tratándolos con el mayor honor y cortesía, alabando su valor; y fué tal su atención a que se les guardase el respeto debido a los infelices, que, viendo a un soldado suyo arrancar por fuerza a un suizo una cadena de oro que llevaba al cuello, arrojóse a castigarle con la espada desnuda, y le hubiera muerto sin arbitrio a no haberse el soldado arrojado al mar.

Gaeta rendida, y puesto en ella por comandante a Luis de Herrera, Gonzalo dió la vuelta a Nápoles, donde la alegría y pompa triunfal hubo de convertirse en luto y llanto por la aguda dolencia que le sobrevino y le puso a punto de muerte. Toda Nápoles se

estremeció al peligro, y el regocijo que manifestó de su mejoría fué igual a las muestras de sentimiento que hizo mientras estuvo enfermo. Siete días tuvo audiencia pública para que todos pudiesen saciarse con la vista de un hombre a quien amaban igualmente que admiraban. Cobradas al fin las fuerzas, se dió todo al cuidado de arreglar la administración y policía del reino; hizo confederaciones nuevas y estrechó las antiguas con los potentados y repúblicas de Italia; envió a varios de sus oficiales contra las pocas fortalezas que aun se tenían por los franceses, y empezó a repartir las recompensas merecidas por sus compañeros en la guerra. Como la liberalidad y magnificencia eran las virtudes que más sobresalían en él, los premios que dispensó fueron más propios de un rey que de un lugarteniente. Restituyó a los Colonnas los Estados que les habían usurpado los franceses; a Albiano dió la ciudad de San Marcos; a Mendoza, el condado de Mélito; el de Oliveto, a Navarro; a Paredes dió el señorío de Coloneta; en fin, a todos los que se habían distinguido repartió Estados, tierras, rentas pingües y magníficos presentes. Hacíanse todos lenguas en su alabanza, no sabiendo qué exaltar más en él, si la majestad heroica de su persona, la gracia y cortesanía de sus palabras y modales, su gloria y talentos bélicos, su justicia equilibrada con la severidad y la clemencia, o su generosidad verdaderamente real.

Es disculpable en los que merecen la gloria que la busquen por todos los medios con que se adquiere. El gusto que recibía Gonzalo de ser alabado en versos

latinos, aunque él no entendía esta lengua, le hizo recompensar magníficamente los poemas miserables que en su alabanza compusieron Mantuano y Cantalicio. Ellos, juzgándose indignos del premio que habían recibido, exhortaron a Pedro Gravina, en quien reconocían mayores talentos para la alta poesía, a que se ejercitase en un asunto tan noble y tan bello. Mas a pesar de esta diligencia, hasta ahora la gloria de Gonzalo de Córdoba está depositada con más dignidad en los archivos de la historia que en los ecos de la poesía.

Como la pacificación y sosiego de Italia eran los mejores medios para asegurar la conquista, Gonzalo se dedicó todo a este objeto. Había, empero, un estorbo para conseguirlo, que era el genio revoltoso y terrible de César Borja. César, hijo del Papa Alejandro VI, y hecho cardenal al tiempo de la exaltación de su padre, no quiso contentarse con aquella dignidad y aspiró a los honores que tenía el duque de Gandía, su hermano mayor. Hizole asesinar una noche; y el Papa, estremecido, en vez de castigarle, tuvo que concederle de allí a pocos días una dispensa para dejar las Ordenes sagradas y el capelo. Luis XII, que entonces necesitaba de la ayuda del Papa, le dió el ducado de Valentinois, le señaló una pensión, le costeó una compañía de cien hombres de armas y le casó con Juana Albret, hermana del rey de Navarra y parienta suya. Con semejante apoyo, su ánimo fiero y atrevido se revolvió a los proyectos de ambición y empezó a ocupar las tierras y la fortaleza de la Romaña, a cuyo dominio entero aspiraba. Su divisa era *Aut Caesar, aut nihil;* sus medios, todos los que le venían a la mano, y los conquistadores más célebres del mundo no emplearon en sus expediciones más esfuerzo, más osadía, más astucia, más perfidia ni más atrocidad que este hombre extraordinario en la ocupación del corto territorio que deseaba. Echó de Roma a los Colonnas, se apoderó del ducado de Urbino, hizo dar muerte por la más baja alevosía a las principales cabezas de la Casa Ursina, ocupó sus Estados, y Rimini, Faenza, Forli y todas las plazas y fuertes de la Romaña tuvieron que bajar el cuello al yugo que les impuso. Los tesoros de su padre servían abundantemente a sus designios, y cuando éstos faltaban, el veneno dado a los cardenales más ricos proporcionaba con sus despojos nuevos recursos para nuevos designios. No había en Italia general ninguno que mejor pagase sus soldados, que más bien los tratase, y de todas partes acudían a servirle, principalmente españoles. En su escuela se formó una porción de oficiales excelentes, entre ellos Paredes y Hugo de Moncada. El de su persona era ágil, esforzado, diestrísimo en el manejo de todas armas, el primero en los peligros, el más ardiente en el combate. La gentil disposición de sus miembros era afeada por la terribilidad de sus rostro, que, lleno de herpes, destilando materia y con los ojos hundidos y sanguíneos, demostraba la negrura de su alma y daba a entender ser amasado con hiel y con ponzoña. Por una especie de prodigio, la naturaleza se había complacido en reunir en este hombre solo la ferocidad frenética de Calígula, la astucia profunda y maligna de Tiberio y la

ambición brillante y arrojada de Julio César. Igualmente atroz que torpe y escandaloso, hizo matar a su cuñado D. Alonso de Aragón para gozar libremente de su hermana Lucrecia; abusó feamente de Astor Manfredo, señor de Faenza, y después le hizo arrojar en el Tiber; mató con veneno al joven cardenal Borja, porque favorecía a su hermano mayor, el duque de Gandía; hizo cortar la cabeza a Jacobo de Santa Cruz, su mayor amigo, por verle querido de la Casa Ursina... La pluma se niega a seguir escribiendo tales crímenes, y la imaginación se horroriza al recordarlos. Nadie le igualó en ser malo; y el tigre, semejante a los más de los tiranos, que quieren la justicia para los demás y no para sí, la hacía guardar en los pueblos que dominaba, de tal modo, que cuando por la muerte de su padre su autoridad se deshizo y aquellos dominios pasaron a otras manos, los desórdenes y violencias que en ellos se cometían les hacían desear el gobierno de su señor primero.

La muerte del Papa Alejandro cortó el vuelo a la ambición de César. Sus principales oficiales y soldados le abandonaron; los venecianos le ocuparon una parte de sus plazas, y el Papa Julio II, en cuyo poder se puso imprudentemente, le arrestó y le hizo rendir a la Iglesia casi todas las demás. Entonces fué cuando con un salvoconducto firmado por el Gran Capitán vino a Nápoles y se puso bajo el amparo de España. Dícese que el salvoconducto tenía por base que César no haría ningún movimiento ni empresa en perjuicio del Rey Católico; sin duda Gonzalo previó que en el genio inquieto y ambicioso de aquel hombre no

cabía estar mucho tiempo sin faltar a sus pactos y dar, por consiguiente, ocasión a que no se le cumpliesen a él. Así fué, y nunca César Borja manifestó tanta capacidad y tanta travesura como entonces. Su designio era trastornar el estado de las cosas de Italia y volverla a encender en guerra. El oro, que aun tenía en abundancia, le daba lugar a conseguir sus intentos. Sin moverse de Nápoles hizo socorrer el castillo de Forli, que aun no había entregado al Papa Julio; trató de ocupar el Estado de Urbino; halló personas que se obligasen a entrar en Pésaro y matar al señor de ella; negoció con los Colonnas, dándoles dinero para pagar mil soldados; dió orden a un capitán español que le servía para que se metiese con gente de guerra en Pisa y estorbase que esta ciudad se pusiese bajo la protección de España; alteró a Pomblin, que se alzó por él; negociaba a un tiempo con Francia, con Roma y con el Turco, y empezó a sonsacar compañías enteras del ejército de Gonzalo, hallando siempre, por su liberalidad, dispuestos a servirle alemanes y españoles. Gonzalo, que había recibido orden del rey para que echase de Nápoles a César y le enviase a Francia, a España o a Roma, noticioso también de sus tramas, le hizo arrestar en Castelnovo por Nuño de Ocampo. Dió él al arrestarle un grande y furioso grito, maldiciendo su fortuna y acusando la perfidia del Gran Capitán. Nadie se movió a socorrerle, y de allí a pocos días fué enviado a España, donde estuvo preso dos años. Al cabo de ellos se escapó del castillo y se recogió a Navarra, donde, sirviendo al rey su cuñado en la guerra que hacía al conde de

Lerín, fué muerto en una escaramuza junto a Mendavia. Tal fin hizo César Borja, en cuya prisión se culpa mucho la conducta del Gran Capitán; es verdad que César era un tizón eterno de discordia, incapaz de sosegar ni dejar sosiego a nadie; es cierto que era un monstruo indigno de todo buen proceder, todo italiano tenía derecho a perseguirle como a una fiera; pero el Gran Capitán, que le había ofrecido un asilo en su desgracia, hubiera hecho más por su gloria si no abusara de la confianza que César había hecho de él poniéndose en sus manos.

Mientras él se desvelaba en asegurar su conquista y en mirar por los intereses de su patria y de su rey, la envidia empezaba a labrarle aquella corona de espinas que tiene siempre destinada al mérito y a la gloria. Nada había más opuesto entre sí que los dos caracteres del Rey Católico y de Gonzalo: éste, franco, confiado, magnífico y liberal; aquél, celoso de su autoridad, suspicaz, económico y reservado. Gonzalo repartía a manos llenas las rentas del Estado, las tierras y los pueblos entre españoles e italianos, según los méritos contraídos por cada uno; y el rey, que aun no se atrevía a irle a la mano en aquellas liberalidades, decía que de nada le servía tener un nuevo reino, conquistado, sí, con la mayor gloria y el esfuerzo más feliz, pero también disipado por la prodigalidad imprudente de su general. Los malsines atizaban esta siniestra disposición: los unos decían que las rentas se malgastaban sin orden ni arreglo alguno; los otros, que se permitía al soldado una licencia opuesta a toda policía y ruinosa a los pueblos. Hasta los

Colonnas, ¡quién lo creyera!, los Colonnas, celosos del favor que daba Gonzalo a los Ursinos, insinuaban al rey que la conducta del Gran Capitán en Nápoles era más bien de un igual que de un lugarteniente suyo.

Mientras vivió la Reina Católica estas semillas de división apenas produjeron efecto. Los poderes amplios que tenía se redujeron a las funciones de virrey; y Fernando dió las tenencias de algunas plazas a otros que aquellos a quienes las había dado Gonzalo; entre ellas Castelnovo, donde estaba Nuño de Ocampo, fué dado en guarda a Luis Peijoo. Ofendióse altamente de esto el Gran Capitán, porque Ocampo había sido el que más se había distinguido cuando se tomó, y decía que el que supo ganar aquel castillo también le sabría defender. Quiso dejar la habitación que allí tenía; pero Peijoo, a fuerza de súplicas, le contuvo. En fin, pidió su licencia para volverse a España, exponiendo a los reyes que añadiría este servicio a los demás que ya les había hecho, y que, habiendo pasado por todos los trabajos y fatigas de caballero, ya era tiempo de que le permitiesen descansar y asistirles en su Corte (26 de noviembre de 1504). No tuvo respuesta esta representación; y entre tanto murió Isabel, siguiéndola al sepulcro las lágrimas de toda Castilla, cuya civilizadora y engrandecedora había sido. A su magnanimidad, a su actividad y a su constancia se debe la pacificación del reino, entregado cuando ella entró a reinar a facciones y a bandidos; la expulsión de los moros, la conquista de Nápoles, el descubrimiento de la América. Los errores

de su administración, y algunos es fuerza confesar que han sido muy funestos, tienen disculpa en la ignorancia y en las ideas dominantes de su siglo; y si su carácter era más altivo, más rencoroso, más entero que lo que corresponde a una mujer, la austeridad respetable de sus costumbres y el amor que tenía a la felicidad y a la gloria de la nación que mandaba la excusaban delante de sus vasallos y deben hacer olvidar estos defectos a los ojos de la posteridad.

Nadie perdió tanto en su muerte como Gonzalo. Ella había sido siempre su protectora y su defensora contra las cavilaciones y sospechas de Fernando; con su falta iba a ser el objeto de los desaires y desabrimientos de un príncipe que, desconfiado por carácter, hecho más sospechoso con la edad y con las circunstancias, viéndose impotente a galardonar los servicios del Gran Capitán, iba a entregarse a las sospechas, para quitarse de encima la obligación del agradecimiento. Envenenaban esta mala disposición Próspero Colonna, que entonces había venido a España, con sus pérfidas sugestiones; el ingrato Nuño de Ocampo, que también se manifestó su acusador con respecto a la inversión de caudales; el artificioso Francisco de Rojas, embajador de España en Roma, el cual, después de haber auxiliado a Gonzalo con la mayor actividad en la conquista, envidioso de su gloria y de su influjo en Italia, aspiraba que le sacasen de ella; en fin, el virrey de Sicilia, Juan de Lanuza, quejoso del Gran Capitán por la justicia que hizo a los pueblos de la isla cuando sus vejaciones los alborotaban. Todo se convertía por estos malsines en-

vidiosos en su daño: sus condescendencias con los soldados, sus dádivas continuadas, el lujo y ostentosa magnificencia de su casa, el amor que le tenían los pueblos y barones principales del reino, la veneración y respeto de los Estados de Italia.

Hallábase entonces Fernando en una de aquellas circunstancias críticas en que no bastan las luces y la inteligencia a un político, sino que es preciso apelar a la grandeza de alma y de carácter para no desmayar y cometer errores. Isabel al morir dejaba sus reinos a su hija doña Juana, casada con el archiduque Felipe de Austria, ordenando que si su hija o no quisiese o no pudiese intervenir en la gobernación de ellos, fuese gobernador el Rey Católico mientras llegaba a mayor edad Carlos, su nieto, hijo mayor del archiduque y de Juana. Esta, privada de razón, era absolutamente inútil al gobierno, y Fernando, en virtud de la disposición de Isabel, quería seguir mandando en Castilla; Felipe deseaba venir a administrar el patrimonio de su esposa, y la mayor parte de los grandes, impacientes por sacudir el freno y la sujeción en que habían estado hasta entonces, favorecían las pretenciones del archiduque. Este vino con la reina a España, y fué, en fin, forzoso a Fernando salir casi como expelido de aquel Estado que por tantos años había gobernado y acrecentado con el mayor acierto y la prosperidad más gloriosa.

En medio de las negociaciones y disputas que hubo para esto, el gran político perdió la prudencia que siempre le había asistido, y el resentimiento contra su yerno le hizo cometer una falta imperdonable.

Quiso primeramente casar con la Beltraneja, y la envió a pedir a Portugal, donde vivía retirada en un claustro; pero ni aquel rey consintió, ni ella, ya vieja y dedicada a la austeridad, lo hubiera aceptado. ¿Qué era entonces en la consideración de Fernando la nulidad de su nacimiento, con cuyo pretexto la había despojado del reino? Volvióse a otra parte, y ajustó paz con Luis XII; contrató casarse con Germana de Fox, sobrina de aquel monarca, y ofreció restituir a todos los barones anjoinos los Estados que habían perdido en Nápoles por la conquista. Su objeto en esta convención era buscar un apoyo contra los designios de su yerno y ver si podía con su nuevo himeneo tener herederos a quien dejar sus propios dominios, y destruir así la grande obra de la reunión de España, anhelada y conseguida por él y su esposa difunta. Los Estados de Nápoles, conquistados por las fuerzas de Castilla, pero en virtud de los derechos de la Casa de Aragón, ofrecían un problema político que resolver. ¿Debían obedecer a Fernando o al archiduque? El Rey Católico temía que Gonzalo, siguiendo los intereses de este príncipe, alzase por él aquel reino y se le entregase. Su mayor ansia era traerle a España, creyendo con esto atajar aquel daño. Envió órdenes sobre órdenes para que se viniese; mandóle publicar la paz ajustada, restituir los Estados a los barones desposeídos y licenciar la gente de guerra. La paz se publicó en Nápoles; pero la restitución de los Estados y el licenciamiento de los soldados eran dos negocios delicados, que pedían la asistencia de Gonzalo y más tiempo que el que podía sufrir la impa-

ciencia del monarca receloso. Para activar su salida de aquel reino se obligó Fernando a conferirle, luego que llegase a su Corte, el maestrazgo de Santiago. Entre tanto negociaban con él el Archiduque, Maximiliano su padre y el Papa, procurando explorar sus intenciones y ofreciéndole grandes premios si conservaba el Estado bajo su obediencia. Dícese que le prometieron casar a su hija Elvira con el desdichado duque de Calabria D. Fernando, restituir a éste en aquel reino como feudatario de Castilla y dejarle a él allí de gobernador perpetuo.

Pero él, firme contra las sugestiones del interés y del temor, respondió fieramente al Papa que se acordase de quién era Gonzalo de Córdoba; no aceptó las ofertas de Maximiliano ni de su hijo; se desentendió de las sospechas de Fernando, y prosiguió haciendo su deber, aquietando los soldados, que se amotinaban porque se les hacía salir, enviándolos a España, y arreglando las cosas del reino para que no sufriesen alteración por su partida. Era duro sin duda haber de ser arrancado de aquel teatro de su gloria, conquistado con tanto esfuerzo y fatigas, gobernado con tanta prudencia y grandeza, sin más causa que la flaqueza del rey en escuchar a cuatro malsines envidiosos, todos ingratos a sus beneficios. El monarca, ya incapaz de sufrir más retardo en el cumplimiento de sus órdenes, y creyendo ciertas las traiciones y tratos que se temía, determinó enviar a Nápoles a su hijo el arzobispo de Zaragoza, con orden de reasumir en sí toda la autoridad y de prender a Gonzalo. Habían de auxiliar esta resolución Pedro Navarro, a quien se

daba el mando de los españoles, y un Alberico de Terracina, encargado de aquietar a los napolitanos con la publicación de un nuevo privilegio que al efecto se les concedía. Esta providencia escandalosa, imposible quizá de ejecutarse y capaz por sí sola de precipitar al héroe a una resolución desesperada, no se llevó a ejecución; o Fernando tuvo vergüenza de ella, o se apaciguó algún tanto con una carta que le escribió el Gran Capitán (2 de julio de 1506), en que, entre otras cosas, le decía: «Aunque vuesa Alteza se redujese a un solo caballo, y en el mayor extremo de contrariedad que la fortuna pudiese obrar, y en mi mano estuviese la potestad y autoridad del mundo con la libertad que pudiese desear, no he de reconocer ni he de tener en mis días otro rey y señor sino a vuesa Alteza cuanto me querrá por su siervo y vasallo. En firmeza de lo cual, por esta letra, de mi mano escrita, lo juro a Dios como cristiano, y le hago pleito homenaje como caballero, y lo firmo con mi nombre, y sello con el sello de mis armas, y lo envio a vuesa Alteza para que de mí tenga lo que hasta agora no ha tenido; aunque no creo que para con vuesa Alteza, ni para más obligarme de lo que yo lo estoy por mi voluntad y deuda, no sea necesario.»

En fin, Fernando, teniéndose por desairado en España si no reinaba en Castilla, se embarcó en Barcelona para ir a Nápoles y visitar aquel reino; por el mismo tiempo Gonzalo se había embarcado en Gaeta para volver a España, y los dos se encontraron cerca del puerto de Génova (1.º de octubre de 1506). Al verle subir a la galera real y al contemplar la alegre

confianza con que se presentaba delante de aquel monarca, a quien se suponía tan desconfiado y tan irritado con él, todos se quedaron suspensos, y el mismo rey dió algunos momentos a la sorpresa que aquella inesperada visita le causaba. Sacudidas de su ánimo por entonces las viles sospechas que le habían agitado tanto tiempo, entregóse todo a los sentimientos de admiración, de agradecimiento y de respeto que la presencia de Gonzalo inspiraba, y llenándole de elogios y de honras, le detuvo en su compañía y le llevó a Nápoles consigo.

Allí fué donde gozó el premio mejor de sus grandes servicios. El rey ponía todo su mérito en la prudencia, en la equidad y en la justicia; Gonzalo, en la liberalidad, en la magnificencia y en la gloria adquirida por el valor. Siempre al lado de Fernando, él le designaba los soldados que más bien le habían servido, le contaba sus hazañas, le manifestaba sus necesidades, recomendaba sus pretenciones y le pedía sus recompensas. ¿Veía entre el tropel de la Corte alguno que por encogimiento no osaba llegar al rey? El entonces le llamaba por su nombre, le acercaba a besar la mano a Fernando y le proporcionaba aquella acogida que nunca se hubiera atrevido a esperar. ¿Tenía otro alguna pretensión ardua? Acudía a Gonzalo, y Gonzalo se lo conseguía. Aquel monarca reservado, detenido y parco en galardonar, olvidaba su natural junto a Gonzalo, y se vió con admiración que nada de lo que le pidió en aquel tiempo en favor de otros fué denegado por él; como si hubiese tenido a menos en aquel teatro negar algo a quien se le había conquis-

tado y defendido. Podían todavía estar ocultas en su pecho las semillas de la desconfianza, que rara vez salen enteramente del ánimo de los políticos; pero allí escondidas, no se manifestaban, y, siendo exteriormente todo demostraciones de amor, de admiración y confianza, el uso que Gonzalo hizo de su influjo le constituía a los ojos de la Italia el segundo en autoridad y en poder, pero el primero en dignidad y en benevolencia.

Esto no bastó, sin embargo, para que los tesoreros no prosiguiesen, en odio de Gonzalo y por adular al genio del rey, las pesquisas fiscales con que ya anteriormente le habían amenazado. Quisieron tomarle residencia del empleo que había hecho de las sumas remitidas para los gastos de la guerra, y Fernando tuvo la miserable condescendencia de permitírselo y aun de asistir a la conferencia. Ellos produjeron sus libros, por los cuales Gonzalo resultaba alcanzado en grandes cantidades; pero él trató aquella demanda con desprecio, y se propuso dar una lección, así a ellos como al rey, de la manera cómo debía tratarse un conquistador. Respondió, pues, que al día siguiente él presentaría sus cuentas, y por ellas se vería quién era el alcanzado, si él o el fisco. Con efecto, presentó un libro, y empezó a leer las partidas que en él había sentado: «Doscientos mil setecientos y treinta y seis ducados y nueve reales en frailes, monjas y pobres, para que rogasen a Dios por la prosperidad de las armas del rey.—Setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados en espías.» Iba leyendo por este estilo otras partidas, tan extravagantes y abultadas, que

los circunstantes soltaron la risa, los tesoreros se confundieron, y Fernando, avergonzado, rompió la sesión, mandando que no se volviese a tratar más del asunto. Parece que se lee un cuento hecho a placer para ta har la ingratitud y avaricia del rey; pero los historiadores de aquel tiempo lo aseguran, la tradición lo ha conservado, se ha solemnizado en el teatro, y *las cuentas del Gran Capitán* han pasado en proverbio. El Rey Católico no era ciertamente avaro, pues que a su muerte no se encontró en sus cofres con qué enterrarle; pero su economía y su parsimonia tocaban a las veces, como en ésta, en nimiedad y en bajeza.

Su ida a Nápoles no satisfizo las grandes esperanzas que los Estados de Italia habían concebido en ella. Antes de llegar recibió la noticia de la muerte de su yerno el archiduque, el cual, acometido de una dolencia aguda en Burgos, había fallecido en tres días en la flor de su edad y antes de gozar el reino y la autoridad que tanto deseaba. Fernando prosiguió, sin embargo, su camino, y en su interior no suspiraba mas que por Castilla, donde ya la mayor y más sana parte de los grandes y de los pueblos le llamaban para ponerle al frente del gobierno. Por esta razón no dió atención ninguna a los negocios de Italia, y la cosa más señalada que hizo en los siete meses que allí permaneció fué la restitución de los Estados confiscados a los barones anjoinos, según lo pactado en la paz con el rey de Francia. Estos Estados se hallaban repartidos entre los conquistadores por premio de sus servicios, y era forzoso a Fernando ofrecerles una compensación correspondiente en otros bienes y en ren-

tas. De aquí resultó que ni unos ni otros quedaron contentos: los conquistadores se dejaban arrancar con repugnancia aquellos Estados que habían conquistado con su esfuerzo y regado con su sangre, además que las compensaciones, por el apuro de las rentas y por el genio de Fernando, eran necesariamente escasas: los anjoinos, porque en todo lo que estaba sujeto a controversia se les coartaba el beneficio de la restitución, pues cuanto menos se les devolvía a ellos, tanto menos había que recompensar a los otros. Gonzalo ofreció entonces y cedió voluntariamente el ducado de Sant-Angelo con sus dependencias, don que le había hecho el desposeído Federico; y el rey, en recompensa, le dió el ducado de Sesa, con una cédula que pudiese servir de testimonio a los ojos del mundo y de la posteridad de su agradecimiento a sus servicios, de su confianza en su lealtad y del honor que merecía; cédula que, por la singularidad de sus expresiones y de su estilo, superior a la rudeza del siglo y al fastidioso tono que tienen comúnmente estos instrumentos diplomáticos, he creído conveniente ponerla al fin por apéndice.

Mas, a pesar de esta demostración, su ánimo no se aquietaba si no sacaba al Gran Capitán de Italia; negóse a las gestiones que hicieron los venecianos y el Papa para que se le dejase por general de sus armas en la guerra que iban a hacerse; y para satisfacerle de esta repulsa, que le cerraba el sendero de nuevas glorias, le volvió a prometer el maestrazgo de Santiago luego que estuviesen en España. Llegado el tiempo de la partida, Gonzalo se detuvo algunos días; convocó

a sus acreedores, a quienes satisfizo enteramente todos sus créditos; hizo que se portasen sus amigos del mismo modo, dando él de lo suyo a los que no tenían para cumplir; y arreglada su casa y séquito, que por la calidad de las personas y trato que él les hacía era superior a la casa real, dió luego la vela para seguir a Fernando, sentido y llorado amargamente de todas las clases del reino, de los principales personajes, y de las damas, que salieron a despedirse de él hasta el muelle, y le vieron embarcar con lágrimas de ternura y de admiración, como si al salir él de aquella capital faltaran de una vez toda su seguridad y su ornamento.

Alcanzó al Rey Católico en Génova, y asistió a las vistas que tuvo con Luis XII en Saona. Los dos príncipes, que hasta entonces habían dado a la Europa el espectáculo del rencor, de la venganza y de la mala fe, lo dieron entonces de confianza, de estimación y de amistad; contienda harto más gloriosa que la primera, si estas muestras en los políticos no fueran tan engañosas. Lucieron a porfía los cortesanos de una y otra nación su lujo ostentoso y bizarría; pero quien se llevaba tras sí todos los ojos y todo el aplauso era el Gran Capitán, y la majestad de los monarcas se veía deslucida delante de los rayos de su gloria. Los franceses mismos, dice Guicciardini, que, vencidos y rotos tantas veces por él, debían odiarle, no cesaban de contemplarle con admiración y no se cansaban de tributarle honores. Los que se habían hallado en Nápoles contaban a los otros, ya la celeridad y astucia increíble con que asaltó de improviso a los barones.

alojados en Layno; ya la constancia y sufrimiento con que se sostuvo en Barleta, sitiado a un tiempo de los franceses, del hambre y de la peste; ya la eficacia y diligencia con que ataba las voluntades de los hombres y con la cual los sostuvo tanto tiempo sin dineros; el valor con que combatió en Ciri ola; el valor y fortaleza con que, inferior en gente, y ésa mal pagada, determinó no separarse del Garellano, y la industria militar y las estratagemas con que había conseguido aquella victoria. La admiración que causaban estos recuerdos era aumentada por la majestad excelente de su presencia, por la magnificencia de su semblante y sus palabras y por la gravedad y gracia de sus modales (1). Mas nadie le honró más dignamente que el rey Luis; él le hizo sentar a la mesa real y cenar con Fernando y consigo; le hizo contar sus diversas expediciones; llamó mil veces dichoso al Rey Católico por tener tal general, y quitándose del cuello una

(1) A esta pintura, que se halla en Guicciardini, no será importuno añadir esta otra, hecha por uno de los camaradas más antiguos del Gran Capitán: «Fué su aspecto señoril; tenía pronto parecer; en las loables cosas y grandes fechos su ánimo era invencible; tenía claro y manso ingenio; a pie y a caballo mostraba el autoridad de su estado; seyendo pequeño floreció, no siguiendo tras lo que va la juventud. En las cuestiones era terrible, y de voz furiosa y recia fuerza; en la paz, doméstico y benigno; el andar tenía templado y modesto; su habla fué clara y sosegada; la calva no le quitaba continuo quitar el bonete a los que le hablaban. No le vencía el sueño y la hambre en la guerra, y en ella se ponía a las hazañas y trabajos que la necesidad requería. Era lleno de cosas ajenas de burlas, y cierto en las veras; como quier que en el campo a sus caballeros, presente el peligro, por los regocijar decía cosas jocosas; las cuales palabras graciosas, decía él, ponen amor entre el caudillo y sus gentes. Era tanta su perfección en muchos negocios, cuanto otro diligente en cabar uno; en tal guisa, que vencidos los enemigos con el esfuerzo, los pasaba en sabiduría.»—(Hernán Pérez de Pulgar, señor del Solar, en su *Sumario de las hazañas del Gran Capitán*, folio 21, edición de Sevilla de 1527.)

riquísima cadena que llevaba, se la puso a Gonzalo con sus propias manos.

Este fué el último día sereno (30 de diciembre de 1507) que amaneció al Gran Capitán en su carrera; el resto fué todo desabrimientos, desaires y amarguras. Desembarcó en Valencia, y habiendo descansado algunos días de la fatiga de la navegación, se dirigió a Burgos, donde la Corte se hallaba. Su comitiva era inmensa: seguíale gran número de oficiales españoles e italianos distinguidos, que no querían separarse de él; a esto se añadía la muchedumbre de amigos, deudos y curiosos que de toda España corrían a verle y admirarle. Ni las posadas ni los pueblos eran bastantes a alojarlos. La pompa de su séquito era también otro espectáculo para los asombrados españoles: los oficiales y soldados veteranos que le acompañaban se ostentaban vestidos de púrpura y seda la más rica, adornados con las más exquisitas pieles, brillando el oro y las piedras en las cadenas y joyeles que traían al cuello y en las penachudas celadas que les cubrían las cabezas. El pueblo, deslumbrado con aquel magnífico aparato, compuesto de todos los despojos de la Italia y de la Francia, le aplaudía y le apellidaba Grande; pero los más prudentes y recatados, que sabían el humor triste y encogido de Fernando, conocían cuánto le había de ofender aquella ostentación de poderío. Entre ellos, el conde de Ureña dijo con mucha gracia «que aquella nave tan cargada y tan pomposa necesitaba de mucho fondo para caminar, y que presto encallaría en algún bajío».

Llegó a Burgos (24 de mayo de 1508), y toda la Cor-

te, para honrarle, salió a recibirle por mandato del rey. Los oficiales y soldados se presentaron delante, y Gonzalo los seguía; al cual Fernando, como se inclinase a besarle la mano, le dijo cortésmente: «Veo, Gonzalo, que hoy habéis querido dar a los vuestros la ventaja de la precedencia, en cambio de las veces que la tomasteis para vos en las batallas.» Hizo pocos días después su pleito homenaje de obedecer a Fernando como regente de Castilla hasta la mayor edad de Carlos su nieto, y éste fué el último punto de su buena armonía con él. Desairado en la Corte, no admitido en los consejos, desesperado de conseguir el maestrazgo que con tanta solemnidad se le había ofrecido, su disgusto traspiraba, y todos los buenos españoles le acompañaban en él. Entre ellos, el que más parte tomaba en su pena era el condestable de Castilla, don Bernardino Velasco, con quien, para estrechar más la amistad, casó Gonzalo a su hija Elvira. Llevóse mal este enlace en la Corte, con tanta más razón cuanto el rey quería casar con Elvira un nieto suyo, hijo del arzobispo de Zaragoza, para que así entrasen en la familia real las riquezas, estado y gloria de Gonzalo. El condestable había sido antes casado con una hija natural de Fernando, y por esto un día la reina Germana le dijo severamente: «¿No os da vergüenza, condestable, siendo, como sois, tan pundonoroso y tan discreto, enlazaros a una dama particular, habiéndoos antes desposado con hija de rey?» «El rey me ha dado un ejemplo digno de seguirse—respondió él—, pues habiendo estado antes casado con una gran reina, después se ha enlazado a

una particular, digna de serlo también.» Paróse indignada Germana con aquella respuesta imprevista y atrevida, que la recordaba quién era y la castigaba su orgullo; y quedó tan ofendida, que no volvió a admitir ni el brazo ni la compañía de Gonzalo, que antes, por su dignidad y preeminencia, siempre la prestaba aquel obsequio. El condestable perdió toda la gracia, y no volvió a ser admitido en la Corte.

Por el mismo tiempo él y Gonzalo dieron otro desabrimiento al rey. Quería éste que Jiménez de Cisneros, arzobispo de Toledo, permutase esta dignidad con su hijo, prelado de Zaragoza. No daba Jiménez grato oído a esta propuesta, y habiendo ido a aconsejarse de los dos, ellos le afirmaron en su propósito y le exhortaron a la resistencia. De modo que cuando se le volvió a hablar de parte del rey acerca de ello, contestó que, si se le apuraba, abandonaría arzobispado, corte y dignidades, y se volvería a su celda, de donde contra su voluntad la reina Isabel la había sacado. Blandeó el rey, conociendo cuán injuriosa era aquella permuta a la elección de su primera esposa, y no volvió a tratar del asunto.

Hacia esta época fué cuando Diego García de Paredes dió un alto testimonio de la lealtad y mérito de Gonzalo. Estaba éste mal con aquel campeón porque se había puesto a servir con Próspero Colonna, a quien por las cartas ya dichas G nzalo aborrecía. Pero esta desavenencia no influyó nada para alterar el concepto que Paredes debía a su general. Hallábase un día en palacio, y en la sala misma del rey oyó a dos caballeros que decían que el Gran Capitán no daría

buena cuenta de sí. Entonces Paredes, alzando la voz de modo que le oyese el rey, exclamó «que cualquiera que dijese que el Gran Capitán no era el mejor vasallo que tenía, y de mejores obras, se tomase el guante que ponía sobre la mesa». Puso, con efecto, el guante: nadie osó contestar, y el rey, tomándolo y devolviéndosele, dijo «que tenía razón en lo que decía». Desde entonces volvió a reinar la buena armonía entre los dos guerreros.

Pero el ánimo de Fernando, altamente ofendido de la alianza de Gonzalo y del condestable y de la contradicción que hacían a sus deseos, encontró poco después la ocasión de la venganza. Un alboroto ocurrido en Córdoba hizo que enviase a sosegarle a un alcalde de su casa y corte, con orden que intimase al marqués de Priego se saliese de la ciudad. Era el marqués hijo del ilustre y desgraciado D. Alonso de Aguilar y sobrino carnal de Gonzalo. Acostumbrado, como todos sus progenitores, a ejercer en Córdoba una especie de principado, se sintió altamente de la intimación que le hizo el alcalde, y no sólo no le obedeció, sino que se apoderó de su persona y le envió preso a su castillo de Montilla. Este desacato escandalizó a todo el reino. Fernando, que vió comprometida en él su autoridad, la de las leyes y la administración de justicia, soltó la rienda a su enojo y trató de ejecutar por sí mismo el castigo con la severidad y aparato más solemne. Mandó aprestar armas y caballos, hizo llamamiento de gentes y se dirigió desde Castilla a Andalucía, diciendo que iba a destruir aquella rebelión. Estremeciéronse los grandes, tembló Gonzalo por el marqués, y todos se pusieron a interceder en su favor, pidiendo que se condonase aquel desvarío a su juventud y a su poco seso. Ya Gonzalo le había escrito estas precisas palabras: «Sobrino: sobre el yerro pasado, lo que os puedo decir es que conviene que a la hora os pongáis en poder del rey: si así lo hacéis, seréis castigado, y si no, os perderéis.» Obedeció el mozo, y con toda su familia se vino a poner a disposición del monarca irritado, a tiempo que éste, acompañado ya de un considerable número de tropas, llegaba a Toledo. Pero Fernando, sin admitirle a su presencia, le mandó ir siempre a una jornada distante de la Corte y poner a disposición suya todas las fortalezas que tenía, y prosiguió su camino. Llegado a Córdoba, hizo prender al marqués; fulminó proceso contra él y otros culpados como reos de lesa majestad; castigó de muerte a algunos de ellos, y al marqués, usando de clemencia, conmutó la pena capital en destierro de Andalucía y en que se arrasase la fortaleza de Montilla. En vano para detener estas demostraciones de rigor, y para salvar aquel castillo, donde había nacido el Gran Capitán y era el más bello de toda Andalucía, apuraron el condestable, Gonzalo y los grandes todos los medios del ruego y de la queja; en vano le representaron que debía perdonar el desconcierto de un mozo arrepentido y humillado, en gracia de sus ascendientes muertos, ya que no hiciese caso del mérito de los vivos; en vano, en fin, los embajadores de Francia manifestaban que parecía indecoroso no conceder un castillo al que había ganado para la corona cien ciudades y un reino floreciente. El rey se mantuvo inflexible; la fortaleza

se demolió, y Gonzalo tuvo que devorar el desaire y la humillación de tan odiosa repulsa.

Para apaciguarle algún tanto le cedió Fernando por su vida la ciudad de Loja, y aun se la prometió en propiedad para sí y sus descendientes en caso de que renunciase al maestrazgo que se le había prometido y no se le confería. Era ciertamente impolítico desmembrar de la corona aquella dignidad en el estado en que se hallaban las cosas; pero ¿por qué hacer una promesa con ánimo de no cumplirla? El monarca más poderoso y prudente de Europa, ¿no tenía otros medios de recompensar a un héroe que con una palabra engañosa? Gonzalo, más generoso y más franco, no quiso admitir el dominio de Loja, y respondió fieramente que no trocaría jamás el título que le daba al maestrazgo una promesa real y solemne, «y que, cuando menos, se quedaría con su queja, que para él valía más que una ciudad». En Loja vivió desde entonces, siendo su casa la concurrencia de todos los señores de Andalucía y la escuela de la cortesanía y de la magnificencia; él era su oráculo; él apaciguaba sus diferencias y los instruía del estado y movimientos de toda la Europa y aun de Asia y Africa, en cuyas principales Cortes tenía agentes que le daban cuenta de los negocios públicos. Otro encargo que allí se tomó fué el de proteger a los conversos y a los moros de aquellos contornos contra las injurias y los agravios que el odio de los cristianos les acarreaba. Gonzalo creía que debían tratarse con blandura y atraerlos a la fe y a la amistad con el ejemplo de la buena fe y de las virtudes y con los buenos tratamientos. El rey,

resuelto a no sacarle de aquel reposo obscuro, que tenía más apariencias de destierro que de retiro, ni quiso que Cisneros le llevase por general a la expedición que aquel prelado hizo a las costas de Africa, ni menos enviarle a los venecianos y al Papa, que en la nueva liga que con él habían sentado contra la Francia se le pedían para que mandase el ejército coligado. En estas circunstancias todos los generales le creían arruinado y sin recurso. «¡Qué encallada estará aquella nave!»—decía el conde de Ureña; lo cual sabido por Gonzalo, «decid al Conde—contestó—que la nave, cada vez más firme y más entera, aguarda a que la mar suba para navegar a toda vela».

Y así iba a suceder: la batalla de Rávena, en que los franceses derrotaron al ejército de la liga, mandado por el virrey de Nápoles D. Ramón de Cardona, mudó por un momento estas disposiciones de Fernando. Las potencias aliadas, las provincias de Italia estremecidas, los restos dispersos del ejército, todos clamaban por el Gran Capitán; y ahogando la necesidad entonces todas las sospechas, recibió la orden y poderes plenos para pasar con tropas a Italia. Aprestóse en Málaga la armada que había de conducirle, y toda la nobleza española voló a la Andalucía a alistarse en sus banderas y a entrar con él en las sendas de la gloria y de la fortuna. La porfía y la concurrencia era tal, que hasta los soldados que componían la infantería y guarda ordinaria del Rey se iban sin su licencia para el Gran Capitán, siendo de todas partes, pero más de la Andalucía, infinitos los caballeros que se ofrecían a servir sin sueldo por marchar con él. Gonzalo, con su genero-

sidad y afabilidad natural los recibía, y con celeridad increíble corría de unos pueblos a otros, apresurando los preparativos de la expedición y aprestando la partida.

Pero esta llamarada de nobles esperanzas no duró mas que un momento. A la primera noticia que el rey tuvo de que las cosas de Italia iban mejorándose y de que los franceses no habían sabido sacar partido de aquella gran victoria, dió las órdenes para que se deshiciera el armamento y para que el Gran Capitán sobreseyese en su partida. Ya estaban hechos todos los gastos, los preparativos completos, algunas tropas embarcadas, y Gonzalo en Antequera acelerando la salida, cuando llegaron estas órdenes. Nunca fué recibida con tanto dolor y consternación por ejército o general ninguno la noticia de una derrota completa y del último infortunio; y aquel héroe, que adversidad ninguna, ningún trabajo pudo contristar, se vió vencido por este contratiempo, y apenas podía disimular en el semblante el negro luto de que su corazón estaba vestido. Convocó a las tropas, las animó a la alegría por la mejora que habían tenido los negocios públicos, les prometió recomendar al rey su buena voluntad y los sacrificios que habían hecho en aquella ocasión, y las pidió que esperasen tres días para hacerles alguna demostración de su agradecimiento por el celo con que le habían querido seguir. Al cabo de este tiempo hizo venir al campo de Antequera en dinero, joyas y vestidos hasta cantidad de cien mil ducados, y los repartió generosamente por los oficiales y soldados del ejército. Representábale

un doméstico suyo la exorbitancia de aquella liberalidad y el empeño en que se metía por ella: «Dadlo—contestaba él—, que nunca se goza mejor de la hacienda que cuando se reparte.»

Habiendo así cumplido con los soldados, volvió su ánimo a manifestar al rey el profundo sentimiento que aquel trastorno le causaba. Otro que él hubiera tenido a fortuna que en el aprieto en que la batalla de Rávena había dejado las cosas, toda Italia y toda España hubiesen vuelto a él los ojos, y cifrando en él solo su remedio, fuesen como a implorarle en aquellos agujeros de las Alpujarras, que así llamaba a Loja. Mas lleno ya el pensamiento de cosas grandes, preparado a quebrantar con nuevos servicios y nuevas glorias la envidia de sus émulos, su mayor dolor al tener que sacudir de sí aquellas ilusiones era creer que las malas sugestiones de los envidiosos fuesen causa de tanta novedad. Escribió, pues, al rey una carta llena de quejas y amargura. Preguntábale «si sus reinos y sus Estados habían recibido por su medio alguna mengua o deshonra; si no era cierto que de todos sus súbditos él era quien mejor le había servido, quien más había acrecentado su poder; que siendo esto así, ¿por qué en su patria, donde es tan natural que todos quieran alcanzar alguna honra, él había de pasar *por la grita de tanto disfavor?* Más parecía esto venganza que otra cosa, y venganza de ofensas soñadas solamente por la malicia de los que no sabían con otros medios merecer el lugar que tenían cerca del rey. Al fin, él, acostumbrado a sufrir, podría llevar esto en paciencia; pero dolíale el daño padecido por

muchos que habían vendido sus haciendas y desechado buenos partidos por servir en aquella expedición, los cuales estaban todavía sin gratificación ninguna. Yo—añadía—no tengo más premio que la obligación de escuchar las quejas de todos; mas si a ellos se atiende, y en algo se les recompensa, nadie estará más premiado que yo, pues por lo que toca a los gastos que he podido hacer con ellos han salido de las liberalidades de vuesa Alteza, por cuyo servicio expenderé todo lo que tengo, hasta quedar *en el juste de Gonzalo Hernández*».

Con esta carta envió juntamente a pedir su licencia para salir de España e irse a vivir a su Estado de Terranova. Demanda imprudente, pues de nada estaba más lejos Fernando que de consentirle pasar a Italia, de cualquier modo que fuese. Respondió, empero, a sus primeras quejas con razones suaves, diciéndole que el Papa era la causa de haberse sobreseído en la empresa, pues no quería ya contribuir al pago del ejército, como se había obligado; y en cuanto a la licencia, le añadía que, llevando unos poderes tan amplios como se le habían dado para la guerra y la paz, tales como el mismo príncipe los llevara si allá fuera, no parecía conforme a razón que él se presentase en Italia antes de tener arregladas las cosas con aquellos príncipes; que por esto le parecía que debía ir a descansar a su casa en Loja, y que entretanto se tomaría asiento en las cosas de la liga y le avisaría lo que se determinase. Gonzalo, habida esta respuesta, devolvió al rey sus poderes, diciendo «que para vivir como ermitaño poca necesidad tenía de ellos»; y añadió «que él se iría a sus agujeros, contento con su conciencia y con la memoria de sus servicios».

Con estas demostraciones de resentimiento no era fácil que disipase las siniestras impresiones de Fernando ni que suavizase su mala voluntad. Pidió sucesivamente dos encomiendas de la Orden de Santiago, y se las negó; y a las cartas que el emperador Maximiliano le envió proponiéndole que diese el cargo de todas las cosas de Italia al Gran Capitán, contestó que en ninguno podía confiarse menos que en aquel caudillo, del cual tenía por cierto que trataba secretamente con el Papa para, pasando a Italia, tomar el cargo de general de la Iglesia y arrojar de aquel país a todos los extranjeros, así españoles como alemanes y franceses, y que en recompensa el Papa le había ofrecido el ducado de Ferrara. Esta sospecha es igualmente injuriosa a la lealtad de Gonzalo que gloriosa a su capacidad; y Fernando, según la costumbre de los hombres suspicaces, daba por supuesto todo lo que en su imaginación lisiada se presentaba como posible. Decía también que los servicios de Gonzalo habían sido públicos y sus ofensas secretas, sin duda para conciliar el honor con que le trataba en público y el disfavor y estorbo que ponía a su engrandecimiento, con que tenía escandalizada a toda España.

Más fundados quizá fueron los temores que le atosigaban respecto de su regencia. La grandeza estaba dividida en dos bandos: uno, que quería el gobierno de Fernando, a cuyo frente estaba el duque de Alba; otro, de los que, descontentos con él, volvían sus ojos y sus esperanzas a la Corte de Flandes y aspiraban a

traer a España al príncipe heredero para que administrase los reinos de su madre y lanzar otra vez al rey de Aragón a sus Estados. El alma y cabeza de este partido se creía que era Gonzalo; ya se decía que a la primera ocasión daría la vela desde Málaga y partiría a Flandes para traer al archiduque y ponerle en posesión de Castilla, por lo cual se dieron órdenes para que no saliese buque ninguno de aquel puerto, y aun se añade que ya se habían dado para prenderle (1).

El, entre tanto, doliente y moribundo, salió de Loja y se hizo llevar en andas por los contornos de Granada, a ver si la mudanza de aires cortaba las cuartanas tenaces que le apretaban. En los dos años que habían mediado desde su última ocurrencia había permanecido firme en su posición, sin abatirse nunca, y dando a su resentimiento la misma publicidad que tenía su disfavor. Púsose el rey malo, y no le fué a ver, diciendo que no quería se atribuyese a lis nja, que era la moneda que menos quería dar y recibir. Llamóle Fernando para un capítulo de las Ordenes militares que había de celebrarse en Valladolid, y no quiso asistir, dando por razón que Su Alteza tendría a mayor servicio su falta que su presencia. En aquellos últimos días de amargura y so-

---

(1) En la *Vida de Marco Bruto*, de Quevedo, pueden verse las instrucciones dadas por el Rey Católico sobre este negocio al alcaide de la Peza, Francisco Pérez de Barradas. La orden de prisión está allí concebida en términos muy generales, y para el solo caso de que el Gran Capitán tratase de embarcarse en unas naves de Niza, que se decía habían de venir a Málaga con este objeto. Estos monumentos son curiosos, y manifiestan bien la agitación y sospechas que turbaban el ánimo del rey. Sus fechas son el 14 de agosto y el 7 de octubre de 1515.

edad se le oyó decir que sólo se arrepentía de tres cosas en su vida: una, la de haber faltado al juramento que hizo al duque de Calabria cuando la rendición de Taranto; otra, la de no haber guardado el salvoconducto que dió a César Borja; y la tercera, una que no quería descubrir, creyendo algunos que fuese la de no haber puesto a Nápoles bajo la obediencia del archiduque; otros, el no haberse aprovechado él mismo del favor de la fortuna y de la afición que le tenían los barones y los pueblos y haberse hecho rey de aquel Estado.

Sea de esto lo que fuere, él llegó a Granada, y la enfermedad, que por su naturaleza no era muy grave, hecha mortal por la edad y las pesadumbres, acabó con su vida el día 2 de diciembre de 1515. Su muerte apaciguó las sospechas del rey y acalló la envidia de sus enemigos. Vistióse Fernando y toda la Corte de luto; mandó que se le hiciesen honras en su capilla y en todo el reino, y escribió una carta afectuosa, dándole el pésame, a la duquesa viuda. Celebráronse sus exequias con toda pompa en la iglesia de San Francisco, donde fué depositado antes de pasarle a la de San Jerónimo, donde yace; y doscientas banderas y dos pendones reales que adornaban el túmulo, tomados por él a los enemigos del Estado, recordaban a los afligidos concurrentes la gloria y los servicios del Gran Capitán.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

AUTORES CONSULTADOS.—*Impresos*: Pedro Mártir de Anglería, *De rebus Oceanicis et Orbe Novo decades. Relación de los sucesos de Tierra Firme*, por el adelantado Pascual de Andagova, impresa últimamente en el tomo II de *Viajes del señor Navarrete*. Francisco López de Gomara, *Historia de las Indias*. Antonio de Herrera, *Historia de las Indias*, décadas 1.ª y 2.ª.—*Inéditos*: Algunas relaciones del mismo Balboa. Oviedo, *Historia general de Indias*, libro 29. Juan Cristóbal Calvet de Stella, *De rebus indicis Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme*, por fray Pedro Simón. Fray Bartolomé de las Casas, *Historia cronológica*. Diferentes documentos del tiempo respectivos a Vasco Núñez y Pedrarias.

Eran pasados ya doce años desde que Colón había descubierto la tierra firme de América y todavía los españoles no tenían en ella ningún establecimiento permanente. Aquel gran navegante, que primero, en 1498, recorrió y visitó el nuevo continente por las costas de Paria y Cumaná, intentó cuatro años después poblar en la de Veragua. Pero la imprudencia de sus compañeros, ayudada de la ferocidad indomable de los indios, le privó de esta gloria; y aquellos pobladores, desamparando la colonia tan luego como empezaron a fundarla, tuvieron que abandonar la empresa a otros tantos aventureros más felices.

Ya antes, en 1501, había Rodrigo de Bastidas recorrido las costas de Cumaná y Cartagena sin ánimo de poblar y sólo con el intento de comerciar pacífi-

camente con los naturales (1). Después, Alonso de Ojeda, aventurero más célebre que Bastidas, compañero de Colón y uno de los españoles más señalados por la audacia y tenacidad de su carácter, visitó también los mismos parajes, contrató con los indios, y no pudo, aunque lo intentó, establecerse en el golfo de Urabá, descubierto anteriormente por Bastidas. Pero los contratiempos que había experimentado en las dos primeras tentativas no le retrajeron de su propósito, y tercera vez quiso probar fortuna. El y Diego de Nicuesa fueron a un mismo tiempo autorizados por Fernando el Católico para poblar y goberna en la costa firme de América, señalándose por límites de sus jurisdicciones respectivas: a Ojeda, desde el cabo de la Vela hasta la mitad del golfo de Urabá, y a Nicuesa, desde allí hasta el cabo de Gracias a Dios. Las dos expediciones salieron primero de España, y después de Santo Domingo, casi a un mismo tiempo. Iba delantero Ojeda, que, arribando a Cartagena, perdió en diversos encuentros con los indios muchos de sus compañeros, y tuvo que dar la vela para el golfo, en don-

(1) Bastidas, de cuyo viaje hay una sumaria relación en el tomo III de los publicados por el señor Navarrete, no se hizo célebre ni como descubridor ni como conquistador; pero su memoria debe ser grata a todos los amantes de la justicia y de la humanidad, por haber sido uno de los pocos que trataron a los indios con equidad y mansedumbre, considerando aquel país más bien como un objeto de especulaciones mercantiles con iguales que como campo de gloria y de conquistas. «Siempre le cognoscí, decía de él el padre Casas, ser para con los indios piadoso y que de los que les hacían agravios blasfemaba.» No es menos ventajosa la opinión de Antonio de Herrera: «Y en todo aquel viaje no hizo Bastidas ningún enojo a los indios», dice en el cap. II, lib. 4.º, década 1.ª. Estos principios de moderación le acarrearon la muerte: estando de gobernador en Santa Marta, sus feroces compañeros le dieron de puñaladas porque no les dejaba robar y destruir a su voluntad.

de entró buscando el río Darién, célebre ya entonces por las riquezas que, según fama, llevaba. Mas no siendo hallado entonces, determinó Ojeda fundar sobre los cerros, al Oriente de la ensanada, un pueblo, que se llamó San Sebastián (1510), y fué el segundo que se asentó por manos europeas en el continente americano.

Su suerte, sin embargo, iba a ser igual a la del primero. Sin provisiones para subsistir mucho tiempo, sin paciencia y sin costumbre de cultivar, los españoles no podían mantenerse sino a fuerza de correrías. Recurso incierto, y más que incierto peligroso, porque los indios del país, naturalmente feroces y guerreros, no sólo se defendían casi siempre con ventaja, sino que, terribles con sus flechas enherboladas, los asaltaban a cada momento sin dejarlos reposar. Los bastimentos se acababan, la gente se disminuía con la fatiga y el hambre, y todos, desalentados y abatidos con tanto contratiempo, no veían otro término a su miseria que la muerte, ni otro modo de evitarla que la fuga. La única esperanza de Ojeda era la llegada de Martín Fernández de Enciso, un letrado asociado a su empresa, que se había quedado en la isla Española preparando un navío para seguirle. Pero Enciso no llegaba, y los castellanos, descontentos y casi amotinados, precisaban a su capitán a tomar algún partido. Acordó, pues, salir él mismo a activar la venida del socorro, dejando el mando en su ausencia, o hasta tanto que llegase Enciso, a aquel Francisco Pizarro que después se señaló con tanta gloria y terror en el descubrimiento y conquista de las regiones del Sur.

Dió palabra de volver antes de cincuenta días, y les dijo que si no parecía en aquel tiempo despoblasen y se fuesen adonde mejor les pareciese. Esto dispuesto, se embarcó para la Española, perdió el rumbo y fué a dar en Cuba, y por una serie de aventuras cuya exposición no es de este lugar, pasó al fin a Santo Domingo, en donde murió de allí a pocos años pobre y miserablemente.

Entre tanto, los españoles de San Sebastián, viendo pasar los cincuenta días de plazo sin llegarles socorro alguno, determinaron embarcarse en dos bergantines y volverse a la España. De doscientos y más que eran cuando salieron con Ojeda, estaban entonces reducidos a sesenta. Mas estos sesenta no cabían en aquellos buques, y tuvieron que aguardar a que el hambre y la miseria los redujese a menos. No tardó esto en suceder, y entonces se embarcaron. El mar se sorbió al instante uno de los dos navichuelos; Pizarro, atemorizado, huyó a guarecerse en Cartagena, en cuyo puerto entraba cuando descubrió a lo lejos la nave de Enciso que, acompañada de un bergantín, venía hacia ellos. Esperóla, y Enciso, a quien por el título de alcalde mayor que tenía de Ojeda competía el mando en su ausencia, le reasumió y ordenó dar la vela para Urabá. Resistíanse aquellos infelices a arrostrar otra vez los trabajos y las miserias que habían allí sufrido; pero Enciso, parte con autoridad, parte con halagos, los hizo al cabo ceder a pesar de su repugnancia. Llevaba consigo ciento cincuenta hombres, doce yeguas, algunos caballos, armas y buena provisión de bastimentos. Llegar empero a Urabá y descubrirse al instante con nuevos

infortunios que aquel país no consentía europeos, todo fué uno. La nave de Enciso dió en un vajío y fué en un momento hecha pedazos, perdiéndose casi cuanto en ella venía, menos los hombres, que se salvaron desnudos. La fortaleza y casas que habían antes construído estaban reducidas a cenizas. Los indios, ciertos ya de su ventaja y de la flaqueza de sus enemigos, los esperaban y los acometían con una audacia y una arrogancia que no dejaba lugar ni a la paz ni a la reducción. Volvieron, pues, las voces de volverse a la Española: «Dejemos – decían – estas costas mortíferas, de donde el mar, la tierra, el cielo y los hombres nos rechazan.» Nadie profería palabras que no fuesen de desaliento, ni otros consejos que de pusilanimidad y de fuga. Segunda vez iba a ser abandonado el establecimiento, y acaso para siempre, si en aquella consternación general no hubiera aparecido en medio de ellos un hombre que entonces con su aviso volvió a todos el ánimo y la esperanza, y después con su esfuerzo y sus talentos dió consistencia y lustre a la vacilante colonia.

«Yo me acuerdo—dijo Vasco Núñez de Balboa—que los años pasados, viniendo por esta costa con Rodrigo de Bastidas a descubrir, entramos en este golfo, y a la parte del Occidente saltamos en tierra, donde encontramos un gran río, y a su orilla opuesta vimos un pueblo asentado en tierra fresca y abundante y habitado por gente que no ponía hierba en sus flechas.» Con estas palabras, como resucitando de muerte a vida, todos toman nuevo aliento, y siguiendo en número de ciento a Enciso y a Balboa, saltan en los

bergantines, atraviesan el golfo y buscan en la costa opuesta la tierra amiga que se les anunciaba. El río, el lugar y el país se hallaron tales como los había pintado Vasco Núñez; y el pueblo fuera al instante ocupado por los españoles a no salirles al encuentro los indios, que, habiendo puesto en salvo sus mejores efectos y sus familias, se situaron en un cerro y animosamente los esperaron.

Eran hasta quinientos hombres de guerra, y al frente de ellos Cemaco, su cacique, hombre resuelto y tenaz, dispuesto a defender su tierra a todo trance contra aquella nube de advenedizos. Temieron los españoles el éxito de la batalla, y encomendándose al Cielo, ofrecieron, si conseguían la victoria, dar al pueblo que edificasen en aquel país el nombre de Santa María de la Antigua, una imagen en Sevilla de gran veneración. Hizo además Enciso jurar a todos mantener su puesto a muerte o a vida sin volver la espalda, y hechas estas prevenciones, dió la señal de la batalla. Levantan al instante el grito, y con ímpetu terrible se arrojan sobre los indios, que con no menor ánimo los recibieron. Pero los españoles peleaban como desesperados, y las armas desiguales con que combatían no dejaron durar mucho tiempo la refriega, que fue terminada con el estrago y fuga de los salvajes despavoridos. Los españoles, alegres con su triunfo, entraron en el pueblo, donde hallaron muchas preseas de oro fino y abundancia de provisiones y ropas de algodón. Corrieron después la tierra, hallaron en los cañaverales del río todos los efectos preciosos que los indios habían allí ocultado, y hechos cautivos los pocos

que no pudieron escapar, sentaron tranquilamente su dominación. Envió en seguida Enciso por los españoles que había dejado en la banda oriental del golfo, y todos contentos y esperanzados se pusieron a fundar la villa, que, según el voto hecho antes de la batalla, se llamó Santa María de la Antigua del Darién (1).

La conducta de Enciso en estos principios no era desmerecedora del mando y autoridad que ejercía. Pero doce mil pesos, a que ascendía el oro de los despojados, habían excitado en sus compañeros la codicia y la esperanza, y él imprudentemente, prohibiendo con pena de la vida que nadie contratase con los indios, contradecía de un modo extraño estas dos pasiones, las más fuertes de aquellos aventureros. «Es un avaro —decían— que quiere para sí solo toda la utilidad de los rescates, y abusa en perjuicio nuestro de una autoridad que no le corresponde. Puestos ya como estamos fuera de los límites asignados a la jurisdicción

(1) El padre Casas, en el cap. LXIII de su *Historia cronológica*, dice que en las Memorias viejas que él tenía se hallaba pintada de diferente modo esta guerra con los indios. Según ellas, los españoles llegaron y fueron recibidos en paz por Cemaco, el cual, sabiendo el ansia que tenían por oro, les dió voluntariamente hasta ocho o diez mil pesos. Preguntado de dónde venía aquel metal, respondió que del cielo. Insistieron, y dijo que las piezas grandes se cogían a distancias de veinte leguas y las menudas en unos ríos allí cerca. Dijéronle que fuese a mostrarles los parajes que indicaba; él lo consultó con sus indios, los cuales le retrajeron de su propósito, diciéndole que si los castellanos encontraban oro nunca se irían de allí. Escondióse el cacique en el pueblo de un vasallo suyo; fueron tras él, le prendieron y le dieron tormento para que descubriese los sitios que buscaban. Vencido de dolor, dijo lo que sabía, y habiéndole soltado, recogió la gente que le obedecía y la de sus amigos, y vino sobre los españoles.

Gomara también dice que los indios del Darién no acometieron hostilmente a los españoles hasta que los vieron empezar a edificar casas en su propia tierra sin licencia. (Véase el cap. LVIII de su *Historia de las Indias*.)

de Ojeda, el mando de su alcaldía mayor es nulo y nuestra obediencia también (1). Señalábase en este bando de oposición Vasco Núñez, a quien la traslación de la colonia había ganado crédito entre los más valientes y atrevidos. Acorde, pues, la mayor parte en su propósito, quitaron el mando a Enciso y determinaron proveerse de un gobierno municipal, formar un cabildo, crear regidores, nombrar alcaldes, y procediéndose a la elección, recayeron las varas de justicia en Martín Zamudio y en Balboa.

Los bandos, sin embargo, no sosegaron con este arreglo. Todavía el partido de Enciso decía que no estaban bien sin una cabeza, y quería que lo fuese él; otros decían que, pues se hallaban en la jurisdicción de Diego de Nicuesa, se le enviase a llamar y se sujetasen a su mando; otros, en fin, y éstos entonces eran los más fuertes, insistían en que el gobierno que se había formado era bueno, y que, en caso de dar el mando a uno solo, Balboa era mejor para mandarlos que otro general cualquiera.

En estas contestaciones se hallaban cuando de repente oyen atronarse el golfo con los tiros que resonaban a la parte oriental de él. Vieron también ahumadas como de gente que hacía señales, y ellos respondieron con otras semejantes. De allí a poco vino a ellos Diego Enríquez de Colmenares, que con dos navíos cargados de bastimentos, armas y municiones

(1) «Y no decían mal si verdad era que aquella tierra salía de los dichos términos, como creo sea verdad. Pero cierto mejor dijeran que ni Anciso, ni todos ellos, ni juntado con ellos Ojeda, tenían una punta de alfiler de jurisdicción», etc.—(Casas, *Historia*, cap. LXIV.)

y con sesenta hombres había salido de la Española en busca de Diego de Nicuesa. Echado por las tormentas a la costa de Santa Marta, donde los indios le mataron bastante número de sus compañeros, con los restantes bajó al golfo de Urabá a tomar lengua de Nicuesa, y como no halló ninguno de los compañeros de Ojeda en el sitio donde pensaba, tomó el arbitrio de disparar la artillería y hacer ahumadas para ver si se le respondía de alguna parte. Las ahumadas y tiros del Darién dirigieron su rumbo a la Antigua, donde preguntando por la suerte de Nicuesa y no sabiéndosela decir nadie, acordó detenerse y repartir con los que allí estaban los bastimentos y armas que traía. Esta liberalidad le ganó los ánimos y le dió en la villa crédito bastante para hacer preponderar el dictamen de los que querían se llamase a Nicuesa para que los gobernase. Así se acordó en cabildo, y en seguida fueron diputados para el mensaje el mismo Colmenares con Diego de Albítez y Diego del Corral, los cuales se embarcaron al instante y se dirigieron a la costa de Veragua en demanda de Nicuesa.

Con cinco navíos y dos bergantines montados de cerca de ochocientos hombres había salido de Santo Domingo este descubridor muy poco después que Ojeda, como ya se dijo arriba. Alcanzóle en Cartagena, ayudóle en sus refriegas con los indios, y después se separaron uno de otro para ir a sus gobernaciones respectivas. Las diferentes aventuras y las plagas funestas que cayeron sobre el triste Nicuesa desde que empezó a costear las regiones sujetas a su mando forman el cuento más lastimoso y al mismo tiempo el más

terrible para escarmiento de la codicia y de la imprevisión humana. Pero como no son de nuestro propósito, baste decir que de todo aquel poderoso armamento, con que parecía iba a dar la ley al istmo de América y a todos los países convecinos, no le quedaban al cabo de pocos meses mas que sesenta hombres, los cuales, miserablemente fijados en Nombre de Dios, a seis leguas de Portobelo, esperaban la muerte por instantes, faltos y desesperados de todo recurso. En tal situación llegó Colmenares y dió a Nicuesa el mensaje que traía del Darién. El Cielo parecía que, apiadado de sus trabajos, quería ponerles un término abriendo aquel camino a su remedio. Su desgracia o su imprudencia no lo consintió, y aquel llamamiento inesperado fué al fin el dogal funesto con que la fortuna le llevó arrastrando al precipicio.

Las desgracias, que por lo común hacen prudentes y circunspectos a los otros hombres, habían alterado la noble índole que se conocía en Nicuesa. De festivo, generoso y contenido que antes era se había convertido en temerario, desabrido y aun cruel. No bien aceptó la autoridad que los de Darién le daban, cuando sin haber salido de Nombre de Dios ya los amenazaban con castigos, y decía que les quitaría el oro que sin licencia suya habían tomado en aquella tierra. Disgustóse Colmenares, y más se ofendieron Albítez y Corral, a quienes, como pobladores de Darién, tocaban más de cerca las baladronadas del gobernador. Estos llegaron al golfo un poco antes que Nicuesa, el cual añadió a su loca jactancia el yerro de dejar ir delante a hombres que le anunciasen tan siniestramente. Bramaban los de la Antigua a tal nueva, y la exaltación subió de punto cuando llegó el veedor de Nicuesa, Juan de Caicedo, que, también resentido de él, acabó de encender la discordia en los ánimos irritados, echándoles en cara la locura que hacían, siendo y viviendo libres, en someterse a un extraño.

Con esto levantaron la cabeza los dos partidos de Enciso y de Balboa, y se unieron, como era de esperar, en daño del desdichado Nicuesa. Llegó al Darién, y el pueblo le salió a recibir para decirle con gritos y amenazas que no desembarcase y que fuese a su gobernación. Zamudio el alcalde, con otros de su valía, acaudillaba este movimiento, mientras que Balboa, que secretamente los había excitado a él, en público manifestaba templanza y moderación. Sintió Nicuesa desplomarse sobre sí el cielo cuando se vió con aquella imprevista contradicción. En vano les rogaba que, ya que no por gobernador, a lo menos por igual y compañero le admitiesen; y si aun esto no consentían, le metiesen en una prisión y le dejasen vivir entre ellos encerrado, pues menos duro le sería esto que volver a Nombre de Dios a perecer de hambre o a flechazos. Recordóles el enorme caudal que había expendido en la empresa y los infortunios deplorables que había pasado. Pero la política no tiene compasión ni la codicia oidos; el pueblo, cada vez más irritado, no se sogegaba; y él, contra el aviso secreto que le había enviado Balboa de que no desembarcase sino en su presencia, se dejó engañar de las promesas de algunos, y bajó a tierra, entregándose en manos de aquellos furiosos. Pusiéronle preso, y después le metieron en un ber-

gantín con orden que saliese de allí al instante y se presentase en la Corte. Protestó él contra la crueldad insigne que con él cometían; insistió en la legitimidad de su autoridad y mando en aquella tierra, y les amenazó de quejarse en el tribunal de Dios. Todo fué en vano; embarcado en el navichuelo más ruin que allí había, mal provisto de víveres y acompañado de sólo diez y ocho hombres que quisieron seguir su fortuna, salió de aquella inhumana colonia (día 1.º de marzo de 1511), y se hizo a la mar, sin que ni él ni ninguno de sus compañeros, ni la barca tampoco, hayan parecido jamás.

Arrojado Nicuesa, sólo quedaba Enciso que pudiese contrarrestar la autoridad de Balboa en el Darién. Pero el partido de aquel letrado en la villa era muy débil para poder sostenerse. Vasco Núñez le hizo cargo de haber usurpado la jurisdicción, no teniendo título para ello, sino sólo de Alonso de Ojeda; le hizo proceso, le prendió, le confiscó los bienes, y, al fin, dejándose vencer del ruego y de la prudencia, le mandó poner en libertad con la condición de que en el primer navío que saliese se iría a Santo Domingo o a Europa. Acordaron después enviar comisionados a una y otra parte para hacer saber los sucesos de la colonia, dar idea de la calidad de la tierra y circunstancias de sus naturales y pedir socorros de víveres y de hombres. Eligieron para este encargo al alcalde Zamudio y al regidor Valdivia, uno y otro amigos de Vasco Núñez y encargados de ganar con presentes la protección y favor de Miguel de Pasamonte, tesorero de Santo Domingo, y árbitro casi absoluto entonces en las cosas de América,

por la gracia que alcanzaba con el Rey Católico y con su secretario Conchillos. Pero estos presentes o no llegaron a su poder o no fueron bastantes a contentar su codicia, porque no hay duda en que los primeros despachos de Pasamonte al Gobierno sobre las cosas del Darién fueron todos tan favorables a Enciso como contrarios a Vasco Núñez, y en este paso mal dado puede fijarse el origen de las desgracias y catástrofe final de este descubridor. Valdivia quedó en la isla a preparar y activar los socorros que necesitaba el Darién, y Zamudio y Enciso vinieron a España a sembrar el uno alabanzas y el otro querellas contra Balboa.

¿Quién era, pues, este hombre que sin título, sin comisión, sin facultades, así sabía influir en sus compañeros y suplantar a los personajes cuya autoridad era legítima y los derechos al mando incontestables? Tan audaces todos, tan codiciosos como él, tan ambiciosos de poder y mando, ¿por cuál razón se dejaban guiar y dirigir así por un hombre obscuro, privado, menesteroso como el que más? Era Vasco Núñez de Balboa natural de Jerez de los Caballeros, de familia de hidalgos, aunque pobre. En España había sido primeramente criado de D. Pedro Portocarrero, señor de Moguer; y después se alistó entre los compañeros de Rodrigo de Bastidas para el viaje mercantil que este navegante hizo. Al tiempo de la expedición de Ojeda se hallaba establecido en la Española, en la villa de Salvatierra, donde tenía algunos indios de repartimiento y cultivaba un terreno. Cargado de deudas, como los más de aquellos colonos, y ansioso de gloria y de fortuna, quiso acompañar a Enciso, pero se lo

estorbaba el edicto del almirante, que prohibía salir de la isla a los deudores. Para eludirle se embarcó secretamente sin conocimiento de aquel comandante en su navío, encerrado en una pipa, o, como otros quieren, envuelto en una vela, y no se descubrió hasta que se hallaron en alta mar. Irritóse sobremanera Enciso, amenazándole que le dejaría en la primera isla desierta que encontrasen; pero mediaron ruegos de otras personas, Vasco Núñez se le humilló, y al fin, aplacado, consintió en llevarle. Era alto, membrudo, de disposición bizarra y agraciado semblante (1). No pasaba entonces de treinta y cinco años, y la robustez de sus miembros le hacía capaz de cualquier fatiga y vencedor de los mayores trabajos. Su brazo era el más firme; su lanza, la más fuerte; su flecha, la más certera; hasta su lebrel de batalla era el más inteligente y el de mayor poder (2). Iguales a las dotes de su cuerpo eran las de su espíritu, siempre activo, vigilante, de una penetración suma y de una tenacidad y constancia incontrastable. La traslación de la colonia desde San Sebastián al Darién, debida a su consejo, fué la que empezó a darle crédito entre sus compañeros. Y cuando, puesto a su frente y entregado del mando, le vieron ser el primero en los trabajos y en los peligros, no perderse de ánimo nunca, tener en la disciplina una severidad igual a la franqueza y a la afabilidad con que en el trato los agasajaba, repartir los despojos

(1) «Era mancebo de hasta treinta y cinco o poco más años, bien alto y dispuesto de cuerpo, y buenos miembros y fuerzas, y gentil gesto de hombre muy entendido y para sufrir mucho trabajo.» — (Casas, *Historia*, cap. LXII.)

(2) Véase sobre el perro la cita de Oviedo en el apéndice.

con la equidad más exacta, cuidar del último de sus soldados como si fuera su hijo o su hermano, y conciliar del modo más grato y apacible los deberes y decoro de gobernador y capitán con los oficios de camarada y amigo, la adhesión que entonces le juraron y la confianza que en él pusieron no tuvieron límite ninguno y todos se daban el parabién de la superioridad que en él reconocían. Pudo considerársele hasta la expulsión de Enciso como un faccioso artero y atrevido que, ayudado de su popularidad, aspira a la primacía entre sus iguales, y logra, a fuerza de intrigas y de audacia, desembarazarse de cuantos con mejor título podían disputarle el mando. Mas después que se halló solo y sin rivales, entregado todo a la conservación y progresos de la colonia que se había puesto en sus manos, se le ve autorizar su ambición con sus servicios, levantar su pensamiento a la altura de su dignidad, y con la importancia y grandeza de sus descubrimientos ponerse en la opinión pública casi a la par con Colón.

Los contornos del nuevo establecimiento estaban habitados por diferentes tribus, bastante conformes entre sí por las costumbres, pero separadas y divididas, ya por las guerras que continuamente se hacían, ya por la naturaleza del terreno, áspero, fragoso y desigual. Aunque igualmente valientes y belicosos que los indios de la costa oriental, eran, sin embargo, los del Darién menos feroces y crueles. Peleaban aquéllos con flechas enherboladas, no daban cuartel en la guerra y se comían los enemigos que rendían; éstos preferían pelear de cerca con mazas, macanas o dardos,

no ponían hierba en las flechas de que usaban, y los cautivos que hacían, señalados en la frente, o con un diente menos, sufrían la servidumbre y no la muerte. Dábase la nobleza entre ellos al que salía herido de la guerra; y recompensado con posesiones, con alguna mujer distinguida y con mando militar, era tenido por más ilustre que los otros, y transmitía a sus hijos aquella distinción, con tal que siguiera la profesión de las armas. Obedecían a caciques que, según las antiguas relaciones, tenían sobre ellos más autoridad que la que generalmente lleva consigo la condición de salvajes. De médicos y adivinos les servían los que llamaban *tequinas*, especie de embaidores, a quienes consultaban en sus enfermedades, en sus guerras y, generalmente, en todas sus empresas. *Tuira* llamaban a la deidad que adoraban, y la superstición, en partes pacífica y dulce, le presentaba en ofrenda pan, aroma, frutas y flores; en otras, cruel y abominable, le ofrecía sangre y víctimas humanas.

Tenían sus asientos junto a la orilla del mar y a las márgenes de los ríos, donde hallaban proporción de pesquerías. Cultivaban un poco y cazaban también, pero el pescado era su sustento principal. Sus casas eran de madera y cañas atadas con bejucos y cubiertas de hierba para defenderse de la lluvia. Llamábanlas *bohíos* cuando estaban sentadas sobre la tierra, *barbacoas* cuando se construían en el aire, fundadas en árboles y sobre el agua; y tales las había entre los principales, que en la desnudez general de la tierra podían pasar por palacios. Nunca sus lugares eran grandes, y los mudaban frecuentemente de un

sitio a otro, según la necesidad o el peligro los constreñía.

Andaban los hombres generalmente desnudos, cubierto con un caracol el órgano de la generación, o con un estuche de oro. Las mujeres traían unas mantillas de algodón desde la cintura hasta la rodilla, bien que en algunos parajes ni los unos ni los otros se cubrían cosa alguna. Los caciques y principales, en ostentación de dignidad, traían a los hombros mantos de algodón. Todos se pintaban el cuerpo con el zumo de la bija o con tierras de color, principalmente cuando salían a las batallas; se adornaban las cabezas con penachos de plumas; las narices y orejas, con caracolillos vistosos; los brazos y piernas, con brazaletes de oro. Dejaban crecer el cabello, que se tendía libremente por la espalda, y por delante le cortaban sobre las cejas con pedernales. Preciábanse mucho las mujeres de la hermosura y firmeza de sus pechos; y cuando por la edad o los partos veían que faltaban, se los sostenían con barretas de oro atadas a los hombros y sobaco con cordones de algodón. Hombres y mujeres eran grandes nadadores, y estar continuamente en el agua era uno de sus más grandes placeres.

Sus costumbres eran muy libres, o por mejor decir corrompidas, si esta calificación puede convenir a salvajes. Los caciques y señores casaban con cuantas mujeres querían; los demás, sólo con una. Para divorciarse no era necesario mas que la voluntad de entrambos, o la de un consorte sólo, mayormente cuando la mujer era estéril, que entonces el marido la dejaba, y a veces la vendía. La prostitución no era infamia.

Las mujeres nobles tenían por máxima que era de villanas negar cosa alguna que se les pidiera, y se entregaban de grado a quien las quería, especialmente si los amantes eran hombres principales. Este gusto de libertinaje las llevaba hasta la costumbre inhumana de tomar hierbas para abortar cuando se sentían preñadas, para no perder el atractivo de sus pechos ni suspender sus placeres, y decían que las viejas pariesen, no las mozas, que tenían que divertirse. Sin embargo, estas mujeres tan libertinas y sensuales iban con sus maridos a la guerra, peleaban con ellos, disparaban flechas y morían valientemente a su lado. Otra abominación conocían, que era la prostitución de hombres, y los caciques tenían para sus placeres serrallos de mozos, que luego que eran destinados a este inmundo oficio se vestían de mujeres, se ejercitaban en los menesteres que ellas y estaban exentos de guerra y fatigas. Sus diversiones públicas se reducían a *areitos*, especie de danza muy parecida a las de algunas provincias septentrionales nuestras. Uno guiaba cantando y haciendo pasos al compás del canto: los otros le seguían y le imitaban, y entre tanto otros bebían de aquellos licores fermentados que hacían del dátil y del maíz; daban de beber a los que bailaban, durando todo horas y aun días enteros, hasta que, fatigados y beodos, quedaban sin sentido.

Cuando algún cacique moría, sus mujeres y los criados más allegados a su persona acostumbraban darse la muerte para servirle en la otra vida en los mismos términos que antes, creyendo que las almas de los que esto no hacían morían con sus cuerpos o se convertían

en aire. Daban tierra a los muertos; pero en algunas provincias, luego que el señor expiraba le sentaban en una piedra y, poniéndole fuego alrededor, le enjugaban hasta que quedase la piel y los huesos, y en este estado le colgaban en una estancia retirada que destinaban a este uso, o le arrimaban a la pared, adornándole de plumas, joyas de oro y aun ropas, y poniéndole al lado de su padre o antecesor muerto antes que él. Así, con su cadáver se conservaba su memoria en la familia, y si alguno de ellos perecía o se perdía en la guerra, la fama de sus proezas quedaba consignada para la posteridad en los cantares de sus *areitos*.

Por este bosquejo de las costumbres y policía de aquellos naturales se ve la poca resistencia que harían a la sujeción o al exterminio si la colonia europea llegaba a consolidarse y progresar. Habíase fundado la villa a las orillas de un río que los españoles tuvieron por el Darién, aunque no era mas que una de sus bocas más considerables. Tenían al Oriente el golfo, que los separaba siete leguas de la costa y tribus feroces de los caribes; al Norte, el mar; al Poniente, el istmo, y al Sur, la llanura cortada por los diferentes brazos del Darién y llena toda de anegadizos y lagunas. Para un pueblo que hubiese de afianzar su subsistencia en el cultivo, hubiera bastado el valle que se forma entre las sierras de los Andes y las cordilleras menos altas que orillean la costa desde la boca principal del río hasta la punta occidental del golfo, a quien se dió el nombre de Cabo Tiburón. Este valle, excelente para plantíos, y los recursos de pesca y caza que presentaban el golfo, los ríos y los montes convecinos, eran más que sufi-

cientes para contentar y mantener a otros aventureros menos codiciosos y más quietos. Pero el ansia de los españoles era descubrir países, adquirir oro, subyugar naciones, y para esto tenían que luchar no sólo con los pueblos indómitos y errantes que poblaban el istmo, sino con la calidad del país, mucho más áspero y terrible que ellos. Y si a esto se añade la guerra que continuamente hacían a la salud y complexión europea el calor y humedad constante del aire y las lluvias grandes y frecuentes, se verá que sólo el tesón más incontrastable y la robustez más firme podían bastar a sostenerse y superar tan grandes dificultades.

En el tiempo que duraron las contiendas sobre el mando, iban y venían los indios al Darién, llevaban provisiones y las trocaban por cuentas, cuchillos y bujerías de Castilla. No los llevaba allí solamente la codicia del rescate; iban también a espiar, y deseando que los advenedizos les dejasen libre su tierra, les ponderaban la abundancia y las riquezas de la provincia de Coiba, distante treinta leguas de allí, al Poniente. Vasco Núñez envió primero a descubrir a Francisco Pizarro, que se volvió después de haber tenido una corta refriega con un tropel de indios acaudillados por Cemaco; y después salió él mismo al frente de cien hombres en la dirección de Coiba. Mas no hallando en muchas leguas indio ninguno ni de guerra ni de paz, yermo y despoblado el país con el terror difundido a la redonda, tuvo que volverse a la Antigua sin sacar fruto alguno de esta expedición segunda.

Envió después dos bergantines por los españoles que habían quedado en Nombre de Dios, los cuales a su

vuelta tocaron en la costa de Coiba, y allí vieron venir a ellos dos castellanos desnudos y pintados de bija a la usanza india. Eran marineros de la armada de Nicuesa, que en el año anterior se habían salido del navío de aquel desgraciado comandante cuando pasó en demanda de Veragua. Hospedados y regalados por el cacique de la tierra, habían permanecido allí todo aquel tiempo, aprendido la lengua y examinado las circunstancias y recursos del país. Pintáronle a los navegantes como rico y abundante de oro y todo género de provisiones, y en seguida se acordó que uno de los dos se quedase con el cacique para servir a su tiempo, y el otro se fuese con ellos al Darién a dar noticia de todo al gobernador.

Bien conoció Balboa cuánto se le venía a las manos con la adquisición de este intérprete, y así, después que se hubo informado por él de cuantas circunstancias necesitaba para conocer la gente a quien quería atacar, ordenó que se apercibiesen para la expedición ciento treinta hombres, los más vigorosos y dispuestos. Proveyóse de las mejores armas que había en la colonia, de los instrumentos propios para abrirse paso por las malezas de los montes y de las mercancías útiles en los rescates, y embarcado en dos bergantines, dió la vela para Coiba. Llegado allá, salta en tierra y busca la mansión de Cáreta, que así se llamaba el cacique. Cáreta esperóle sabiendo que iba en su busca, y a la demanda que se le hizo de provisiones para la tropa de la expedición y para los colonos del Darién respondió sosegadamente «que cuantas veces habían los extranjeros pasado por su tierra, tantas los habían

provisto de los bastimentos que necesitaban, pero que a la sazón nada podía dar, por la guerra en que se hallaba con Ponca, un cacique vecino suyo; que nada habían sembrado, nada cogido, y estaban, por consiguiente, tan menesterosos como ellos». Manifestóse Vasco Núñez, por consejo de sus intérpretes, satisfecho de esta respuesta, bien que no diese crédito ninguno a ella. Tenía el indio a sus órdenes dos mil hombres de guerra, y reputó más seguro vencerle por sorpresa que atacarle de frente. Hizo, pues, demostración de volverse por donde era venido; pero a la media noche revolvió sobre el pueblo, arrolló y mató cuanto se le puso delante, hizo presa del cacique y de su familia, y cargando en los bergantines cuantas provisiones había en el lugar, lo llevó todo al Darién. Cáreta, así escarmentado, se resignó a su destino y se humilló a su vencedor. Rogóle que le dejase ir libre, que admitiese su amistad, y ofreció dar a la colonia bastimentos en abundancia con tal que los españoles le defendiesen contra Ponca. Estas condiciones no podían dejar de agradar al caudillo castellano, que ajustó así la paz y la alianza con aquella tribu, siendo prenda de ella una hermosa hija del cacique, que él presentó a Balboa para que la tuviese por mujer, y él la aceptó y quiso siempre mucho.

Con esto los dos aliados se apercibieron para ir contra Ponca, el cual, no osando esperarlos, se refugió a los montes y dejó desierta su tierra, que fué saqueada y destruída por indios y españoles. Pero Balboa, dejando para más adelante la conquista o, como entonces se decía, la pacificación del interior, volvió

a la ribera del mar, donde para la seguridad y subsistencia de la colonia le convenía mejor tener amigos o esclavos. Era vecino de Cáreta un cacique a quien unos llaman Comogre, otros Panquiaco, jefe de hasta diez mil indios, entre ellos tres mil hombres de pelea. Deseaba él, oída la fama de valientes que tenían los castellanos, tratarlos y conocerlos; y habiéndose presentado como medianero de esta nueva amistad un indio principal, deudo de Cáreta, Vasco Núñez, que no quiso perder la ocasión de adquirirse un amigo, fué a verle con los suyos. Luego que el cacique supo que llegaba, le salió a recibir seguido de sus vasallos más principales y acompañado de sus hijos, que eran siete, habidos en diversas mujeres, y todos ya mancebos. Fué grande la cortesía y agasajo que usó con sus huéspedes, los cuales fueron alojados en diferentes casas del pueblo y provistos de víveres en abundancia y de hombres y mujeres que los sirviesen. Lo que más llamó la atención fué la habitación de Comogre, que, según las Memorias del tiempo, era un edificio de ciento cincuenta pasos de largo y ochenta de ancho, fundado sobre postes gruesos, cercado de un muro de piedra, y en lo alto un zaquizamí de madera vistoso y bien labrado. Dividíase en diferentes compartimientos; tenía sus despensas, sus bodegas y su panteón para los muertos, puesto que allí fué donde los españoles vieron por la primera vez secos y colgados, como se dijo arriba, los cadáveres de los abuelos del cacique.

Hacía los honores del hospedaje el hijo mayor de Comogre, que era el más discreto y sagaz de sus hermanos. Este presentó un día a Vasco Núñez y a Col-

menares, a quienes por su porte conoció eran los jefes de los demás, setenta esclavos y hasta cuatro mil pesos de oro en diferentes preseas. Fundióse al instante el oro y empezóse a repartir el resto, separado el quinto para el rey. La repartición produjo una disputa que dió ocasión a voces y amenazas. Lo cual visto por el indio, arremetiendo de improviso a las balanzas en que el oro se pesaba, y arrojando unas y otro al suelo, «¿por qué reñir—les dijo—por tan poco? Si es tanta vuestra ansia de oro que por ella desamparáis vuestra tierra y venís a inquietar las ajenas, provincia os mostraré yo donde podáis a manos llenas contentar ese deseo. Mas para ello os conviene ser más en número de los que venís, porque tenéis que pelear con reyes poderosos, que defenderán vigorosamente sus dominios. Hallaréis primeramente un cacique muy rico de oro, que reside a distancia de seis soles; luego veréis el mar, que está hacia aquella parte—y señalaba al Mediodía—; allí encontraréis gentes que navegan por él en barcas a remo y vela, poco menores que las vuestras, y esta gente es tan rica, que come y bebe en vasos hechos de ese metal que tanto codiciáis». Estas palabras célebres, conservadas en todas las Memorias del tiempo y repetidas por todos los historiadores, fueron el primer anuncio que los españoles tuvieron del Perú. Maravilláronse de oirlas, y empezaron a indagar del mancebo más noticias respecto de los países que decía. El insistió en que necesitaban ser mil hombres cuando menos para subyugarlos; se ofreció a servirlos de guía y ayudarlos con la gente de su padre, y puso su vida en prendas de la verdad de sus palabras.

A tales nuevas, Balboa, exaltado con la perspectiva de gloria y de fortuna que se le presentaba delante, creyéndose ya a las puertas de la India Oriental, que era el objeto deseado del Gobierno y de los descubridores de entonces, determinó volver cuanto antes al Darién a alegrar a sus compañeros con tan grandes esperanzas y a hacer los preparativos necesarios para realizarlas. Detúvose, sin embargo, algunos días con aquellos caciques, y la amistad que tenía con ellos se estrechó de tal modo, que uno y otro se bautizaron con sus familias, tomando en el bautismo Cáreta el nombre de Fernando y Comogre el de Carlos. Volvió en seguida al Darién, rico con los despojos de Ponca, rico con los regalos de sus amigos, y más rico todavía con las esperanzas hermosas que le presentaba el porvenir.

A esta sazón, después de seis meses de ausencia, arribó el regidor Valdivia con una carabela cargada de bastimentos. Traía además grandes promesas del almirante de socorrerlos abundantemente de víveres y hombres luego que llegasen navíos de Castilla. Pero los socorros que trajo Valdivia se consumieron muy luego; las sementeras, ahogadas con los temporales y avenidas, no les prometían recurso ninguno, y volvieron a hambrear como solían. Acordó, pues, Balboa hacer correrías en tierras más apartadas, pues ya estaban gastados y consumidos los contornos de la Antigua, y enviar a Valdivia a la Española a hacer saber al almirante las noticias que tenía del mar del Sur y de las riquezas de aquellas regiones. Llevó Valdivia quince mil pesos que pertenecían al rey de su quinto y el

encargo de pedir los mil hombres que necesitaba, así para la expedición como para sostenerse sin necesidad de exterminar las tribus y caciques enemigos, pues de otro modo, siendo tan pocos, les era preciso, si no querían perecer, asolar y matar cuanto no se les sometiese. Pero estos encargos hechos a Valdivia, con los ricos presentes de oro que los principales del Darién le dieron para sus amigos, se perdieron en el mar, donde sin duda fueron sumergidos el comisionado y la embarcación en que iba, pues no se volvió a saber de él.

A la partida de Valdivia (1512) siguió inmediatamente la expedición por el golfo y el reconocimiento de la tierra situada a la extremidad interior de él. Allí estaba el dominio de Dabaile, de cuyas riquezas se hacían grandes ponderaciones, principalmente de un ídolo y de un templo que se suponía de oro. Allí se había refugiado Cemaco con los indios de su obediencia, y no había perdido el deseo ni la esperanza de arrojar de su país a los salteadores que se lo usurparon. Montó, pues, Balboa ciento setenta hombres bien armados en dos bergantines al mando suyo y de Colmenares, y subió con ellos por el golfo arriba, hasta llegar a las bocas del río. El escaso conocimiento que los españoles tenían aún del terreno y de las circunstancias de aquel gran caudal de agua les hizo creer que era diferente del Darién, y le dieron el nombre de *el río grande de San Juan*, por su magnitud y por el día en que le descubrieron. Pero, en realidad, el que bañaba la población de la Antigua y aquél no eran mas que un solo río, que, naciendo a trescientas leguas de allí, detrás de la cordillera de Anserma, a la banda

del Sur, corre casi directamente al Septentrión, atropellando con la impetuosidad de su curso cuanto se le pone delante. Va unido con el Cauca hasta llegar a las sierras ásperas y quebradas de Antioquía; pero divididos por ellas, el Cauca va a perder su nombre en el de la Magdalena, con el cual junta sus aguas, mientras que el Darién, ceñido por las cordilleras de Abaide más cercanas y enriquecido con sus muchas aguas y con las que recoge de la parte de Panamá, sigue su curso hasta llegar a las cercanías del golfo. Tiéndese allí por las llanuras formando anegadizos y pantanos, y dividiéndose en diferentes bocas que, ya más, ya menos, todas son navegables para botes; desagua por ellas en el mar, cuyas ondas endulza por el espacio de algunas leguas. Sus aguas son cristalinas; su pesca, abundante y saludable. Llamósele al principio Darién, acaso del nombre de algún cacique que allí encontraron Bastidas u Ojeda cuando le descubrieron primero; los ingleses y holandeses le han dado en los últimos tiempos el de Atrato, y con las tres denominaciones de Darién, Atrato y San Juan, le designan indistintamente la historia y la geografía.

Entrados en él Vasco Núñez y Colmenares, reconocieron algunos de sus brazos y las diferentes poblaciones que hallaron a sus orillas. Los indios al verlos venir las desamparaban o eran fácilmente arrollados en su débil resistencia; mas las esperanzas de que la codicia española se alimentaba no se lograron entonces, y tal cual alhajuela de oro y algunos pocos bastimentos fueron los solos despojos que consiguieron en aquella fatigosa correría. Lo más singular que en ella vieron

fueron las barbacoas de la tribu de Abebeiba. Cubierta la tierra de aguas en aquel paraje, no consiente que se pongan habitaciones sobre ella, y los indios habían construído sus moradas sobre las palmas elevadas que allí crecen. Esta especie de edificios dió mucho que admirar a los castellanos. Nido había de éstos que ocupaba cincuenta o sesenta palmas, donde podían abrigarse hasta doscientos hombres. Estaban divididos en diferentes compartimientos para dormir, para rancho y para despensa. Los vinos los tenían debajo de tierra al pie, para que con el movimiento no se torciesen. Subíase arriba por unas escalas que pendían de los árboles, a cuyo uso estaban tan acostumbrados, que hombres, mujeres y muchachos andaban por ellas con cualquiera carga encima con tanta agilidad y despejo como por el suelo. Tenían al pie sus canoas, en que salían a pescar por aquellos ríos, y cuando la familia se recogía alzaban las escalas y dormían seguros de fieras y de enemigos.

Cuando llegaron los castellanos a la barbacoa de Abebeiba estaba él recogido en ella y alzaba las escalas. Diéronle voces para que bajase sin miedo, pero negóse a hacerlo, diciendo que él en nada les había ofendido y que le dejasen en paz. Amenazáronle con derribarle a hachazos los árboles de la casa, o con ponerles fuego; y añadiendo la acción a la amenaza, empezaron a hacer saltar astillas de los troncos de las palmas. Bajó entonces el cacique con su mujer y dos hijos, quedando el resto de su familia arriba. Preguntáronle si tenía oro, y dijo que no, porque para nada lo necesitaba; y viéndose importunado, les dijo que

iría tras de unas sierras que de lejos se descubrían a buscarlo y a traerlo. Dejáronle ir, quedando en rehenes la mujer y los hijos; pero él no volvió a parecer. Balboa, después de reconocer otras muchas poblaciones, todas abandonadas de sus dueños, bajó a buscar a Colmenares, a quien había dejado atrás, y, unido con él, dió la vuelta para el Darién, dejando un presidio de treinta soldados en la población de Abenamaguey, uno de los caciques vencidos, para guardar la tierra y que los indios no se rehiciesen.

Esto no bastó, sin embargo, a contenerlos, porque los cinco régulos cuyas tierras habían sido corridas y saqueadas formaron una confederación y se dispusieron a caer con todas sus fuerzas sobre la colonia cuando los españoles estuviesen más descuidados. La conspiración se tramó con el mayor secreto, y los de la Antigua hubieran perecido todos a no haberse descubierto el peligro por una de aquellas incidencias más propias de las novelas que de la historia, y que, sin embargo, no han dejado de ser frecuentes en los acontecimientos del Nuevo Mundo. Tenía Balboa una india a quien por su belleza, y tal vez por su carácter, amaba mas que a sus demás concubinas. Un hermano de ella, disfrazado con el hábito de otros indios pacíficos que llevaban provisiones a los nuestros, iba y venía a visitarla y a procurar su libertad. Y teniendo por segura la destrucción de los europeos, la dijo un día que estuviese sobre aviso y cuidase de sí propia, que ya los príncipes del país no podían sufrir por más tiempo la insolencia de los advenedizos y estaban resueltos a caer sobre ellos por mar y por tierra. Cien

canoas, cinco mil guerreros, provisiones abundantes acopiadas en el pueblo de Tichirí, eran preparativos suficientes para conseguir lo que ansiaban, y, en esta seguridad, los despojos estaban repartidos, los cautivos demarcados. Díjola cuál sería el día del asalto, y se fué, aconsejándola que se retirase a parte segura para no ser envuelta en el estrago general.

No bien se vió sola, cuando, de amor o de miedo, descubrió a Balboa cuanto había oído. Hízola llamar él a su hermano bajo el pretexto de que quería irse con él; y venido, fué preso y puesto en el tormento para que declarase lo que sabía. Repitió el infeliz lo que había dicho a la mujer, añadiendo que ya anteriormente Cemaco había tratado de dar muerte a Vasco Núñez, y que para eso había apostado guerreros suyos disfrazados de trabajadores en una de sus labranzas. Pero intimidados por la yegua que montaba el gobernador y por la lanza que llevaba, no se habían atrevido a ejecutarlo; lo cual visto por Cemaco, había buscado mejor medio de venganza en la liga y conspiración con los otros caciques ofendidos.

Patente así todo, Balboa marchó por tierra con setenta hombres, y Colmenares por agua con otros tantos, a sorprender a sus enemigos. El primero no halló a Cemaco donde pensaba, y sí solo un pariente suyo con otros pocos indios, que se trajo prisioneros al Darién. Colmenares fué más feliz, porque sorprendió a los salvajes en Tichirí, cogió allí al caudillo nombrado para la empresa, con otros indios principales y mucha gente inferior. Perdonó a la muchedumbre, pero a su vista hizo asaetear al general y ahorcar a los señores,

quedando los indios tan escarmentados con este castigo, que no osaron en adelante levantar el pensamiento a la independencia.

Tratóse luego de enviar nuevos diputados a España para dar cuenta al rey del estado de la colonia, y de camino pedir en la Española los auxilios que necesitaban, por si acaso Valdivia no hubiese podido llegar, como así había sucedido. Dícese que Balboa quería para sí esta comisión, o ambicioso de ganarse la gracia de la Corte, o temeroso de que le hallase en el Darién el castigo de su usurpación. No lo consintieron sus compañeros, diciéndole que sin él quedaban desamparados y sin gobierno; a él solo respetaban y seguían con gusto los soldados, a él solo temían los indios. Sospechaban también que, salido de allí, no querría volver a padecer los trabajos que continuamente venían sobre ellos, como ya había sucedido con otros. Por tanto, eligieron a Juan de Caicedo, veedor que había sido de la armada de Nicuesa, y a Rodrigo Enríquez de Colmenares, hombres los dos graves, expertos en negocios y seguidos de la estimación general. De éstos creían que desempeñarían bien su cargo y volverían, porque el uno se dejaba allí a su mujer, y Colmenares había comprado mucha hacienda y labranzas en el Darién, prendas unas y otras de confianza y de adhesión al país. No siéndole, pues, posible a Balboa ausentarse del Darién para mirar por sí mismo, trató de ganarse a lo menos la gracia del tesorero Pasamonte, y es probable que fuese en esta ocasión cuando le envió aquel rico presente de esclavos, piezas de oro y otras alhajas de que habla el licen-

ciado Zuazo en su carta al señor de Chievres (1). También llevaron los nuevos procuradores, con el quinto que pertenecía al rey, un donativo que le hacía la colonia; y más felices que los anteriores, salieron del Darién a fines de octubre y llegaron a España en mayo del año siguiente.

Sucedió a su partida un ligero disturbio, que, aunque pareció al principio que iba a destruir la autoridad de Vasco Núñez, sirvió a consolidarla más. Bajo el pretexto del abuso que Bartolomé Hurtado hacía de la privanza del gobernador, se alborotaron Alonso Pérez de la Rúa y otros facciosos. Su verdadero intento era apoderarse de diez mil pesos que estaban aún enteros y repartirlos a su antojo. Después de algunas contestaciones, en que hubo arrestos y animosidad bastante, los malcontentos trataron de sorprender a Vasco Núñez y ponerle en prisión. Súpolo él, y se salió del pueblo como que iba a caza, previendo que, apoderados aquellos turbulentos de la autoridad y del oro, de tal modo abusarían de uno y otro, que los buenos le habían de llamar al instante. Así sucedió; dueños del caudal Rúa y sus amigos, se portaron con tan poca cordura en el reparto, que los colonos principales, afrentados y avergonzados viendo la inmensa distancia que había de aquella gente a Vasco Núñez, alzaron el grito, se arrojaron a los cabos de la sedición, los prendieron y llamaron a Balboa, cuya autoridad y gobierno volvieron a reconocer de nuevo.

(1) Esta carta se verá en los apéndices a la vida de fray Bartolomé de las Casas, que se publicará al fin de esta parte (en un tomo sucesivo).

Llegaron en esto de Santo Domingo dos navíos cargados de bastimentos, con doscientos hombres al mando de Cristóbal Serrano, entre ellos ciento cincuenta de guerra. Todo lo enviaba el almirante, y Balboa en particular recibió el título de gobernador de aquella tierra, enviado por el tesorero Pasamonte, que se suponía autorizado para hacer estas provisiones y ya le era tan favorable como antes le había sido contrario. Lleno de gozo con el título y con el socorro, y seguro de la obediencia de todos, dió libertad a los presos y determinó salir por la comarca y ocupar la gente en expediciones y descubrimientos. Mas cuando estaba haciendo los preparativos vino a acibararle su satisfacción una carta de su amigo y compañero Zamudio, en que le avisaba de la indignación que las quejas de Enciso y los primeros informes del tesorero habían excitado contra él en la Corte. En vez de agradecerle sus servicios, se le trataba de usurpador y de intruso, se le hacía responsable de los daños y perjuicios que su acusador reclamaba, y el fundador y pacificador del Darién estaba mandado procesar por los cargos criminales que se le hacían.

Pero estas nuevas aciagas, en vez de abatir su espíritu, le dieron nueva osadía y le impelieron a empresas mayores. ¿Daría lugar a que otro, aprovechándose de sus fatigas, descubriese el mar del Sur y le arrebatase la gloria y las riquezas que esperaba? Faltábanle, a la verdad, los mil hombres que se necesitaban para aquella expedición; pero su arrojo, su pericia y su constancia le daban aliento para emprenderla sin ellos. Borraría así con tan señalado servicio los

defectos de su usurpación primera; y si la muerte le atajaba en medio del camino, moriría trabajando en bien y gloria de su patria y libre de la persecución que le venía encima. Lleno, pues, de estos pensamientos, y resuelto a seguirlos, habló y animó a sus compañeros, escogió ciento noventa, los más bien armados y dispuestos, y con mil indios de carga, algunos perros de pelea y las provisiones suficientes se hizo a la vela en un bergantín y diez canoas (1.º de septiembre de 1513).

Arribó primero al puerto y tierra de Cáreta, donde fué acogido con las muestras de amistad y el agasajo consiguiente a sus relaciones con aquel cacique, y dejando allí su escuadrilla, tomó el camino por las sierras hacia el dominio de Ponca. Habíase fugado este régulo como la vez primera; pero Vasco Núñez que ya había adoptado la política que le convenía, deseaba componerse amigablemente con él, y a este fin le envió algunos indios de paz que le aconsejasen volviese a su pueblo y no temiese nada de los españoles. Volvió, en efecto; fué bien acogido, presentó en don algún oro, y recibió en cambio cuentas de vidrio, cascabeles y otras bujerías. Pidióle además el capitán español guías y gente de carga para viajar por las sierras, que el cacique proporcionó gustoso, añadiendo provisiones en abundancia, con lo cual se separaron amigos.

No fué tan pacífico el paso a la tierra de Cuarecua, cuyo señor, Torecha, receloso de la invasión y escarmentado con lo que había sucedido a sus convecinos, estaba dispuesto y preparado para recibir hostilmente a los castellanos. Salió un enjambre de indios al camino, que, feroces y armados a su usanza, empezaron a increpar a los extranjeros, preguntándoles a qué iban por allí, qué buscaban, y amenazándoles con su perdición si pasaban adelante. Los españoles avanzaron sin curarse de sus fieros; entonces se dejó ver el régulo al frente de la tribu, vestido de un manto de algodón y seguido de sus principales cabos, y con más ánimo que fortuna dió la señal del combate. Acometieron los indios con grande ímpetu y vocerí ; pero aterrados primero con el rigor y los estallidos de las ballestas y escopetas, fueron fácilmente después desbrozados y ahuyentados por los hombres y los lebreles, que se arrojaron a ellos. Quedó muerto el régulo en la refriega con otros seiscientos más, y los españoles, allanado aquel obstáculo, entraron en el pueblo, que fué despojado de todo el oro y prendas de valor que en él había. Allí fué donde encontraron a un hermano del cacique y a otros indios vestidos de mujeres y empleados en el uso inmundo de que se hizo mención arriba. Cincuenta fueron los que en este traje y por esta causa fueron abandonados a los alanos, que los hicieron en un instante pedazos, con grande satisfacción de los salvajes, los cuales, según se cuenta, traían de lejos al castigo a otros muchos miserables de aquella especie. Debió la tierra con estos ejemplares quedar tan pacífica y sumisa, que Balboa dejó en ella los enfermos que traía, despidió los guías que le dió Ponca, y tomando allí otros nuevos siguió su camino hacia las cumbres.

La lengua de tierra que divide las dos Américas no tiene en su mayor anchura arriba de diez y ocho leguas,

y en algunos parajes se estrecha hasta solas siete. Y aunque desde el puerto de Cáreta hasta el punto a que se dirigían los españoles no haya a lo sumo mas que seis días de viaje, ellos gastaron veinte, y no es de extrañar que así fuese. La gran cordillera de sierras que atraviesa de Norte a Sur todo el continente nuevo, y le sirve como de reparo contra los embates del Océano Pacífico, atraviesa también el istmo del Darién, o mas bien le compone ella sola con las fragosas cimas que han podido salvarse del naufragio de las tierras adyacentes. Tenían, pues, los descubridores que abrirse camino por medio de dificultades y peligros, que sólo aquellos hombres de hierro podían arrostrar y vencer. Aquí tenían que penetrar por bosques espesos y enmarañados; allá, atravesar pantanos fatigosos, donde cargas y hombres miserablemente se hundían; ahora se les presentaba una agria cuesta que subir; luego, un precipicio profundo y tajado que bajar, y a cada paso ríos rápidos y profundos, sólo practicables en balsas mezquinas o en puentes trémulos y endebles; de cuando en cuando la oposición y resistencia de los salvajes, siempre vencidos, pero siempre temibles, y, sobre todo, la falta de provisiones, que, agregada al cansancio y al cuidado, abatía y enfermaba los cuerpos y desalentaba los ánimos.

En fin, los cuarecuanos que iban guiando muestran de lejos la altura desde donde el deseado mar se descubría. Balboa al instante manda hacer alto al escuadrón, y él se adelanta solo a la cima de la montaña (25 de septiembre de 1513). Llegado a ella, lleva ansioso la vista al Mediodía; el mar Austral se presenta

a sus ojos, y sobrecogido de gozo y maravilla, cae de rodillas en la tierra, tiende los brazos al mar, y arrasados de lágrimas los ojos, da gracias al Cielo por haberle destinado a aquel insigne descubrimiento. Hizo luego señal a sus compañeros para que subiesen, y mostrándoles el magnífico espectáculo que tenían delante, vuelve a arrodillarse y a agradecer fervorosamente el beneficio. Lo mismo hicieron ellos, mientras que los indios, atónitos, no sabían a qué atribuir aquellas demostraciones de admiración y de alegría. Aníbal en la cima de los Alpes, enseñando a sus soldados los campos deliciosos de Italia, no pareció, según la ingenuosa comparación de un escritor contemporáneo (1), ni más exaltado ni más arrogante que el caudillo español, puesto ya en pie, recobrando el uso de la palabra, que el gozo le tenía embargada, y hablando así a sus castellanos: «Allí veis, amigos, el objeto de vuestros deseos y el premio de tantas fatigas. Ya tenéis delante el mar que se nos anunció, y sin duda en él se encierran las riquezas inmensas que se nos prometieron. Vosotros sois los primeros que habéis visto esas playas y esas ondas; vuestros son sus tesoros, vuestra sola es la gloria de reducir esas inmensas e ignoradas regiones al dominio de vuestro rey y a la luz de la religión verdadera. Sedme, pues, fieles como hasta aquí, y yo os prometo que nadie en el mundo os iguale en gloria ni en riquezas.» Todos alegres le abrazaron, y todos prometieron seguirle hasta donde quisiese lle-

(1) *Hannibale Italiam et Alpina promontoria militibus ostendente ferunt* —(Pedro Mártir, década 3.ª, lib. 1.º).

varlos. Cortan luego un árbol grande, y despojándole de sus ramos, forman de él una cruz, que fijaron en un túmulo de piedras sobre el mismo sitio en que se descubría el mar. Los nombres de los reyes de Castilla fueron grabados en los troncos de los árboles, y en medio de aplausos y gritería alborozada descienden de la sierra y se encaminan a la playa.

Llegaron a unos bohíos que cerca se descubrían, población de un cacique llamado Chiapes, el cual intentó defender el paso con las armas. El ruido de las escopetas y la ferocidad de los lebreles dispersaron en un punto aquella tropa, quedándose mucho cautivo. De éstos y de los guías cuarecuanos se enviaron algunos que ofreciesen a Chiapes paz y amistad segura si venía, o exterminio y ruina de pueblo y sembrados. Persuadido de ello, vino el cacique y se puso en manos de Balboa, que le recibió con mucho agasajo. Trajo oro, presentó oro, y recibió en cambio vidrios y cascabeles, con lo cual amansado y contento, no pensaba mas que en agasajar y regalar a los extranjeros. Allí despidió Vasco Núñez a los cuarecuanos, y dió orden para que los enfermos que se habían quedado en aquella tierra viniesen a encontrarle. Entre tanto envió a Francisco Pizarro, a Juan de Ezcaray y a Alonso Martín a descubrir por la comarca y a buscar los caminos más breves para llegar al mar. El último fué quien llegó antes a la playa, y entrándose en unas canoas que acaso estaban allí en seco, dejó subir la marea, flotó así un poco sobre las ondas, y con la satisfacción de haber sido el primer español que había entrado en el mar del Sur, se volvió para Balboa.

Bajó, en fin, éste con veintiséis hombres al mar, y llegó a la ribera al empezar la tarde del día 29 de aquel mes. Sentáronse todos en la playa a esperar que el agua creciese, por estar a la sazón en menguante; y cuando las ondas volvieron con ímpetu a cobrar tierra y llegaron adonde estaban, entonces Balboa, armado de todas armas, llevando en una mano la espada y en la otra una bandera en que estaba pintada la imagen de la Virgen con las armas de Castilla a los pies, adelantóse y empezó a marchar por medio de las ondas, que le llegaban a la rodilla, diciendo en altas voces: «Vivan los altos y poderosos Reyes de Castilla: yo en su nombre tomo posesión de estos mares y regiones; y si algún otro príncipe, sea cristiano, sea infiel, pretende a ellos algún derecho, yo estoy pronto y dispuesto a contradecirle y defenderlos.» Respondieron los concurrentes con aclamaciones al juramento de su capitán, y se votaron a la muerte para defender aquella adquisición contra todos los reyes y príncipes del mundo. Extendióse el acto por el escribano de la expedición, Andrés de Valderrábano (1); el ancón en que se solemnizó se llamó *golfo de San Miguel*, por ser aquél su día; y probando el agua del mar, derribando y cortando árboles, y grabando en otros la señal de la cruz, se creyeron dueños efectivos de aquellas regiones con estos actos de posesión, y se retrajeron al pueblo de Chiapes.

Volvió después Balboa su atención a reconocer el país comarcano y a ponerse de inteligencia con los

(1) Véase el apéndice.

caciques que le señoreaban. Pasó en canoas un río grande que por allí desagua, y se dirigió a las tierras de un indio que llamaban Cuquera. Quiso éste resistirse; pero escarmentado con el daño que recibió en el primer encuentro, aunque de pronto huyó, se redujo al fin a venir a pedir amistad y paz al capitán español, persuadido de algunos chiapeses que Balboa le envió al intento. Trajo consigo algún oro; pero lo que llamó más la atención de los españoles fué una considerable porción de perlas, de que también les hizo presente. Preguntado dónde se cogían, dijo que en una de las islas que se veían sembradas por el golfo, y la señaló con la mano. Quiso Vasco Núñez conocerla al momento y mandó preparar las canoas para la travesía. Pero los indios, más expertos que él en la condición de aquellos mares, empezaron a disuadirle de aquel intento, aconsejándole que lo dejase para estación más benigna. Estaban a fines de octubre, y la Naturaleza entonces se presentaba en aquel país con el aspecto más fiero y espantoso. El furor de los vientos embravecidos y de las tempestades asordaba la esfera y echaba por el suelo los bohíos; los ríos, crecidos con las lluvias y salidos de madre, arrastraban consigo peñascos y arboledas, y el mar, tempestuoso, bramando horriblemente entre las isletas, peñascos y arrecifes de que el golfo está lleno, quebraba sus ondas en ellos y amenazaba con naufragio y muerte inevitable a los atrevidos que se aventurasen a navegarle.

Pero el ánimo intrépido de Balboa desconocía los peligros, y su impaciencia no le permitía dilación. Con sesenta castellanos tan arrojados como él se lanzó

en el mar en unas canoas, donde también se embarcó Chiapes, que no quiso desampararle. Mas apenas había entrado en el golfo cuando, embravecida la mar, les hizo arrepentirse de su arrojo temerario. Acogiéronse a una isleta, saltaron en tierra, y dejaron, por consejo de los indios, ligadas las canoas unas con otras. Creció el mar, cubrió la isla, y pasaron la noche con el agua hasta la cintura. Al amanecer se encontraron las barcas hechas pedazos unas, abiertas otras, y llenas de agua y arena, sin comestibles ni equipaje alguno de los que dejaron en ellas. Calafatearon como pudieron las canoas, hendidas con hierbas y cortezas de árboles machacadas, y así volvieron a tierra hambrientos y desnudos.

El rincón del golfo en que arribaron estaba dominado por Tumaco, un cacique que también quiso resistirse como los otros y tuvo el mismo desengaño. Huyó, y en su fuga le alcanzaron los chiapeses que le envió Balboa para persuadirle que se viniese de paz a él y le manifestasen cuán amigo era de sus amigos y cuán terrible a los que se le resistían. No quiso Tumaco fiar su persona a las promesas de sus emisarios y envió a un hijo suyo, que, agasajado y regalado por Vasco Núñez con una camisa y otras bagatelas de Castilla, fué restituído a su padre. Entonces él blandeó y se vino para los españoles; y o fuese movido de su buen trato, o porque se lo aconsejó Chiapes, envió luego un criado suyo a su bohío, y de él trajeron en don a los castellanos hasta seiscientos pesos en diferentes joyas de oro y doscientas cuarenta perlas gruesas, con otro gran número de menudas. Dilatóse

el ánimo de los codiciosos aventureros con aquel tesoro, y ya les pareció que se acercaba el cumplimiento de las esperanzas que el hijo de Comogre les había dado. Sólo les dolía que el oriente de las perlas, por haber sido sac das al fuego, no fuese más puro. Pero esto tenía remedio, y el cacique fué tan bien tratado por aquella generosidad, que envió a sus indios a pescar más, y en pocos días trajeron hasta doce marcos de ellas.

Allí fué donde vieron adornadas las cabezas de los remos de las canoas con perlas y aljófar engastados en la madera, de que se maravillaron mucho, y a petición de Balboa se extendió por testimonio, sin duda para que así se diese crédito a lo que pensaba escribir de la opulencia del país al Gobierno de España, no menos necesitado y codicioso de oro que los descubridores. Mas todo era nada, según Tumaco y Chiapes le dijeron, respecto de la abundancia y grosor de las perlas que se criaban en una isla que se divisaba a lo lejos en el golfo como a cinco leguas de distancia. Los indios le daban el nombre de Tre o de Terarequi, y los castellanos la llamaron Isla Rica. Bien quisiera Balboa ir a reconocerla y subyugarla; pero el miedo de otro temporal como el pasado le contuvo, y dejó la empresa para otra estación. Despidióse, pues, de Tumaco, el cual, señalándole hacia el Oriente, le dijo que toda aquella costa corría delante y sin fin, que era tierra muy rica, y que sus naturales usaban de ciertas bestias en que ponían y conducían sus cargas. Para darse a entender mejor hizo en la tierra una figura grosera de aquellos animales; los castellanos, admirados, decían que eran dantas; otros, que ciervos, y lo que el indio quiso figurar era el llama, tan común en el Perú.

Hechos en aquella costa los actos de posesión que en la otra, y puesto a la tierra de Tumaco el nombre de provincia de San Lucas, por el día que en ella entraron, Balboa trató de volverse al Darién y se despidió de los dos caciques. Dícese que Chiapes lloró al tiempo de separarse de él; y en prueba de su confianza Vasco Núñez le dejó los castellanos enfermos que tenía en su tropa, encargándole mucho que los cuidase hasta que se restableciesen y pudiesen seguirle. Con el resto y muchos indios de carga se puso en camino por diferente rumbo que el que había traído, para descubrir más tierra. La primera población que encontraron fué la de Techoán, que Oviedo llama Thevaca, el cual les agasajó mucho, les dió gran cantidad de oro y perlas, provisiones en abundancia, los indios necesarios para la carga, y a su hijo mismo para que gobernase aquella gente y sirviese de guía. Llevólos él a la tierra de un enemigo suyo llamado Poncra, señor poderoso y, según los nuevos aliados, tirano insufrible de toda la comarca. Poncra huyó con su gente a los montes; pero tres mil pesos de oro hallados en su pueblo eran cebo bastante para empeñarse en hacerle venir y declarar de dónde sacaba aquella riqueza. Vencido al fin de amenazas y de miedo, se puso por su mal en manos de sus enemigos, que no perdieron momento hasta completar su ruina. Preguntáronle de dónde sacaba el oro que tenía; dijo que sus abuelos se lo habían dejado, y que él no sabía

más. Diéronle tormento; mantúvose en su silencio. y al fin fué echado a los perros con tres indios principales que quisieron seguir su triste fortuna. Dícese que era disforme de miembros. feísimo de cara, sanguinario en sus acci nes, inmundo en sus costumbres. La culpa de su muerte es más de los indios que de los castellanos; pero éstos, al fin, no eran los jueces de Poncra.

Entre tanto, los españoles que habían quedado con Chiapes, restablecidos ya de sus fatigas, se volvieron a su capitán. Pasaron por la tierra del cacique Bonouvamá, quien, no contento con regalarlos y hacerlos descansar dos días en su pueblo, los quiso acompañar y ver a Vasco Núñez. Llegado a su presencia, «aquí tienes—le dijo—, hombre valiente, salvos y sanos a tus compañeros del mismo modo que en mi casa entraron. El que nos da los frutos de la tierra y hace los relámpagos y los truenos te conserve a ti y a ellos». Miraba, esto diciendo, al cielo, y dijo otras muchas palabras que no se entendieron bien, aunque parecían ser de amor. Agasajóle mucho Balboa, asentó con él perfecta alianza y amistad, y después de haber descansado treinta días en aquel paraje, prosiguió su camino.

Ibase haciendo cada vez más penoso y difícil, porque marchaban por tierras estériles y fragosas o por pantanos en que se sumían hasta la rodilla. El país estaba casi enteramente despoblado, y si tal vez hallaban alguna tribu, era tan pobre, que con nada podía socorrerlos. Tal era, en fin, el trabajo y tal la estrechez, que algunos indios teochaneses murieron de necesidad

en el camino. Yendo así despeados y desfallecidos, divisaron un día en un cerro a unos indios que les hacían señales de que aguardasen. Hicieron alto los españoles, y ellos llegaron delante de Balboa y le dijeron que su señor Chioriso los enviaba a saludarle en su nombre y a manifestar el deseo que tenía de mostrar su amor a hombres tan valientes. Convidáronle a que se llegase al pueblo de su cacique y le ayudase a castigar a un enemigo poderoso que tenía, el cual poseía mucho oro, del que podría apoderarse. Y para obligarle más le presentaron de parte de Chioriso diferentes piezas de oro, que pesarían hasta mil cuatrocientos pesos. Recibió Balboa con mucho gusto el mensaje; dió a los indios cuentas, cascabeles y camisas, y les prometió que a otro viaje iría a saludar a Chioriso. Partieron ellos contentísimos con su regalo, mientras que los españoles, cargados de oro y faltos de sustento, proseguían melancólicamente su viaje, maldiciendo las riquezas que los agobiaban y no los mantenían.

Entraron luego en el dominio del cacique Pocorosa, con quien hicieron amistad, y después se dirigieron al de Tubanamá, régulo poderoso, temido en toda aquella comarca y enemigo de la tribu de Comogre. Este indio estaba de guerra y era preciso subyugarle; mas la gente de Balboa, consumida y fatigada con el viaje, no estaba a propósito para el trance de una batalla, y él prefirió la sorpresa al ataque descubierto. Eligió, pues, sesenta hombres, los más bien dispuestos; hizo dos jornadas en un día, y sin ser sentido de nadie, dió de noche sobre Tubanamá y le prendió con toda su

familia, en la cual había hasta ochenta mujeres. A la fama de su prisión acudieron los caciques convecinos a dar quejas contra él y pedir su castigo, como se había hecho con Poncra. Respondía él que mentían, y que por envidia de su poder y de su fortuna le acusaban. Y viéndose amenazado de ser echado a los perros o atado de pies y manos en un río que cerca de allí corría, empezó a llorar dolorosamente, y llegándose acongojado a Balboa y señalando a su espada, «¿quién —dijo—, contra esta macana, que de un golpe hiende a un hombre, pensará prevalecer, a menos de estar falto de seso? ¿Quién no amará más presto que aborrecerá a tal gente? No me mates, yo te lo ruego, y te traeré cuanto oro tengo y cuanto pueda adquirir». Estas y otras razones dijo en tono tan lastimero, que Balboa, que nunca tuvo propósito de quitarle la vida, le mandó poner libre. Tubanamá en retorno dió hasta seis mil pesos de oro; y siendo preguntado de dónde le sacaba, dijo que no lo sabía. Sospechóse que hablaba de este modo para que los extranjeros dejasen el país; por lo cual Balboa mandó que se hiciese catas y pruebas en algunos parajes, donde se encontró tal cual muestra de aquel metal. Hecho esto, salió del distrito de Tubanamá, llevándose todas sus mujeres y también un hijo del cacique para que aprendiese la lengua española y pudiese servir de intérprete a su tiempo.

Era ya pasada la Pascua; la gente estaba cansada y enferma, y él mismo aquejado de unas calenturas. Resolvió, pues, apresurar su vuelta, y llevado en una hamaca sobre hombros de indios llegó a Comogre, cuyo cacique viejo había muerto, sucediéndole en el

señorío su hijo mayor. Fueron allí recibidos los españoles con el agasajo y amistad acostumbrada; dieron y recibieron presentes, y después de haber reposado algunos días, Balboa se encaminó al Darién por la tierra de Ponca, donde encontró cuatro castellanos que venían a avisarle de haber llegado a aquel puerto dos navíos de Santo Domingo con muchas provisiones. Esta alegre nueva le hizo apresurar más su camino, y con veinte soldados se adelantó al puerto de Cáreta. Allí se embarcó, y navegó hacia el Darién, donde llegó por fin el día 19 de enero de 1514, cuatro meses y medio después de haber salido (1514).

Todo el pueblo salió a recibirle. Los aplausos, los vivas, las demostraciones más exaltadas de la gratitud y de la admiración le siguieron desde el puerto hasta su casa, y todo parecía poco para honrarle. Domador de los montes, pacificador del istmo y descubridor del mar Austral, trayendo consigo más de cuarenta mil pesos en oro, un sinnúmero de ropas de algodón y ochocientos indios de servicio; poseedor, en fin, de todos los secretos de la tierra y lleno de esperanzas para lo futuro, era considerado por los colonos del Darién como un ser privilegiado del cielo y la fortuna, y dándose el parabién de tenerle por caudillo, se creían invencibles y felices en su dirección y gobierno. Comparaban la constante prosperidad que había disfrutado la colonia, la perspectiva espléndida que tenía delante, el acierto y felicidad de sus expediciones, con los infelices sucesos de Ojeda, de Nicuesa, y hasta del mismo Colón, que no había podido asentar el pie con firmeza en el continente americano. Y esta gloria

se hacía mayor cuando ponían la consideración en las virtudes y talentos con que la había conseguido. Este ponderaba su audacia; aquél, su constancia; el uno, su prontitud y diligencia; el otro, la invencible entereza de ánimo con que jamás desmayaba y abatía; quién, la habilidad y destreza con que sabía conciliarse los ánimos de los salvajes, templando la severidad con el agasajo; quién, en fin, su penetración y prudencia para averiguar de ellos los secretos del país y preparar nuevas fuentes de prosperidad y riqueza para la colonia y para la metrópoli. Sobresalía entre estos elogios el que hacían de su cuidado y de su afecto por sus compañeros, con quienes procedía en todo lo que no era disciplina militar más como igual que como caudillo. Visitaba uno por uno a los dolientes y heridos; consolábalos como hermano; si alguno se le cansaba o desfallecía en el camino, en vez de desampararlo, él mismo iba a él, le auxiliaba y le animaba. Viósele muchas veces salir con su ballesta a buscar alguna caza con que apagar el hambre de quien por ella no podía seguir a los otros; él mismo se la llevaba y esforzaba; y con este agasajo y este cuidado tenía ganados los ánimos de tal modo, que le hubieran seguido contentos y seguros adondequiera que les quisiera llevar. Duraba muchos años después la memoria de estas excelentes calidades, y el cronista Oviedo, que seguramente no es pródigo de alabanzas con los conquistadores de Tierra Firme, escribía en 1548 que, en conciliarse el amor del soldado con esta especie de oficios, ningún capitán de Indias lo había hecho hasta entonces mejor ni aun tan bien como Vasco Núñez.

Recogidos ya a la colonia los compañeros de la expedición, se repartió el despojo habido en ella, habiéndose antes separado el quinto que pertenecía al rey. El reparto se hizo con la equidad más escrupulosa entre los que habían sido del viaje y los que habían quedado en la villa. Después, Balboa determinó enviar a España a Pedro de Arbolancha, grande amigo suyo y compañero en la expedición, a dar cuenta de ella y llevar al rey un presente de las perlas más finas y más gruesas del despojo, a nombre suyo y de los demás colonos (marzo de 1514). Partió Arbolancha, y Vasco Núñez se dió a cuidar de la conservación y prosperidad del establecimiento, fomentando las sementeras para evitar las hambres pasadas y excusarse de asolar la tierra. Ya no sólo se cogía en abundancia el maíz y demás frutos del país, sino que se daban también las semillas de Europa, traídas por aventureros que de todas partes acudían a la fama de la riqueza del Darién. Envió a Andrés Garabito a descubrir diferente camino para la mar del Sur, y a Diego Hurtado a reprimir las correrías de los caciques que se habían alzado. Cumplieron uno y otro felizmente sus comisiones, y se volvieron a la Antigua, dejando las provincias refrenadas. Todo, pues, sucedía prósperamente a la sazón en el istmo (1). Los contornos estaban pacíficos y tranquilos, la co-

(1) Balboa, según Herrera, hizo en este tiempo una expedición a las bocas del río, en la cual, a pesar de llevar consigo trescientos hombres, fué maltratado y herido por los indios barbacoas y obligado a volverse sin fruto alguno al Darién. Ni en Anglería, ni en Oviedo, ni en Gamara hay mención alguna de esta jornada; y, por otra parte, el número de españoles, la capacidad del capitán y la flaqueza de los ene-

lonia progresaba, y los ánimos, engreídos con la fortuna y bienes adquiridos, se volvían impacientes y ambiciosos a las riquezas que les prometían las costas del mar nuevamente descubierto.

Pero estas grandes esperanzas iban a desvanecerse por entonces. Enciso había llenado la Corte de Castilla de quejas contra Balboa; y el miserable fin de Nicuesa excitó tanta compasión, que el Rey Católico no quiso dar oídos a Zamudio, que le disculpaba, mandó prenderle, y así se hiciera si él no se hubiese escondido. A Vasco Núñez se le condenó en los daños y perjuicios causados a Enciso, se mandó que se le formase causa y se le oyese criminalmente para imponerle la pena a que hubiese lugar por sus delitos. A fin de cortar de una vez los disturbios del Darién, determinó el Gobierno enviar un jefe que ejerciese la autoridad con otra solemnidad y respeto que hasta entonces, y fué nombrado para ello Pedrarias Dávila, un caballero de Segovia a quien por su gracia y destreza en los juegos caballerescos del tiempo se le llamaba en su juventud el Galán y el Justador. A poco de esta elección llegaron Caicedo y Colmenares, como diputados de la colonia, que trajeron muestras de las riquezas del país y las grandes esperanzas concebidas con las noticias que dieron los indios de Comogre. Caicedo murió muy luego, hinchado, dice Oviedo, «y tan amarillo como aquel oro que vino

migos hacen improbable su resultado. A no ser Herrera tan exacto y puntual, podría creerse que esta expedición estaba confundida en sus *Décadas* con otra que hizo Vasco Núñez más adelante en los mismos parajes y con el mismo mal éxito, ya cuando Pedrarias mandaba en la colonia.

a buscar». Pero la relación que hicieron él y su compañero de la utilidad del establecimiento fué tal, que creció en el rey la estimación de la empresa y acordó enviar una armada mucho mayor que la que pensó al principio. Y como los aventureros que iban a la América no soñaban sino oro y era oro lo que buscaban allí, oro lo que quitaban a los indios, oro lo que éstos les daban para contentarlos, oro lo que sonaba en sus cartas para hacerse valer en la Corte y oro lo que en la Corte se hablaba y codiciaba, el Darién, que tan rico parecía de aquel ansiado metal, perdió su primer nombre de Nueva Andalucía y se le dió en la conversación y hasta en los despachos el de Castilla del Oro.

Era entonces la época en que el rey Fernando mandó deshacer la armada aprestada para llevar al Gran Capitán a Italia a reparar el desastre de Rávena. Muchos de los nobles que a la fama de este célebre caudillo habían empeñado sus haberes para seguirle a coger lauros en Italia volaron a alistarse en la expedición de Pedrarias, creyendo reparar así aquel desaire de la fortuna y adquirir en su compañía tanta gloria como riquezas. La vulgar opinión de que en el Darién se cogía el oro con redes había excitado en todos la codicia y alejado de sus ánimos todo consejo de seso y de cordura. Fijóse el número de gente que había de llevar el nuevo gobernador en mil doscientos hombres. Pero aunque tuvo que despedir a muchos por no ser posible llevarlos, todavía llegaron a dos mil los que desembarcaron; jóvenes los más, de buenas casas, bien dispuestos y lucidos,

y todos deseosos de hacerse ricos en poco tiempo y volver a su país acrecentados en bienes y en honores.

Gastó Fernando en aquella armada más de cincuenta y cuatro mil ducados; suma enorme para aquel tiempo y que manifiesta el interés e importancia que se daban a la empresa. Componíase de quince navíos bien provistos de armas, municiones y vituallas, e iban de alcalde mayor un joven que acababa de salir de las escuelas de Salamanca, llamado el licenciado Gaspar de Espinosa; de tesorero, Alonso de la Puente; de veedor, Gonzalo Fernández de Oviedo, el cronista; de alguacil mayor, el bachiller Enciso, y otros diferentes empleados para el gobierno del establecimiento y mejor administración de la hacienda real. Dióse título de ciudad a la villa de Santa María del Antigua, con otras gracias y prerrogativas que demostrasen el aprecio y la consideración del monarca a aquellos pobladores; y en fin, para arreglo y servicio del culto divino fué consagrado obispo del Darién fray Juan de Quevedo, un religioso franciscano predicador del rey, y se le envió acompañado de los sacerdotes y demás que pareció necesario al desempeño de su ministerio. A Pedrarias se le dió una larga instrucción para su gobierno; se le mandó que nada providenciase sin el consejo del obispo y los oficiales generales: que tratase bien a los indios; que no les hiciese guerra sin ser provocado; y se le encomendó mucho aquel famoso requerimiento dispuesto anteriormente para la expedición de Alonso de Ojeda, de que se hablará más adelante en la vida de fray Bartolomé de las Casas, donde es su lugar más oportuno.

Salieron de San úcar en 11 de abril de 1514, tocaron en la Dominica y arribaron a Santa María. Tuvo allí Pedrarias algunos encuentros con aquellos indios feroces, saqueó sus pueblos, y sin hacer ningún establecimiento, como se le había prevenido, bajó al fin al golfo de Urabá y surgió delante del Darién en 29 de junio del mismo año. Envió al instante un criado suyo a avisar a Balboa de su arribo. El emisario creía que el gobernador de Castilla del Oro debería estar en un trono resplandeciente dando leyes a un enjambre de esclavos. ¿Cuál, pues, sería su admiración al encontrarle dirigiendo a unos indios que le cubrían la casa de paja, vestido de una camiseta de algodón sobre la de lienzo, con zaragüelles en los muslos y alpargatas a los pies? En aquel traje, sin embargo, recibió con dignidad el mensaje de Pedrarias, y respondió que se holgaba de su llegada y que estaban prontos él y todos los del Darién a recibirle y servirle. Corrió por el pueblo la noticia, y según el miedo o las esperanzas de cada uno, empezaron a agitarse y hablar de ella. Tratóse el modo con que recibirían al nuevo gobernador: algunos decían que armados como hombres de guerra; pero Vasco Núñez prefirió el que menos sospecha pudiese dar, y salieron en cuerpo de concejo y desarmados.

A pesar de esto, Pedrarias, dudoso aún de su intención, luego que saltó en tierra ordenó su gente para no ir desapercibido. Llevaba de la mano a su mujer doña Isabel de Bobadilla, prima hermana de la marquesa de Moya, favorita que había sido de la Reina Católica, y le seguían los dos mil hombres a punto de

guerra. Encontróse a poco de haber desembarcado con Balboa y los pobladores, que le recibieron con gran reverencia y respeto y le prestaron la obediencia que le debían. Los recién venidos se alojaron en las casas de los colonos, los cuales los proveían del pan, raíces, frutas y aguas del país, y la armada a su vez les proporcionaba los bastimentos que había llevado de España. Pero esta exterior armonía duró poco tiempo, y las discordias, los infortunios y los sinsabores se sucedieron y amontonaron con la rapidez consiguiente a los elementos opuestos de que el establecimiento se componía.

Al día siguiente de haber llegado, llamó Pedrarias a Vasco Núñez y le dijo el aprecio que se hacía en la Corte de sus buenos servicios y el encargo que llevaba del rey de tratarle según su mérito, de honrarle y favorecerle, y le mandó que le diese una información exacta del estado de la tierra y disposición de los indios. Contestó Balboa agradeciendo la merced que se le hacía, y prometió decir con verdad y sinceridad cuanto supiese. A los dos días presentó su informe por escrito, comprendiendo en él todo lo que había hecho en el tiempo de su gobernación: los ríos, quebradas y montes donde había hallado oro; los caciques que había hecho de paz en aquellos tres años, y eran más de veinte; su viaje de mar a mar; el descubrimiento del Océano Austral y de la Isla Rica de las Perlas. Publicóse en seguida su residencia, y se la tomó el alcalde Espinosa. Pero el gobernador, no fiándose de su capacidad, por ser tan joven, comenzó por su parte con un gran interrogatorio

a hacer pesquisa secreta contra él. Ofendióse de ello Espinosa, y ofendióse más Vasco Núñez, que vió en aquel pérfido y enconado procedimiento la persecución que Pedrarias le preparaba. Hubo, pues, de mirar por sí, y resolvió oponer a la autoridad del gobernador, que le era adverso, otra autoridad igual que le favoreciese y amparase.

Para este fin acudió al obispo Quevedo, con quien Pedrarias, según la instrucción que se le había dado, tenía que consultar sus providencias. Rindióle toda clase de respetos y se ofreció a toda clase de servicios en su obsequio. Dióle parte en sus labores, en sus rescates, en sus esclavos; y el prelado, por una parte llevado del espíritu de granjería que dominaba generalmente a todos los españoles que pasaban a Indias, y por otra conociendo que ninguno de los del Darién igualaba en capacidad y en inteligencia a Vasco Núñez, pensaba hacerse rico con su industria, y todos sus negocios de utilidad se los daba a manejar. Hizo más, que fué poner de parte de Balboa a doña Isabel de Bobadilla, a quien el descubridor no cesaba de agasajar y regalar con toda la urbanidad y atenciones de un fino cortesano.

Así es que el obispo le exaltaba sin cesar, encarecía sus servicios y decía públicamente que era acreedor a grandes mercedes. Pesaban a Pedrarias estas alabanzas y se ofendía quizá de que mereciese esta consideración un hombre nuevo, nacido del polvo, y que en Castilla apenas habría osado levantar sus deseos a pretender ser su criado. La residencia entre tanto proseguía: el alcalde mayor, ofendido de la descon-

fianza del gobernador, miró con ojos de equidad o de indulgencia los cargos criminales que se hacían a Balboa, y le dió por libre de ellos; pero le condenó a la satisfacción de daños y perjuicios causados a particulares, según las quejas que se presentaron contra él. Llevóse esto con tal rigor que, poseyendo a la llegada de Pedrarias más de diez mil pesos, de resultas de la residencia se vió reducido casi a la mendicidad. Mas no satisfecho el gobernador con este abatimiento, todavía quería enviarle a España cargado de grillos para que el rey le castigase según su justicia por la pérdida de Nicuesa y otras culpas que en la pesquisa secreta se le imputaban a él solo. Eran de esta opinión los oficiales reales, que en el Darién, como en las demás partes de América, fueron siempre enemigos de los capitanes y descubridores. Pero el obispo, que yéndosele Balboa creía que se le iba la fortuna, hizo ver a Pedrarias que enviarle así a Castilla era enviarle al galardón y al triunfo; que la relación de sus servicios y de sus hazañas hecha por él mismo y auxiliada de su presencia necesariamente se atraería el favor de la Corte; que volvería honrado y gratificado más que nunca y con la gobernación de la parte de Tierra Firme que él quisiese escoger, la cual, atendida la práctica y conocimiento que tenía del país, sería la más abundante y rica. Por lo mismo, lo que convenía a Pedrarias era tenerle necesitado y envuelto en contestaciones y pleitos, y entretenerle con palabras y demostraciones exteriores, mientras que el tiempo aconsejaba lo que debía hacerse con él. El obispo tenía razón; pero el mayor

enemigo de Balboa no hubiera pensado en un modo más exquisito de perjudicarle que el que buscó su interesado protector para detenerle en el Darién. Persuadióse Pedrarias, se restituyeron a Vasco Núñez los bienes que tenía embargados y se le empezó a dar por medio del obispo alguna parte en los negocios del gobierno. Aún se creyó que volviese a tomar la autoridad principal, porque Pedrarias, habiendo adolecido gravemente a poco de haber llegado, se salió del pueblo a respirar mejor aire y dejó poder al obispo y oficiales para que gobernasen a su nombre. Sanó, empero, y la primera cosa que hizo fué enviar a diferentes capitanes a hacer entradas en la tierra, y dió particular comisión a Juan de Ayora, su segundo, para que con cuatrocientos hombres saliese hacia el mar del Sur y poblase en los sitios que le pareciese conveniente. Díjose entonces que era con el objeto de oponerse a cualquiera gracia que la Corte hiciese a Vasco Núñez en premio de su descubrimiento, pretextando que la tierra estaba ya poblada por Pedrarias y que Balboa no había hecho otra cosa que verla materialmente y maltratar a los indios que encontró en ella.

Mas aun cuando no hubiera este motivo, la necesidad de desahogar la colonia prescribía imperiosamente esta medida. Empezaban ya a escasear los alimentos que había llevado la flota. Un bohío grande que habían hecho junto al mar para almacenarlos había sufrido un incendio, y en él había perecido una gran parte; otra se había consumido, y el resto estaba para concluir. Adelgazáronse las raciones, y

la falta de alimentos, la diversidad de clima y la angustia del ánimo empezaron a ejercer su influjo en los nuevos colonos. Preguntaban ellos cuando llegaron por el paraje en que se cogía el oro con redes, y los del Darién les respondían que las redes para coger el oro eran la fatiga, los trabajos y los peligros: así habían hallado ellos el que tenían; así los otros tendrían que procurarse el que codiciaban. Vinieron tras esto las enfermedades, la ración del rey se acabó, creció la calamidad, y los que habían dejado en Castilla sus posesiones y sus regalos por correr tras la opulencia indiana, andaban por las calles del Darién pidiendo miserablemente limosna, sin hallar quien se la quisiese dar. Vendían unos sus ricas preseas y vestidos por pedazos de pan de maíz o galleta de Castilla; hacíanse otros leñadores, y vendiendo por algún poco de pan las cargas que traían, sustentaban algún tanto la vida; pacían otros a fuer de bestias las hierbas de los campos, y hubo, en fin, caballero que salió a la calle clamando que se moría de hambre, y a vista de todo el pueblo rindió el alma desfallecido. Morían cada día tantos, que no podía guardarse ni orden ni ceremonial alguno en los entierros, y se hicieron zanjas para arrojarlos allí como en tiempo de contagio. Menos necesidad había entre los primeros pobladores; pero se advirtió en ellos una dureza en socorrer a los afligidos, que manifestó bien el poco gusto que habían tenido en su venida. Murieron, en fin, hasta setecientas personas en el término de un mes, y huyendo del azote, muchos de los principales desampararon la tierra con licencia del gobe-

nador y se volvieron a Castilla o se refugiaron a las islas.

Salieron, pues, los capitanes de Pedrarias a reconocer la tierra y a poblar: Luis Carrillo, al río que llaman de los Anades; Juan de Ayora, al mar del Sur; Enciso, al Cenu; otros, en fin, a distintos puntos en diferentes tiempos. No es de mi propósito dar cuenta de sus expediciones ni contar una por una las violencias y vejaciones que cometieron; cómo robaban, saqueaban, cautivaban hombres y mujeres, sin distinción de tribu amiga o enemiga. Los indios, pacíficos y tranquilos con la nueva política y artes de Balboa, volvieron sobre sí a vengar tantas injurias, y en casi todas partes se alzaron, embistieron y ahuyentaron a los españoles, que tuvieron que volverse al Darién, donde, aunque sus excesos se supieron, ninguno, sin embargo, fué castigado. Hasta el mismo Vasco Núñez, que en compañía de Luis Carrillo salió a una expedición a las bocas del río y atacó a los indios barbacoas, participando ya de la mala estrella presente, fué atacado de improviso por aquellos salvajes en el agua, y roto y maltratado en la refriega, de que volvieron mal heridos Carrillo y él al Darién, donde al instante murió el primero. El temor y desaliento que causaban estos continuos descalabros fué tal, que llegó ya a cerrarse en el Darién la casa de la fundición, señal siempre de grande aprieto. Los árboles de las sierras, las hierbas altas de los campos, las oleadas del mar se les figuraban indios que venían a asolar el pueblo. Las disposiciones de Pedrarias, todas desconcertadas, en vez de dar segu

ridad aumentaban el miedo y la confusión; mientras que Balboa, mofándose de ellas, les recordaba los días en que la colonia, bajo su mando, tranquila dentro, respetada fuera, era reina del istmo y daba leyes a veinte naciones.

Malcontento de esta situación Pedrarias, escribió a Castilla haciendo mucho cargo a Vasco Núñez por no haber encontrado en el país las riquezas y comodidades de que hablaba en sus relaciones con tanta jactancia. Los amigos de Balboa, por el contrario, escribieron que todo estaba perdido por el mal gobierno de Pedrarias y las insolencias de sus capitanes; que las Reales órdenes no se ejecutaban; que no se castigaba a nadie; que a la llegada de Pedrarias el pueblo estaba bien ordenado, más de doscientos bohíos hechos y la gente alegre, que cada día de fiesta jugaba cañas; la tierra cultivada, y todos los caminos tan de paz, que un solo castellano podía atravesar de mar a mar seguro de violencias y de insultos. Pero ya en aquel tiempo mucha de la gente española era muerta; la que quedaba, triste y desalentada; la campaña, destruída, y los indios levantados. Todo lo había causado la residencia tomada a Balboa. Hubiéranle dejado descubrir, añadían, y ya se sabría la verdad de los ponderados tesoros de Dabaibe; los indios estarían de paz; la tierra, en abundancia, y los castellanos, contentos. También escribió Vasco Núñez al rey acusando duramente y sin rebozo alguno por los males de la colonia al gobernador y sus oficiales. Pudo darle confianza para ello la certeza en que ya se hallaba del favor que le dispensaba la Corte de

resultas del viaje de Pedro de Arbolancha. Hasta la llegada de Caicedo y Colmenares su opinión en Castilla había sido siempre muy baja. Puede verse en las *Décadas* de Anglería el horror y el desprecio con que se le miraba. Espadachín, revoltoso, y aun rebelde, salteador y bandolero, son los dictados con que aquel escritor le mienta siempre (1). Mas después que llegaron aquellos diputados, aun cuando Colmenares no era amigo suyo ni le favorecía en sus relaciones, la pintura, sin embargo, que hicieron del establecimiento y de la conducta del jefe que le dirigía empezó a inclinar los ánimos en favor suyo y a darle consideración y aprecio. Decíase que era un hombre esforzado y necesario, un caudillo inteligente, a cuya prudencia y valor se debía la consolidación de la primera colonia europea en el continente indio; especie de mérito negado a todos los descubridores anteriores y reservado para él solo. El conocía los secretos de la tierra; ¿quién sabe el provecho que podría producir a su patria un hombre de aquel tesón, de aquella pericia y fortuna? A este cambio de opinión pudieron contribuir eficazmente los informes favorables del ya ganado Pasamonte, el cual escribió de Vasco Núñez como del mejor servidor que el rey tenía en Tierra Firme y el que más había trabajado

(1) *Vaschus ille Nunnez, qui magis vi quam suffragiis principatum in Darianenses usurpaverat, egregius digladiator.*—(Pedro Mártir, década 2.ª lib. 5.)

Sin duda Enciso y los demás enemigos de Vasco Núñez debían mofarse mucho de su destreza en las armas, porque Anglería, que estaba prevenido por ellos contra él, usa más frecuentemente para designarle de la calificación de *gladiator* que de otra ninguna.

de cuantos allí habían ido. Esto, sin embargo, no fué bastante para variar las disposiciones de la expedición, ya muy adelantada, ni el mando conferido a Pedrarias. Mas cuando después llegó Arbolancha llevando consigo las riquezas, los despojos, las esperanzas brillantes que les habían dado las costas del mar Austral; cuando oyeron que con ciento noventa hombres había hecho aquello para que se habían creído necesarios mil, y que de ésos nunca había obrado sino con sesenta o setenta a la vez; que en cuantos encuentros tuvo no había perdido un soldado; que había pacificado tantos caciques; que sabía tantos secretos; cuando se entendió su porte religioso y moderado, y la reverencia y docilidad con que tributaba a Dios y al rey el reconocimiento y sumisión debidos en todas sus prosperidades y fortuna, la gratitud y admiración se dilataron en alabanzas sin fin, y Anglería mismo decía que aquel Goliat se había convertido en Elíseo, y de un Anteo sacrílego y forajido, en Hércules domador de monstruos y vencedor de tiranos (1). Hasta el anciano rey, embelesado de lo que oía de Arbolancha, y con las perlas en las manos, salió de su genial indiferencia y encargó formalmente a sus ministros que se le hiciese merced a Vasco Núñez, pues tan bien le había servido. Por manera que si Arbolancha llegara antes de que Pedrarias saliera, tal vez Balboa hubiera podido conservar su autoridad en el Darién y los sucesos fueran muy diversos. No lo consintió su estrella, que ya le llevaba a su ruina, y las mercedes del monarca llegaron al Darién a tiempo que, sin ser útiles ni al Estado ni a Vasco Núñez, sólo habían de acibarar los celos y la envidia del viejo y rencoroso gobernador.

(1) *E violento igitur Golia in Heliseum, ex Antheo in Herculem portentorum domitorem, transformatus hic noster Vaschus Balboa fuisse videtur. Mutatus ergo ex temerario in obsequentem, honoribus et beneficentia dignus est habitus.*—(Pedro Mártir, década 3.ª, lib. 3.)

Dióse a Balboa el título de adelantado del mar del Sur y la gobernación y la capitanía general de las provincias de Coiba y Panamá. Mandósele, sin embargo, estar a las órdenes de Pedrarias, y a éste se le encargaba que atendiese y favoreciese las pretensiones y empresas del adelantado, de modo que en el favor que le hiciese conociera lo mucho que el rey apreciaba su persona. Pensaba así la Corte conciliar los respetos que se debían al carácter y autoridad del gobernador con la gratitud y recompensas que se debían a Balboa; pero esto, que era fácil en la Corte, era imposible en el Darién, donde las pasiones lo repugnaban. Llegaron los despachos muy entrado el año de 1515. Pedrarias, que, desconfiado y receloso, solía detener las cartas que iban de Europa, hasta las de los particulares, detuvo los despachos de Balboa, con ánimo de no darles cumplimiento. No era de extrañar que así lo hiciese; las provincias que se le asignaban en ellos eran las que más prometían, así por su riqueza como por el talento del jefe que se les enviaba; mientras que las que quedaban sujetas a la autoridad de Pedrarias eran solamente las contiguas al golfo, y de ellas, las de Oriente indómitas y feroces, pobres y agotadas ya las de Occidente.

No fué, empero, tan secreta la ratería del gobernador que no la llegasen a entender Vasco Núñez y el obispo. Levantaron al instante el grito, y empezaron a quejarse de aquella tiranía, principalmente el prelado, que hasta en el púlpito amenazaba a Pedrarias, y decía que daría cuenta al rey de una vejación tan contraria a su voluntad y servicio. Temió Pedrarias, y llamó a consejo a los oficiales reales, y también al obispo, para determinar lo que había de hacerse en aquel caso. Eran todos de opinión que no debían cumplirse los despachos hasta que el rey, en vista de la residencia de Balboa y del parecer de todos, manifestase su voluntad. Pero las razones que les opuso el obispo fueron tan fuertes y tan severas, cargólos con una responsabilidad tan grande, si por escuchar sus miserables pasiones suspendían el efecto de unas gracias concedidas a servicios eminentes y notorios en los dos mundos, que puso miedo en todos, y más en el gobernador, que resolvió dar curso a los despachos, tal vez porque pensó allí mismo el modo de inutilizarlos. Llamaron, pues, a Vasco Núñez y le dieron sus títulos, exigiendo previamente palabra de que no usaría de su autoridad ni ejercería su gobernación sin licencia y beneplácito de Pedrarias; ofreciólo él así, no sabiendo que en ello pronunciaba su sentencia, y se empezó a llamar públicamente adelantado de la mar del Sur.

Esta nueva y reconocida dignidad no le salvó de un atropellamiento que sufrió poco después. Viéndose pobre y perseguido en el Darién, y acostumbrado como estaba a mandar, quiso buscar camino para salir del pupilaje y dependencia en que allí se le tenía, y antes de esta época había enviado a Cuba a su compañero y amigo Andrés Garabito para que le trajese gente, con la cual por Nombre de Dios proyectaba irse a poblar en la mar del Sur. Volvió Garabito con sesenta hombres y provisión de armas y demás efectos necesarios a la expedición cuando ya se había dado cumplimiento a los despachos y títulos de Balboa. Surgió a seis leguas del Darién y avisó secretamente a su amigo; mas no fué tan secreto que Pedrarias dejase de entenderlo. Furioso de enojo, y tratando aquel procedimiento como criminal rebeldía, hizo prender a Balboa, y quería también encerrarle en una jaula de madera. Esta indignidad, sin embargo, no se puso en ejecución; medió el obispo, concedió el gobernador a sus ruegos la libertad de Balboa y volvieron a ser, en apariencia, amigos.

No se contentó con esto el infatigable protector. Era, como se ha dicho, Pedrarias viejo y de salud muy quebrada; tenía en Castilla dos hijas casaderas, y el obispo emprendió formar entre él y Balboa un lazo que fuese indisoluble. Díjole que en tener obscurecido y ocioso al hombre más capaz de aquella tierra nadie perdía mas que él mismo, puesto que perdía cuantos frutos pudiera producirle la amistad de Balboa. Este, al fin, de un modo o de otro, había de hacer saber al rey la opresión y desaliento en que le tenía, con desdoro suyo y perjuicio del Estado. Valía más hacerle suyo de una vez, casarle con una de sus hijas y ayudarle a seguir la carrera brillante que la suerte, al parecer, le destinaba. Mozo, hijodalgo y ya adelanta-

do, era un partido muy conveniente a su hija, y él podría descansar en su vejez, dejando en las manos robustas de su yerno el cuidado y estrépito de la guerra. Así, los servicios que hiciese Vasco Núñez se reputarían por suyos, y cesarían de una vez aquellas pasiones, aquellas contiendas tristes que tenían dividido en bandos el Darién y entorpecido el progreso de los descubrimientos y conquistas. Lo mismo dijo a doña Isabel de Bobadilla, que, más afecta al descubridor, se dejó persuadir más pronto, y al fin inclinó al gobernador a dar las manos a aquel enlace (1516). Concertáronse, pues, las capitulaciones, el desposorio se celebró por poder, y Balboa fué yerno de Pedrarias y esposo de su hija mayor doña María.

Fuése con esto el obispo a Castilla, creyendo que con aquel concierto dejaba asegurada la fortuna y dignidad de su amigo (1). Pedrarias le llamaba hijo, le empezó a honrar como a tal, y lo escribió así, lleno, al parecer, de gusto y satisfacción, al rey y a sus ministros. Después, para darle ocupación, le envió al puerto de Cáreta, donde a la sazón se estaba fundando la ciudad de Acla, para que acabase de establecerla y desde allí tomase las disposiciones convenientes para los descubrimientos en la mar opuesta. Hízolo así Balboa, y luego que asentó los negocios de Acla,

(1) La llegada del obispo a Castilla no se verificó hasta el 1518; y por cierto que no guardó aquí a su amigo los respetos y consecuencia que le debía. En su disputa con Casas delante del emperador aseguró que el primer gobernador del Darién había sido malo, y el segundo, muy peor.

Véase Herrera, década 2.ª, lib. 4, cap. IV; Argensola, *Anales de Aragón*; Remesal, *Historia de Chiapa*.

empezó a dar todo el calor posible a la construcción de bergantines para la ansiada expedición. Cortó allí la madera necesaria, y ella y las áncoras, la jarcia y clavazón, todo fué llevado a hombros de hombres de mar a mar, atravesando las veintidós leguas de sierras ásperas y fragosas que allí tiene el istmo de camino. Indios, negros y españoles trabajaban, y hasta el mismo Balboa aplicaba a veces sus brazos hercúleos a la fatiga. Con este tesón consiguió al fin ver armados los cuatro bergantines que necesitaba; pero la madera, como recién cortada, se comió al instante de gusanos y no fué de provecho alguno. Armó otros barcos de nuevo, y se los inutilizó una avenida. Volviólos a construir con nuevos auxilios que trajo de Acla y del Darién, y luego que estuvieron a punto de servir se arrojó en ellos al golfo, se dirigió a la isla mayor de las Perlas, donde reunió gran cantidad de provisiones, y navegó algunas leguas al Oriente en demanda de las regiones ricas que los indios le anunciaban. No pasó, empero, del puerto de Piñas; y parte por recelo de aquellos mares desconocidos, parte por deseo de concluir enteramente sus preparativos, se volvió a la isla y dióse todo a activar la construcción de los barcos que le faltaban.

Su situación era entonces la más brillante y lisonjera de su vida: cuatro navíos, trescientos hombres a su mando, suyo el mar, y la senda abierta a los tesoros del Perú. Iba entre la gente un veneciano llamado micer Codro, especie de filósofo, que, venido al Nuevo Mundo con el deseo de escudriñar los secretos naturales de la tierra, y quizá también de hacer for-

tuna, seguía la suerte del adelantado (1). Presumía de astrólogo y de adivino, y había dicho a Balboa que cuando apareciese cierta estrella en tal lugar del cielo corría gran riesgo su persona; pero que si salía de él, sería el señor más rico y el capitán más célebre que hubiese pasado a Indias. Vió acaso Vasco Núñez la estrella anunciadora, y, mofándose de su astrólogo, dijo: «Donoso estaría el hombre que creyese en adivinos, y más en micer Codro.» Si este cuento es cierto, sería una prueba más de que allí donde hay poder, fortuna o esperanza de haberlos, allí va al instante la charlatanería a sacar partido de la vanidad y de la ignorancia humana.

Así se hallaba, cuando de repente llegó una orden de Pedrarias mandándole que viniese a Acla para comunicarle cosas de importancia, necesarias a su expedición. Obedeció al instante sin sospecha de lo que iba a sucederle, ni se movió de su propósito por los avisos que recibió en el camino. Cerca de Acla se encontró con Pizarro, que salía a prenderle, seguido de gente armada. «¿Qué es esto, Francisco Pizarro?—le dijo sorprendido—. No solíades vos antes salir así a recibirme.» No contestó Pizarro; muchos de los vecinos de Acla salieron también a aquella novedad, y el gobernador, mandando que se le custodiase en una casa particular, dió orden al alcalde Espinosa para que le formase causa con todo el rigor de justicia.

¿Qué motivo hubo para este inesperado trastorno?

(1) De este Codro habla Oviedo en el cap. II del lib. 39 de su *Historia general*, y por lo que allí dice de él se ve que le tenía en grande aprecio. El pasaje es curioso, y puede verse en el apéndice número 4.

Lo único que resulta en claro de las diferentes relaciones con que han llegado a nosotros aquellas miserables incidencias es que los enemigos de Balboa avivaron otra vez las sospechas y rencor mal dormido de Pedrarias, haciéndole creer que el adelantado iba a dar la vela para su expedición y apartarse para siempre de su obediencia. Una porción de incidentes que ocurrieron entonces vinieron a dar color a esta acusación. Díjose que Andrés Garabito, aquel grande amigo del adelantado, había tenido unas palabras con él a causa de la india hija de Cáreta, a quien Vasco Núñez tanto amaba; y que, ofendido por este disgusto y deseoso de vengarse, cuando Balboa salió la última vez de Acla había dicho a Pedrarias que su yerno iba alzado y con intención de nunca más obedecerle. Lo cierto es que de los complicados en la causa sólo Garabito fué absuelto. Sorprendióse también una carta que Hernando de Argüello escribía desde el Darién al adelantado, en que le avisaba de la mala voluntad que se le tenía allí y le aconsejaba que hiciese su viaje cuanto antes, sin curarse de lo que hiciesen o dijesen los que mandaban en la Antigua. Por último, teníase ya noticia de que el gobierno de Tierra Firme estaba dado a Lope de Sosa; y Vasco Núñez, temiéndose de él la misma persecución que de Pedrarias, había enviado secretamente a saber si era llegado al Darién, para en tal caso dar la vela sin que los soldados lo supiesen y entregarse al curso de su fortuna y descubrimientos. Los emisarios enviados a este fin y las medidas proyectadas por el adelantado llegaron también a oídos del suegro suspicaz, pero con

el colorido de que todo se encaminaba a salir de su obediencia. Reanimó, pues, todo su odio, que envenenaron a porfía los demás empleados públicos enemigos de Balboa, y soltando el freno a la venganza, se apresuró a sorprender su víctima y sacrificarla a su salvo. Fuéle a ver, sin embargo, a su encierro; dióle todavía el nombre de hijo y le consoló, diciéndole que no tuviese cuidado de su prisión, pues no tenía otro fin que satisfacer a Alonso de la Puente y poner su fidelidad en limpio. Mas no bien supo que el proceso estaba suficientemente fundado para la ejecución sangrienta que aspiraba, volvió a verle y le dijo con semblante airado e inflexible: «Yo os he tratado como a hijo porque creí que en vos había la fidelidad que al rey y a mí, en su nombre, debíades. Pero ya que no es así, y que procedéis como rebelde, no esperéis de mí obras de padre, sino de juez y de enemigo.» «Si eso que me imputan fuera cierto—contestó el triste preso—, teniendo a mis órdenes cuatro navíos y trescientos hombres, que todos me amaban, me hubiera ido la mar adelante sin estorbármelo nadie. No dudé, como inocente, de venir a vuestro mandado, y nunca pude imaginarme que fuese para verme tratado con tal rigor y tan enorme injusticia.» No le oyó más Pedrarias, y mandó agravarle las prisiones. Sus acusadores en el proceso eran Alonso de la Puente y los demás publicanos del Darién; su juez, Espinosa, que ya codiciaba el mando de la armada, que quedaba sin caudillo con la ruina de Balboa. Terminóse la causa, y terminaba en muerte. Acumuláronse a los cargos presentes la expulsión de Nicuesa

y la prisión y agravios de Enciso. Todavía Espinosa, conociendo la enormidad de semejante rigor con un hombre como aquél, dijo a Pedrarias que, en atención a sus muchos servicios, podía otorgársele la vida. «No—dijo el inflexible viejo—; si pecó, muera por ello.»

Fué, pues, sentenciado a muerte, sin admitírsele la apelación que interpuso para el emperador y Consejo de Indias. Sacáronle de la prisión, publicándose a voz de pregonero que por traidor y usurpador de las tierras de la Corona se le imponía aquella pena. Al oírse llamar traidor alzó los ojos al cielo y protestó que jamás había tenido otro pensamiento que acrecentar al rey sus reinos y señoríos. No era necesaria esta protesta a los ojos de los espectadores, que, llenos de horror y compasión, le vieron cortar la cabeza en un repostero y colocarla después en un palo afrentoso (1517). Con él fueron también degollados Luis Botello, Andrés de Valderrábano, Hernán Muñoz y Fernando de Argüello, todos amigos y compañeros suyos en viajes, fatigas y destino. Miraba Pedrarias la ejecución por entre las cañas de un vallado de su casa, a diez o doce pasos del suplicio. Vino la noche; faltaba aún Argüello por ajusticiar, y todo el pueblo arrodillado le pedía llorando que perdonase a aquél, ya que Dios no daba día para ejecutar la sentencia. «Primero moriría yo—respondió él—que dejarla de cumplir en ninguno de ellos.» Fué, pues, el triste sacrificado como los otros, seguidos de la compasión de cuantos lo veían y de la indignación que inspiraba aquella inhumana injusticia.

Tenía entonces Balboa cuarenta y dos años. Sus bienes fueron confiscados y, con todos sus papeles, entregados después en depósito al cronista Oviedo, por comisión que tenía para ello del emperador. Alguna parte fué restituída a su hermano Gonzalo Núñez de Balboa, y así éste como Juan y Alvar Núñez, hermanos también del adelantado, fueron atendidos y recomendados por el Gobierno de España en el servicio de las armadas de América, «acatando, según dicen las órdenes reales, a los servicios de Vasco Núñez en el descubrimiento y población de aquella tierra». No se explican así respecto de Pedrarias ni los despachos públicos ni las relaciones particulares. En todas se le acusa de duro, avaro, cruel; en todas se le ve incapaz de cosa ninguna grande; en todas se le pinta como despoblador y destructor del país adonde se le envió de conservador y de amparo. Por manera que ni a la indulgencia ni a la duda, aunque apuran todo su esfuerzo para justificarle y disculparle, le será dado jamás lavar este nombre aborrecido de la mancha de oprobio con que se ha cubierto para siempre (1). A Balboa, por el contrario, luego que callaron

(1) Es preciso advertir aquí que la mala reputación de Pedrarias no proviene precisamente de sus desavenencias con Balboa, aunque haya contribuido en gran manera a ella la iniquidad usada con este descubridor. El conjunto de sus acciones en América, tal como le presentan todos los historiadores, da el resultado odioso que se expresa en el texto, y de un modo tan incontestable, que toda defensa es vana, como toda acriminación superflua. No faltó en los tiempos pasados quien quisiese volver por su crédito, y un conde de Puñonrostro, en calidad de descendiente suyo, sacó la cara por él y demandó en juicio al cronista Herrera por el mal que decía en sus *Décadas* de Pedrarias, alegando que de todo se le había dado por libre cuando se le declaró buen ministro del rey en la residencia que se le tomó. Herrera contestaba que la declaración podía

las miserables pasiones que su mérito y sus talentos concitaron en su daño, los papeles de oficio, igualmente que las Memorias particulares y la voz de la posteridad, le llaman a boca llena uno de los españoles más grandes que pasaron a las regiones de América.

libertarle de la pena, pero no quitar que lo que en verdad pasó no fuese pasado. Hubo en este debate diferentes alegaciones de ambas partes, cuyos papeles se conservan, unos impresos y otros manuscritos, en el archivo de Indias. Herrera hizo patente que aun le disimulaba mucho; cedió al fin el conde, y el negocio se transigió en que un ministro del Consejo mitigase la acrimonia de tal cual pasaje del historiador.

APENDICES

APENDICES A LA VIDA DEL GRAN CAPITAN

I

Instrumento público expedido por el Rey Católico en honor del Gran Capitán, testificado por el secretario Miguel de Almazán en Nápoles a 25 de febrero de 1507.

Nos, don Fernando, por la gracia de Dios rey de Aragón y de Sicilia, de aquende de aliende Faro, de Hierusalem, de Valencia, de Mayorcas, de Cerdeña, de Córcega; conde de Barcelona; duque de Atenas y de Neopatria; conde de Ruisellón; marqués de Oristán y de Gociano, etc. Como los años pasados vos, el ilustre don Gonzalo Hernández de Córdoba, duque de Terranova, marqués de Sant-Angelo y Vitonto, y mi condestable del reino de Nápoles, nuestro muy caro y muy amado primo, y uno del nuestro secreto consejo, siendo vencedor hicisteis guerra muy bienaventuradamente, y grandes cosas en ella contra los franceses, y mayores que los hombres esperaban, por la dureza della; y ansimesmo por nuestro consentimiento, como por apellidamiento de muchas naciones, justamente para siempre nombre de *Gran Capitán* alcanzastes donde por nuestro Capitán general vos enviamos. Por ende paresciónos que era cosa justa y digna de Rey, para memoria perdurable de los venideros,

dar testimonio de vuestras virtudes, y con tanto e agradecimiento que vos tenemos, daros y escrebiros ésta; aunque confesamos de buena gana que tanta gloria y estado nos acrecentastes, que paresce cosa recia poderos dar digno galardón: de manera que aunque grandes mercedes vos hiciésemos, parecernos hia ser muy menos que vuestro merecimiento. Y acordándonos otrosí cómo, enviado por Nos por socorro, en breve tiempo restituistes en el reino de Nápoles al rey don Fernando, casado con nuestra sobrina, echado del dicho reino de Nápoles, el cual muerto, después el rey Federico, su tío y sucesor en el dicho reino, vos dió el señorío del monte Gárgano y de muchos lugares que están cerca dél; por lo cual volviendo a España, honradamente vos rescibimos. Y acordándonos otrosí cómo, enviándoos otra vez en Italia (requiriéndolo la necesidad y el tiempo), ganastes muy diestramente la Chafalonia, que es isla del mar Ionio, ocupada mucho tiempo de los turcos, de la cual volviendo ganastes la Pulla y la Calabria; por lo cual vos confirmamos y retificamos y hezimos duque de Terranova y Sant-Angelo. Y, finalmente, después de la discordia nascida entre Nos y don Luis, rey de Francia, sobre la partición del dicho reino de Nápoles, estovistes mucho tiempo con todo el exército con mucho seso en Barleta, donde vencistes las galeras de los franceses, sufriendo con mucha paciencia y constancia hambre y pestilencia assaz; y de ahí tomastes a Rubo, do muy grande exército de franceses estaba, dentro veinte y cuatro horas. Y saliendo de la dicha Barleta, distes batalla a vuestros enemigos los franceses cuasi en aquel mesmo lugar adonde venció Aníbal a los romanos. Y de lo que es muy más de maravillar, que estando cercado salistes a los que vos tenían cercado. En la cual dicha batalla matastes al Capitán general, y fuistes en el alcance, desbaratando y hiriendo los franceses hasta el Garellano, adonde los vencistes y despojastes de mucha y buena artillería, señas y banderas, con aquel sufrimiento de Fabio, dictador romano, y con la destreza de Marcelo y la presteza de César. Y acordándonos ansimesmo cómo tomastes la ciudad de Nápoles con increíble sabiduría y esfuerzo, y ganastes dos castillos muy fuertes hasta entonces invencibles, y de qué manera después asentastes real en medio del invierno con grandes aguas cerca del río Garellano, y estando los enemigos con grande gente de la otra parte del dicho río; los cuales, pasados ya por una puente de madera sobre barcas, que hicieron contra vos y los vuestros, no solamente los retraxistes, pero hecha por vos y los vuestros otra puente, pasastes de la otra parte del río, y dándoles batalla los vencistes, metiéndolos por fuerza por las puertas de Gaeta; la cual dada que le fué a su capitán para que se pudiese ir por la mar, luego se vos rindió Gaeta con el castillo. Pues ¿qué se dirá de vuestras hazañas, sino que dellas perpetua memoria quedará, con la sagacidad y esfuerzo con que ganastes a Ostia, tan fuerte, proveída de gentes y artillería, de que tanto daño los franceses a Roma hacían? Los cuales por vos echados de Italia con los naturales della que los seguían, sometistes al reino de Nápoles a nuestro señorío, donde mucho tiempo fuistes nuestro visorrey. Por ende, acatando lo susodicho, vos hacemos merced del estado y señorío del ducado de Sesa, etc.

II

Carta del Rey Católico a la duquesa viuda de Terranova, después de la muerte del Gran Capitán.

Duquesa prima: Vi la letra en que me hicistes saber el fallecimiento del Gran Capitán; y no solamente tenéis vos muy gran razón de sentir mucho su muerte, porque perdistes el marido; pero téngola yo de haber perdido tan grande y señalado servidor, y a quien yo tenía tanto amor, y por cuyo medio, con el ayuda de Nuestro Señor, se acrecentó a nuestra corona real el nuevo reino de Nápoles; y por todas estas causas,

que son grandes (y principalmente por lo que toca a vos) me ha pesado mucho su muerte, y con razón. Pero pues a Dios Nuestro Señor así le plugo, debéis conformaros con su voluntad y darle gracias por ello; y no fatiguéis el espíritu por aquello en que no hay otro remedio, porque daña a vuestra salud. Y tened por cierto que en lo que a vos y la duquesa vuestra hija y a vuestra casa tocare terné siempre presente la memoria de los servicios señalados que el Gran Capitán nos hizo: por ellos, y por el amor que yo vos tengo, miraré y favoreceré siempre mucho vuestras cosas en todo lo que pudiere, como lo veréis por experiencia, placiendo a Dios Nuestro Señor, según más largamente vos lo dirá de mi parte la persona que envío a visitaros. De Truxillo, a tres de enero de mil y quinientos diez y seis años.—Yo el Rey.

APÉNDICES A LA VIDA DE BALBOA

I

Sobre el perro *Leoncico*.

«Asimismo quiero hacer mención de un perro que tenía Vasco Núñez, que se llamaba *Leoncico*, y que era hijo del perro *Becerrico* de la isla de San Juan (1), y no fué menos famoso que el padre. Este perro ganó a Vasco Núñez en esta y otras entradas más de dos mil pesos de oro, porque se le daba tanta parte como a un compañero en el oro y en los esclavos cuando se partían. Y el perro era tal, que lo merecía mejor que muchos compañeros soñolientos. Era aqueste perro de un instinto maravilloso, y así conocía al indio bravo y al manso como le conociera yo e otros que en esta guerra anduvieran e tuvieran razón. E después que se tomaban e rancheaban algunos indios e indias, si se soltaban de día o de noche, en diciendo al perro «ido es, búscale», así lo hacía, y era tan grave ventor, que por maravilla se le escapaba ninguno que se les fuese a los cristianos. Y como lo alcanzaba, si el indio estaba quedo asíale por la muñeca o la mano, e traíale tan ceñidamente, sin le morder ni apretar, como le pudiera traer un hombre; pero si se ponía en defensa hacíale pedazos. Y era tan temido de los indios, que si diez cristianos iban con el perro, iban más seguros que vein-

(1) Sobre el perro *Becerrico* véase a Herrera, década I.ª, lib. 7.º, cap. XIII.

te sin él. Yo vi este perro, porque cuando llegó Pedrarias a la tierra al año siguiente de 1514 era vivo, y le prestó Vasco Núñez en algunas entradas que se hicieron después, y ganaba sus partes, como he dicho; y era un perro bermejo, y el hocico negro y mediano, y no alindado; pero era recio y doblado, y tenía muchas heridas y señales de las que había habido en la continuación de la guerra peleando con los indios. Después, por envidia, quien quiera que fué, le dió al perro a comer con qué murió. Algunos perros quedaron hijos suyos, pero ninguno tal como él se ha visto después en estas partes.» (Oviedo, *Historia General*, libro 29, capítulo III.)

II

Testimonio sobre el descubrimiento y toma de posesión del mar del Sur.

Son tres los que existen incorporados a la letra en el texto de la *Historia General* de Oviedo, como lo hacía frecuentemente con otros muchos documentos que le venían a la mano. Estos se hallan en los capítulos III y IV del libro 29, uno respectivo al descubrimiento de aquel mar, y los otros dos a la toma de posesión primera y segunda. Pondremos aquí el primero y extractaremos el segundo, para contentar la curiosidad de los lectores y poner algún documento auténtico y original de aquel célebre acontecimiento:

«Diré aquí quiénes fueron los que se hallaron en este descubrimiento con el capitán Vasco Núñez, porque fué servicio muy señalado y es paso muy notable para estas historias, pues que fueron los cristianos que primero vieron aquella mar, según daba fe de ello Andrés de Valderrábano, que allí se halló, escribano real, e natural de San Martín de Val-de-Iglesias; el cual testimonio yo vi allí, y el mismo escribano me lo enseñó, y después, cuando murió Vasco Núñez, murió aquéste con él, y también vinieron sus escripturas a mi poder, y aquésta decía de esta manera:

»Los caballeros y hidalgos y hombres de bien que se hallaron en el descubrimiento del mar del Sur con el magnífico y muy noble señor capitán Vasco Núñez de Balboa, gobernador por Sus Altezas en la Tierra Firme, son los siguientes: Primeramente el señor Vasco Núñez, y él fué el primero de todos que vió aquella mar e la enseñó a los infrascriptos Andrés de Vera, clérigo; Francisco Pizarro, Diego Albítez, Fabián Pérez, Bernardino de Morales, Diego de Tejerina, Cristóbal de Valdehuso, Bernardino de Cienfuegos, Sebastián de Grijalva, Francisco de Avila, Juan de Espinosa, Juan de Velasco, Benito Durán, Andrés de Molina, Antonio de Baracaldo, Pedro de Escobar, Cristóbal Daza, Francisco Pesado, Alonso de Guadalupe, Hernando Muñoz, Hernando Hidalgo, Juan Rubio, de Malpartida; Alvaro de Bolaños, Alonso Ruiz, Francisco de Lucena, Martín Ruiz, Pascual Rubio, de Malpartida; Francisco González de Guadalcama, Francisco Martín, Pedro Martín, de Palos; Hernando Díaz, Andrés García, de Jaén; Luis Gutiérrez, Alonso Sebastián, Juan Vegines, Rodrigo Velázquez, Juan Camacho, Diego de Montehermoso, Juan Mateos, Maestre Alonso, de Santiago; Gregorio Ponce, Francisco de la Tova, Miguel Crespo, Miguel Sánchez, Martín García, Cristóbal de Robledo, Cristóbal de León, platero; Juan Martínez, Francisco de Valdenebro, Juan de Beas Loro, Juan Ferrol, Juan Gutiérrez, de Toledo; Juan de Portillo, Juan García, de Jaén; Mateo Lozano, Juan de Medellín, Alonso Martín, esturiano; Juan García, marinero; Juan Gallego, Francisco de Lentín, siciliano; Juan del Puerto, Francisco de Arias, Pedro de Orduña, Nuño de Olano, de color negro; Pedro Fernández de Aroche.—Andrés de Valderrábano, escribano de Sus Altezas en la su corte y en todos sus reinos e señoríos, que estuve presente e doy fe de ello; y digo que son por todos sesenta y siete hombres estos primeros cristianos que vieron la mar del

Sur, con los cuales yo me hallé e cuento por uno de ellos.»

Extracto del segundo testimonio.

«E fechos sus autos e protestaciones convenientes, obligándose a lo defender en el dicho nombre con la espada en la mano, así en la mar como en la tierra, contra todas e cualesquiera personas, pidiólo por testimonio. E todos los que allí se hallaron respondieron al capitán Vasco Núñez que ellos eran, como él, servidores de los reyes de Castilla e de León, y eran sus naturales vasallos, y estaban prestos e aparejados para defender lo mismo que su capitán decía, e morir, si conviniese, sobre ello contra todos los reyes e príncipes e personas del mundo, e pidiéronlo por testimonio: e los que allí se hallaron son los siguientes: El capitán Vasco Núñez de Balboa, Andrés de Vera, clérigo; Francisco Pizarro, Bernardino de Morales, Diego Albítez, Rodrigo Velázquez, Fabián Pérez, Francisco de Valdenebro, Francisco González de Guadalcama, Sebastián de Grijalva, Hernando Muñoz, Hernando Hidalgo, Alvaro de Bolaños, Ortuño de Baracaldo, vizcaíno; Francisco de Lucena, Bernardino de Cienfuegos, esturiano; Martín Ruiz, Diego de Tejerina, Cristóbal Daza, Juan de Espinosa, Pascual Rubio, de Malpartida; Francisco Pesado, de Malpartida; Juan de Portillo, Juan Gutiérrez, de Toledo; Francisco Martín, Juan de Beas.—Estos veinte y seis y el escribano Andrés de Valderrábano fueron los primeros cristianos que los pies pusieron en la mar del Sur, y con sus manos todos ellos probaron el agua e la metieron en sus bocas como cosa nueva, para ver si era salada como la de esotra mar del Norte; e viendo que era salada e considerando e teniendo respeto adonde estaban, dieron infinitas gracias a Dios por ello, etc.»

III

Itinerario y diario de la expedición de Balboa a descubrir el mar del Sur según resulta de la narración de Oviedo.

Salió del Darién el jueves 1.º de septiembre de 1513, y llegó al puerto y tierra de Cáreta de allí a cuatro días; descansó dos, y salió el 6 a internarse en la tierra, y a los dos días arribó a la Ponca por camino áspero y de sierras; estuvo allí hasta el 20, en que continuó su viaje, y llegó el 24 a Cuarecua, donde mandaba Torecha, habiendo andado en aquellos cuatro días diez leguas; era mal camino y había ríos. Salió de allí el 25, y llegó en el mismo día a los bohíos del parque, en donde no se detuvo; y siguiendo adelante, descubrió la mar que buscaba a las diez de la mañana. Llegó, no se dice el día, a la tierra de Chiapes, y el 29 bajó de allí al golfo de San Miguel, y tomó posesión del mar y costas.

IV

Sobre el astrólogo micer Codro.

«E dentro del dicho ancón e de las dichas puntas (el golfo llamado de París, y las puntas de Quera y de Santa María) están las islas del Cebaco a tiro de escopeta, e poco más la una de la otra, que son dos, e de buenas fuentes e torrentes o arroyos; e en la que está más a el Este está enterrado aquel docto filósofo veneciano llamado Codro, que con deseo de saber los secretos de estas partes pasó acá e murió allí, e el piloto Juan Cabezas lo enterró en aquella isla, donde a su ruego le sacó a morir, e acabó encomendándose a Dios como católico, non obstante que un día o dos antes emplazó al capitán Jerónimo de Valenzuela, que le había maltratado, y le dijo estas palabras el Codro: «Capitán, tú eres la causa de mi muerte por los malos tratamientos que me has hecho;

yo te emplazo para que vayas a estar a juicio de Dios conmigo dentro de un año, pues yo pierdo la vida por tu mal portamento.» E el capitán le respondió «que no cuidase de hablar aquellos desvaríos, e que si se quería morir, a él se le daría poco de su emplazamiento; que él enviaría un poder a su padre o abuelos e otros deudos suyos, que estaban en el otro mundo, que le responderían como él merecía». El caso es que el capitán le pudiera hacer placer en contestarle sin poner nada de su casa, si quisiera. Finalmente, el Valenzuela murió dentro del término que el otro le señaló e dijo en su emplazamiento. Yo estuve con el mismo piloto en la misma isla, e me enseñó un árbol, en la corteza del tronco del cual estaba hecha una cruz cortada, e me dijo que al pie de aquel árbol había enterrado al dicho Codro, de forma que éste murió en su oficio, como Plinio en el suyo, escudriñando e andando a ver secretos de natura por el mundo. A este piloto le pesaba mucho de la muerte de Codro, e le loaba de buena persona, e a otros que le trataron he oido decir lo mismo, y me dijo que estando apartados de tierra en la mar, le rogó que por amor de Dios le sacase a morir fuera de la carabela en una de aquellas islas. E el piloto le dijo: «Micer Codro, aquellas que decís que son islas no lo son, sino tierra doblada, e no hay islas allí.» E él le replicó: «Llévame; que si hay dos buenas islas junto a la costa, e de muy buena agua, e más adentro está una gran bahía o ancón con un buen puerto en la tierra firme»; e ansí era la verdad.» (Oviedo, *Historia General*, libro 39, capítulo II.)

FIN DEL TOMO II

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

	Páginas
El Gran Capitán	5
Vasco Núñez de Balboa	115
Apéndices a la vida del Gran Capitán	189
Apéndices a la vida de Balboa	193

Publicaciones CALPE

LIBROS DE AVENTURAS

Las obras más importantes de la literatura universal de este género. Se ha puesto exquisito cuidado en seleccionarlas de tal modo, que formen una Biblioteca de extraordinario interés y de positiva cultura, eliminando aquellas que pueden perturbar la imaginación de los lectores jóvenes.

Publicadas hasta ahora:

	Pesetas
LOS TRAMPEROS DEL ARKANSAS, de *Aimard*	4
AVENTURAS DEL CAPITAN CORCORAN, de *Assollant*	4,50
EL CAZADOR DE CIERVOS, de *Cooper* (dos tomos)	3
LOS TIRADORES DE RIFLE, de *Mayne Reid*	4
LA ISLA DEL TESORO, de *Stevenson*	4
DE LA TIERRA A LA LUNA, de *Verne*	3,50

Todos estos volúmenes están lujosamente presentados e ilustrados con profusión.

Publicaciones CALPE

COLECCION CONTEMPORANEA

Las obras de éxito indiscutible de la literatura universal contemporánea forman, escrupulosamente traducidas a nuestro idioma, este grupo de publicaciones CALPE. Es necesario poseerlas para seguir el movimiento literario de nuestros días en todos los pueblos cultos.

He aquí las primeras obras de esta serie:

FRANCIA.—ANTHINEA, de *Maurrás;* LA COLINA INSPIRADA, AMORE ET DOLORI SACRUM, EL VIAJE DE ESPARTA y LOS DESARRAIGADOS, de *Barrés;* POR EL CAMINO DE SWANN y A LA SOMBRA DE LAS MUCHACHAS EN FLOR, de *Proust;* LAURA, de *Clermont;* CRESSIDA, de *Suarés;* EL CABARET, de *Arnoux;* LA ESCUELA DE LOS INDIFERENTES, SIMÓN EL PATÉTICO y LECTURAS PARA UNA SOMBRA, de *Giraudoux;* EL ROSARIO AL SOL, de *Francis Jammes;* OBRAS ESCOGIDAS, de *Peguy;* FERMINA MÁRQUEZ, de *Larband.*

INGLATERRA.—LA VUELTA AL HOGAR, LEJOS DE LA LOCA MULTITUD, LA MANO DE ETHELBERTA, LOS WOODLANDERS y EL BIEN AMADO, de *Hardy;* EL CASO DE RICARDO MEYNELL y ROBERTO ELSMERE, de *Ward;* LOS HIJOS DEL GHETO y EL MANTO DE ELÍAS, de *Zangwill.*

ALEMANIA.—EL SÚBDITO, DIANA, MINERVA, VENUS y LOS POBRES, de *Enrique Mann;* LA MUERTE EN VENECIA, de *Tomás Mann.*

PORTUGAL.—LA ALEGRÍA, EL DOLOR Y LA GRACIA, de *Coimbra.*

ESPAÑA.—TRES NOVELAS EJEMPLARES Y UN PRÓLOGO, de *Unamuno.*

RUSIA.—EL JARDÍN DE LOS CEREZOS, de *Chejov;* EL DIACONO DE SANTA SOFÍA y EL ESPÍRITU DE LAS TIERRAS NEGRAS, de *Siviniakof;* HISTORIA DE UNA BOMBA, de *Strugi-Andrei.*

ITALIA.—TRES DRAMAS, de *Giacomo;* LOS DEVORADORES, de *Annie Vivanti;* EVA MODERNA y LA MUJER Y EL AMOR, de *Sighele.*

Todos los ejemplares de esta *Colección* aparecen encuadernados y editados primorosamente.

Nuevas obras CALPE

ACTUALIDADES POLÍTICAS Y SOCIALES

Han aparecido cinco libros interesantísimos y trascendentales:

PEQUEÑA HISTORIA DE LA GRAN GUERRA, de *H. Vast.*—Descripción y recopilación minuciosa y exacta de la enorme tragedia europea. 300 páginas. 19 mapas.—**Cinco pesetas.**

LAS CONSECUENCIAS ECONOMICAS DE LA PAZ.—J. M. Keynes, profesor de Cambridge y miembro que fué de la Conferencia de la Paz, estudia profundamente la situación económica de Europa después de la guerra. 264 páginas.—**Diez pesetas.**

Tres obras sobre Rusia:

LA REPUBLICA RUSA
por el *Coronel Malone* (3 ptas.).

EL BOLCHEVISMO EN ACCION
por *W. T. Goode* (3 ptas.).

RUSIA EN LAS TINIEBLAS
por *Wells* (4 ptas.).

Quien quiera conocer a fondo el problema de la revolución rusa y sus probables consecuencias para Europa debe leer estas tres obras, documentadísimas y de poderoso interés dramático.

MUY INTERESANTE

OBRAS DE J. H. FABRE

Los *Recuerdos entomológicos* del famoso naturalista francés, constituyen una de las obras más importantes de la ciencia moderna. La forma sencillísima en que están escritos los hace accesibles tanto al niño como a la persona cultivada. La vida y las costumbres maravillosas de los insectos aparecen en ellos narradas con una amenidad encantadora.

Cinco volúmenes de a 300 páginas, con cubierta en colores y numerosas fotografías y dibujos, titulados:

La vida de los insectos.
Costumbres de los insectos.
Maravillas del instinto en los insectos.
Los destructores.
Los auxiliares.

Precio de cada tomo: **CINCO PESETAS**

Compañía editorial **CALPE** San Mateo, 18. MADRID

Publicaciones CALPE

BIBLIOTECA DEL
ELECTRICISTA PRÁCTICO

Gran enciclopedia de Electricidad

LA MAS MODERNA, MAS CLARA, MAS CONCISA, MAS COMPLETA, MAS ECONOMICA, MAS MANUABLE Y MAS PRIMOROSAMENTE ILUSTRADA DE CUANTAS SE HAN PUBLICADO HASTA HOY

OBRA SUMAMENTE PRACTICA Y ORIGINAL REDACTADA POR AUTORES ESPECIALISTAS

bajo la dirección de

D. RICARDO CARO Y ANCHÍA

Licenciado en Ciencias físicomatemáticas, oficial de Telégrafos y profesor de Electrotecnia y Telegrafía en la Escuela Industrial de Tarrasa.

Biblioteca ideal para cuantas personas intervengan en la electricidad y sus aplicaciones, pues enseña con admirable claridad todos los conocimientos relacionados con tan importantísima ciencia.

Consta de 30 preciosos tomos, encuadernados en tela con unas 5.000 páginas en total, cerca de 1.500 hermosos grabados y muchas láminas en negro y colores.

Ingenieros industriales, Mecánicos, Electricistas, Contramaestres, Conductores de máquinas, Fabricantes, Industriales, Maquinistas y Obreros de Centrales eléctricas, Empleados de Compañías de Electricidad y Telefónicas, Funcionarios del Cuerpo de Telégrafos, Peritos industriales, Alumnos de las Escuelas Superiores, Metalúrgicos, Doradores, Plateadores, Constructores de máquinas, Instaladores de Electricidad, Maquinistas y Telegrafistas de buques, etc., encontrarán en estos interesantes volúmenes materia abundantísima de estudio y consulta.

TOMOS QUE COMPRENDE

	Ptas.
I. — Electricidad y magnetismo	3
II. — Corrientes alternas. Unidades	3,50
III. — Pilas eléctricas	3
IV. — Dinamos de corriente continua	3,50
V. — Motores de corriente continua	3
VI. — Alternadores	3,50
VII. — Motores de corriente alternativa	3
VIII. — Transformadores y convertidores	3,50
IX. — Devanados	4
X. — Reóstatos industriales	3,50
XI. — Acumuladores	3
XII. — Averías en las máquinas eléctricas	3
XIII. — Líneas eléctricas	3,50
XIV. — Transporte y distribución de la energía eléctrica	3
XV. — Pararrayos	3,50
XVI. — Centrales eléctricas	3,50
XVII. — Contadores de electricidad	3
XVIII. — Mediciones de laboratorio	3,50
XIX. — Mediciones eléctricas de taller	3
XX. — Instalaciones eléctricas	3
XXI. — Electroquímica	3
XXII. — Galvanoplastia y galvanostegia	3
XXIII. — Electrometalurgia	3
XXIV. — Lámparas eléctricas	3
XXV. — Telegrafía	4
XXVI. — Timbres y teléfonos	3,50
XXVII. — Centrales telefónicas	3,50
XXVIII. — Telegrafía y telefonía sin hilos	3,50
XXIX. — Tranvías y ferrocarriles eléctricos	3,50
XXX. — Electroterapia y Rontgenología	3,50

PRECIO DE LA COLECCION, A PLAZOS O AL CONTADO: **90 pesetas**

VENTAJA A LOS SUSCRIPTORES A TODA LA COLECCIÓN

Los suscriptores a 30 volúmenes de que consta la obra disfrutarán del precio excepcional de 90 pesetas la colección, mediante firma del contrato que facilita la Compañía editora, con lo cual se benefician en la notable diferencia que existe entre el precio de la obra completa y lo que suman los precios fijados para los volúmenes sueltos.

La famosa colección útil y económica,
:-: de conocimientos enciclopédicos :-:

MANUALES GALLACH

abarca todas las ciencias, las artes, los oficios y las aplicaciones prácticas; sus volúmenes describen asuntos de interés para grandes y pequeños, para literatos y artistas, para obreros y hombres de estudio, para artesanos y comerciantes, y su precio está al alcance de todos.

Llevamos publicados más de 100 números, y continuamente
: :—: : damos a luz nuevos e interesantísimos temas : :—: :

PIDANOS USTED LA LISTA DE TOMOS PUBLICADOS; LE GUSTARÁ CONOCERLA

CALPE Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones
San Mateo, 13.—MADRID

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES

This book is due on the date indicated below, or at the expiration of a definite period after the date of borrowing, as provided by the rules of the Library or by special arrangement with the Librarian in charge.

DATE BORROWED	DATE DUE	DATE BORROWED	DATE DUE
	4 MY '45		
	FEB 3 '47		
OCT 1 9 1949			

CZ8(1140)M100

946 Q4512 2

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
0021052425

JUN 7 1944